

Modelos

Literarios

Ordenados por

Narciso Alonso A. Cortés



VALLADOLID
Imprenta Castellana

Duque de la Victoria, 31

1910

Ex Libris



Dr. Dō. Jaime Masaveu

t.74960.

DGCL

A

J. Masaveu
Général de Bachelier

T. 74960

C. 1093346

MODELOS LITERARIOS

MODELOS LITERARIOS

ORDENADOS POR

Narciso Alonso A. Cortés



Segunda parte: LITERATURAS VARIAS

(Segunda edición)



VALLADOLID
Imprenta Castellana
Duque de la Victoria, 31

1910



R. 58742



LITERATURA GRIEGA

HOMERO.—LA ILIADA

Del libro XVI

«Sus, Patroclo valiente, marcha pronto:
el estrago ya veo que en las naves
haciendo está la llama abrasadora
que encendió el enemigo, y mucho temo
que si de los bajeles se apodera
no podremos volver á nuestra patria.

Así, vístete pronto la armadura,
y en tanto yo congregaré la hueste.»

Aquiles dijo, y á su voz Patroclo
se revistió de las fulgentes armas.
Puso primero las bruñidas grebas
de las piernas en torno, y al tobillo
las ajustó con argentados broches.
Cifñóse luego el anchuroso pecho
con la coraza del valiente Aquiles,
en variada labor de relumbrantes
estrellas tachonada; y de los hombros
colgó el estoque de cortante acero
cuyo luciente puño enriquecían
clavos de plata, y el enorme escudo
tomó después. El reluciente casco
puso también en la cabeza hermosa;
y el penacho, que trémulo ondeaba

y era de negras crines de caballo, inspiraba terror. Dos gruesas picas asíó por fin, que manejar pudiera; pero la grande, y poderosa, y fuerte asta de Aquiles empuñar no quiso, que blandirla ninguno de los Griegos pudiera, y solamente manejarla sabía Aquiles. De robusto fresno cortada fué sobre la enhiesta cumbre del Pelio por Quirón, y éste á Peleo se la cedió después, para que armado con ella en las batallas, diera muerte á los más valerosos adalides.

Del libro XXII

Como suele

el águila que vuela en las alturas, atravesando arrebolada nube para coger la tierna corderilla ó la tímida liebre, á la llanura rápida descender, así, empuñada la espada cortadora, contra Aquiles Héctor marchaba. Adelantóse el griego; y de terrible cólera llenando su corazón, con el brillante escudo cubrió su pecho todo; y ondeaba en la cimera del luciente yelmo el penacho, agitadas blandamente las crines de oro que flexibles hizo el dios Vulcano. Cual brillante marcha en noche oscura entre los otros astros la estrella matutina, que de todas cuantas ostenta el azulado cielo es la más refulgente y más hermosa, así lucía la brillante punta de la terrible lanza que en su diestra para mal del troyano ya blandía Aquiles, observando cuidadoso por qué parte del cuerpo fácilmente podía herirle. De las ricas armas

todo estaba cubierto que á Patroclo
ya cadáver quitara, y solamente
un poco descubierta se veía,
en el paraje que del hombre el cuello
divide, la garganta; y es el sitio
por do la vida de los hombres pronto
sale del cuerpo. Con su fuerza toda
allí, pues, le clavó la aguda pica
sonriéndose Aquiles, y la punta,
atravesando el vigoroso cuello,
por la nuca salió; mas la garganta
no le quiso cortar, para que hablase
unas breves palabras todavía.

Cayó Héctor en la arena, y ufano
así le dijo el vencedor Aquiles:
«¡Héctor! Cuando el cadáver de Patroclo
de mi rica armadura despojabas,
seguro ya sin duda te creíste;
y porque estaba ausente, imaginaste
que nunca yo su muerte vengaría.
¡Necio! En las griegas naves á Patroclo
un vengador quedaba muy más fuerte
y valeroso que él, aunque estuviera
lejos entonces: yo, que moribundo
ya te miro á mis pies. Tú de los perros
y carnívoras aves el ludibrio
serás; pero los griegos á Patroclo
honrarán con magníficas exequias.»

Y con lánguida voz Héctor le dijo:
«Por tu vida te ruego, y por tus padres,
que en las naves aqueas no permitas
que mi triste cadáver de los perros
hórrido pasto sea. Cuanto pidas
de bronce y oro te darán mi padre
y mi madre infelíz, si les entregas,
para que los troyanos y troyanas
le quemén en la pira, mi cadáver.»

LA ODISEA

Del libro V

Ambos á los manjares preparados
Y servidos las manos extendían;
Y cuando ya quitaron el deseo
De comer y beber, la augusta diosa
Calipso empezó á hablarle de esta suerte:
«Noble hijo de Laertes, sabio Ulises,
¿Es probable que quieras sin tardanza
Ahora regresar? Vé enhorabuena;
Mas si tu ánimo experto conociese
Cuántos duros trabajos te es preciso
Vencer antes que llegues á la patria,
Sin duda en esta isla quedaríaste
Guardando esta mansión y disfrutando
De la inmortalidad; por más que anheles
Tanto ver á la esposa, por quien gimes
Tan triste sin cesar. Yo no me tengo
Por inferior á ella ni en belleza
Ni en buena condición, pues no le es dado
A una mortal en forma y hermosura
Competir con las diosas inmortales».

Ulises respondióle: «No te enojés,
Venerable deidad: yo reconozco
Que, comparada á tí, queda Penélope
Muy inferior en talle y hermosura,
Que ella es mortal, y tú inmortal y libre
De la vejez. Mas, aun así, yo anhele
Regresar á mi hogar y ver el día
Dichoso de la vuelta. Si algún numen
Quiere en el mar profundo destruirme,
Sufrirélo con calma, que ya tengo
Endurecido el pecho á la desgracia.
Si infinitos trabajos y dolores
He padecido, y resistido males
Innúmeros entre olas y batallas,
¡Agréguese este nuevo á los pasados!»

Del libro XIX

La prudente Penélope le dijo:
«Huésped, inescrutables son los sueños;
Obscuro su lenguaje, y no se cumple
Siempre lo que predicen. Hay dos puertas
Para los leves sueños; de cuerno una
Y de marfil la otra. Los que salen
Por el marfil pulido, nos engañan
Y traen palabras vanas; los que vienen
Por el brillante cuerno, traen verdades
Para el mortal á quien visitan. Temo
Que mi sueño de aquí no haya venido
De otra suerte. ¡Cuán grato no sería
A mí y á mi Telémaco! Otra cosa
Voy á decirte; grábala en tu mente.

Ya llega el triste día de partirme
De la casa de Ulises, y un certámen
Les voy á proponer: el de las hachas,
Que en número de doce, mi marido
En orden colocaba á la manera
Del costillaje de un navío, y luego,
De gran distancia, voladores dardos
Pasaba por los huecos. Tal certámen
Les propondré, y al que mejor maneje
El arco, y pase por los doce huecos
De las hachas los dardos, seguiréle
Como esposa dejando esta morada
De mi edad juvenil; este palacio
Tan lleno de riquezas, tan hermoso,
Que tendré hasta durmiendo en la memoria.»

El ingenioso Ulises respondióle:
«Noble esposa del hijo de Laertes,
No has de diferir mucho esa contienda;
Pues llegará á esta casa el cauto Ulises
Antes de que tus procos, manejando
El arco bien pulido, tender logren
La cuerda y despedir el hierro agudo».

La prudente Penélope: «Extranjero,
Respondió, si esta plática agradable

Quisieras prolongar, aquí sentado,
Jamás sobre mis párpados caería
El dulce sueño. Pero no es posible
Que sin dormir los hombres permanezcan;
Pues en el alma tierra, en cada cosa
Los dioses señalaron su destino
A cada hombre mortal. Voy á mi estancia
A subir, y á tenderme en aquel lecho,
Causa de mis dolores, empapado
Siempre en mi acerbo lloro, desde el día
En que á la infame Ilión, nombre maldito,
Ulises se partió. Noble extranjero,
Allí me acostaré; tú en esta sala,
En pieles sobre el suelo echarte puedes,
O en un lecho que pongan mis criadas».

Después de esto, á su cámara magnífica
Subió: y no estaba sola, porque muchas
Siervas la acompañaban. Y en subiendo
A su estancia con todas las criadas,
Lloró al amado Ulises, su marido,
Hasta que la deidad de verdes ojos
Derramó en sus pupilas dulce sueño.

(Traducción de D. Federico Baraibar)

HESIODO.—LAS OBRAS Y LOS DIAS

Cuando florece el cardo, y la cigarra
canora por los árboles sentada
forma su dulce canto de continuo
debajo de las alas, en el tiempo
del verano afanoso, son entonces
las cabras gruesas y los vinos buenos,
las mujeres lascivas, y los hombres
muy flacos, porque entonces la cabeza
y rodillas deseca el astro Syro
al cuerpo desecado del verano.

Mas hay entonces ya sombrosa peña,
vino de Byblis, tortas enlechadas
y leche de las cabras que no crían,

carne de vaca que los ramos come,
la cual no fué preñada, y de los tiernos
cabrillos; y además el negro vino
beberás, en la sombra recostado,
harto tu vientre de comida, estando
vuelta la cara al apacible viento
cabe la fuente pura y abundante.

Echa tres partes de agua, y más de vino
mezcla cuatro, y encarga á los criados
que de Ceres te muelan el don santo
cuando primera vez apareciese
del Oríon la fuerza; en sitio airoso
y en allanadas eras la medida
en los vasos pondrás cuidadosamente,
mas después que has repuesto lo bastante
para la casa, buscarás un siervo
sin casa y una sierva sin hijitos:
éstos mando tomar, que es enfadosa
la criada con hijos. También ería
un can de ásperos dientes. Ni escasees
su comida, no sea que te robe
tus haberes ladrón que está dormido
entre el día; y también guardarás heno
y paja que les sirva de sustento
á tus bueyes..... pero luego
refocilen los siervos sus rodillas
ancadas y los bueyes vayan sueltos.

(Traducción de D. José Antonio Conde).

ESOPO.—FÁBULAS

EL LEÓN Y LA RANA

A pulmones desplegados cantaba una Rana, cerca del sitio en que se había echado para descansar un León. Incómodo éste con aquel jaleo, volvióse á ver qué clase de animal disforme era el que tan extraordinarias facultades tenía; pero al notar el tamaño de la Rana, que salió en aquel momento de su laguna, no pudo menos de aplastarla, diciendo: «Señora: más corpulencia ó menos gritos.»

EL LEON Y LA ZORRA

Un León agobiado por los años perdió la facultad de buscar el sustento con sus garras, y tuvo que acudir á la astucia. Fingióse enfermo en la cueva que le servía de palacio, y, dando parte de esta novedad á todos los animales sus súbditos, les hacía llegar hasta él y se los comía acostadito en su trono. La Zorra llegó á su vez, como era justo, pero no quiso pasar de la puerta, y le preguntó por su salud á voces. — «Ya voy mejor (contestó el rey); pero ¿por qué no entras?» — «No entro, (dijo la Zorra), porque he advertido que hay aquí en el suelo muchas huellas de los que entran, mas ninguna de los que salen».

LA ZORRA Y LAS UVAS

Una Zorra hambrienta vislumbró cierto día unos tentadores racimos de uvas que colgaban airosamente de una elevada parra. Picóle el deseo de alcanzarlos, y para conseguirlo comenzó á hacer piruetas en el aire, tan atrevidas como infructuosas. Cansada, al fin, de lo vano de su intento, volvióse á su camino exclamando: — «Están verdes las uvas, y ninguna persona de circunstancias debe comerlas.»

(Traducción de D. Eduardo de Mier.)

ANACREONTE

A pasar de la vida
La senda larga y corta,
Nací, mortal y flaco
Y lleno de congojas.

Bien sé cuánto he andado
Del camino hasta ahora;
Mas de lo que me queda
No sé ninguna cosa.

Dejadme, pues, cuidados,
Vivir contento á solas,
Y no os metais conmigo,
Afligidas memorias;

Porque quiero alegrarme
Antes que, rigurosas,
Del sudor de la muerte
Me cubran negras olas.

Holgarme quiero, en tanto
Que mis dos ojos gozan
Del resplandor del día
Y de la luz hermosa.

Hartaréme de vino,
Y abrazado á la bota,
Cantará de Lyeo
Alabanzas mi boca.

¿Qué me estás enseñando
Filosofías vanas,
Y de los sabios necios
Sentencias y elegancias?

¿De qué puede servirme
La lógica más alta,
Si sé por experiencia
Que no aprovecha nada?

Enseñame á que beba
El licor de las parras,
Que es ciencia de provecho
Para el cuerpo y el alma;

Enseñame á que ría
Con Venus la dorada,
Y junta, hermoso niño,
El vino con el agua;

Que también se coronan
Las vergonzosas canas,
Por venerable nieve
Bien que no por pizarras.

Adormece mi juicio,
Primero que la Parca
Me dé en la sepultura
A mi madre por cama.

Antes que me dé el sueño
A la Muerte su hermana,
Y herencia de gusanos
Vea á mi cuerpo el alma:

Que si ahora no bebo,
Muerto es cosa muy clara
Que no me darán vino
Ni tendré dello gana.

(Traducción de D. Francisco de Quevedo.)

PÍNDARO.—ODA A ASOPICO ORCHOMENO, CORREDOR DE ESTADIO

¡Oh, Gracias agradables
de las cefisias ondas cristalinas,
señoras que habitais el feraz suelo
de caballos hermosos; oh, envidiadas
Gracias, oh celebradas
reinas del Orchomeno, que los Minias
antiguos dominais! El blando acento
escuchad que os dirige mi voz grave.
De vuestra faz süave
viene todo lo amable al pecho humano;
de aquí el sabio varón, de aquí el gallardo,
de aquí el glorioso viene. Ni los coros
alegres y sonoros,
¡oh amables Gracias! sin vosotras rigen
los altos dioses: ni los regalados
gratos convites; en el eminente
claro Olimpio luciente,
sois de toda alta empresa directoras,

á par del Pitio Apolo esclarecido
el de la aljaba de oro, en trono alzado,
en asiento dorado
colocadas, rindiendo al Padre sumo
rey del olimpio espacio transparente,
honor eterno, gloria indeficiente.

¡Oh tũ, Aglaya adorable,
y tú, Efrosina amante del gozoso
cantar, del Dios supremo hijas amadas,
mis voces acordadas
benignas escuchad con grato oido:
oh, tú, hermosa Talía enamorada
del canto armonioso, el rostro afable,
el aspecto agradable
vuelve hacia mi loor, que el vuelo leve
dirige á la alta esfera en lidios tonos
y números sonoros, las victorias
celebrando y las glorias
de Asópico triunfante: al minyo pueblo
dais este claro lustre, oh amables Gracias!

Y tú, Fama sonora, al negro muro
vuela, al imperio obscuro
de Proserpina, anuncia á Cleodamo,
padre del vencedor esclarecido,
el inclito combate, el lauro honroso
del hijo valeroso,
que desde la región de Pisa ilustre
vuela, las rubias sienes juveniles
y las hebras doradas
de victoriosa oliva coronadas.

(Traducción de D. Francisco Patricio de Erguizar).

TIRTEO.—ODA II

Ánimo, raza del invieto Alcides;
mírate fausto Jove en su alta cumbre,
¿y tú salir al campo no decides?

No temas la enemiga muchedumbre,
no tiembles; quien abraza fuerte escudo
sólo debe temer la servidumbre.

Carga odiosa es la vida; á tí el sañudo
hado de muerte tan amable sea/
como la luz del sol amarse pudo.

¡Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
hazaña digna del sangriento Martel!
¡Cuán terrible es el Dios en la pelea!

Bien lo sabes, á fe; que en una parte
si tu ejército vence, derrotado
es en otra, y huyendo se reparte.

Del estrecho escuadrón que avanza osado
á la hueste enemiga, pocos mueren,
y muriendo á los suyos han salvado.

Aquellos que en la lid no resistieren
hostil encuentro, tímidos varones,
una afrentosa esclavitud prefieren.

Guerreros, agotando sus razones,
¿quién bastará á decir el gran tormento
del que sufre la infamia y los baldones?

¡Miseró joven, al fatal momento
que huyere del combate! ya le alcanza,
le hiere por detrás hierro violento.

Cadáver en el polvo, mientras avanza
orgullosa el contrario, infame queda,
rota la espalda al bote de su lanza.

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso y ¡firme! Clávate en el suelo,
muérdete el labio, y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
un ancho y grueso escudo te defiende
que de los dardos para el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
blande tu lanza, y el penacho altivo
sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
combate se acredita el buen guerrero,
y entre los dardos discurriendo activo.

Llega á las manos y descarga fiero
sobre algún enemigo el ancha espada,
y á tu campo lo lleva prisionero.

O bien, la lucha singular trabada,

opónle piés á piés, escudo á escudo,
y tu fuerte celada á su celada.

Y estréchate á su pecho, y del membrudo
brazo su lanza desprender procura,
ó cógele del pomo el hierro agudo.

Mas antes guarde formación segura
todo escuadrón: de escudos guarecido
el de ligera y fácil armadura.

Y á la nube de piedras escondido
dardos sin fin al enemigo aseste:
y siempre amparador y protegido
esté detrás de la pesada hueste.

(Traducción de D. José del Castillo y Ayensa).

SAFO.—ODA

Lesbia, las dichas de los dioses prueba

Este mancebo cabe tí acostado;

Este que goza de tu hablar suave,

De tu sonrisa.

¡Mírolo! triste el corazón entonces

Ríndese oprés, de repente falta

Voz á mis fauces, mi trabada lengua

Tórnase muda.

Súbite siento que sutil discurre

Dentro mis venas ardorosa llama,

Huye la vista de mis ojos, zumban

Ya mis oídos.

Toda me cubro de sudor helado,

Más amarilla que la yerba quedo,

Tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo

Débil suspiro.

(Traducción de D. José del Castillo y Ayensa).

ESQUILO.—LAS COÉFORAS

EGISTO.

De palacio me llaman. Dos viajeros
que acaban de llegar, la ingrata nueva
de la muerte de Orestes han traído,

¡Nueva fuente de llanto y de inquietudes,
que de una abierta y enconada llaga
acrecienta el dolor! Pero sepamos
si es verdad lo que dicen; que á las veces
del temor femenil nacen rumores
que vuelan un instante, y luego mueren.
—¿Sabes algo de cierto que me digas?

CORO.

Oímoslo, en verdad. Mas vé á palacio
y al huésped interroga. Que tú mismo
compruebas la verdad es lo que importa.

EGISTO.

Veré al viajero, y de sus propios labios
sabré si de la muerte fué testigo,
ó es sólo de rumores mensajero.

CORO.

Mi prudencia tiene ojos que no engañan. (*Váase*)

¿Con qué votos ¡oh Zeus! con qué plegarias
que expresen de mi alma los deseos
hacia tí clamaré?—¡Llegó la hora

de que en sangre se tiñan las espadas!
O perece el linaje del Atrida,

ó, dueño de la herencia de sus padres,
celebra Orestes con algunos fuegos
la libertad é imperio recobrados.

A ruda lid el generoso Orestes
contra dos adversarios se apercibe.

¡Al divino campeón prez y victoria!

EGISTO (*dentro*).

¡Ay! ¡ay de mí!

CORO.

¡Bien, bien!—¿Cómo habrá sido?

—Todo acabó—Alejémonos; no sea
que nos culpen también de estas desdichas.

—No hay duda; terminado está el combate.

SIERVO.

¡Desdichado de mí! ¡Muerto es mi amo!

¡Desdichado de mí una y mil veces!

Egisto ya no existe.—¡Abrid las puertas!

¡Quitad del gineceo los cerrojos!

¡Eh, pronto!—¿No escuchais? Un hombre joven

y fuerte es menester. No porque al muerto

podiera socorrer. ¡Oh! no, ya es tarde.

¡Hola!—Inútil afán. Están dormidos.

Y Clitemnestra ¿qué hace? ¿Dónde hallarla?

Yo temo que en peligro está su cuello

- CLITEMNESTRA. de ser también por la venganza herido.
¿Por qué tanto clamor? ¿Qué es lo que ocurre?
SIERVO. ¡Los muertos matan á los vivos!
CLITEMNESTRA. ¡Cielos!
¡El enigma comprendo!.. Con engaños
matamos; con engaños perecemos.
¡Un hacha, pronto, un hacha!—Pues la suerte
á extremo tal nos arrastró, sepamos
si vencedores somos ó vencidos.
(Sale Orestes, espada en mano)
- ORESTES. A tí te busco. El tiene ya su pago.
CLITEMNESTRA. ¡Ay de mí! ¡Pereciste, amado Egisto!
ORESTES. ¿Amas á ese hombre? En una misma tumba
yacerás á su lado,
¡fiel á tu impuro amor hasta en la muerte!
CLITEMNESTRA. ¡Piedad, hijo piedad! Respeta el seno
sobre el cual tantas veces
mamando dulce leche te dormiste.
ORESTES. ¡Oh Pilades! ¿Qué haré? ¿Mato á mi madre?
PILADES. ¿Olvidas los oráculos de Loxias
y tu jurada fé?—Por enemigos
ten antes á los hombres que á los dioses.
ORESTES. Venciste, amigo. Tu consejo es justo.
(A Clitemnestra)
- Sígueme. Junto á él quiero matarte.
Pues más que al padre le quisiste en vida,
muerta duerme con él; ya que le amaste
y á quien debiste amar aborreciste.
CLITEMNESTRA. ¡Hijo, á tu lado envejecer quisiera!
ORESTES. ¡Tú á mi lado, asesina de mi padre!
CLITEMNESTRA. Crimen mío no fué; fué del Destino.
ORESTES. Obra suya también será tu muerte.

(Traducción de D. Juan R. Salas).

SÓFOCLES.—EDIPO REY

- EDIPO. Sobre todo, te encargo y te conjuro
Hagas se den los últimos honores
Del sepulcro á la mísera princesa
Que yace en el palacio; deber tuyo

Es hacer con tus deudos este oficio.
Mas por lo que á mí toca, no pretenda
Esta ciudad, viviendo yo, tenerme
Entre sus ciudadanos: permitidme
Habitar en los montes; dejad busque
En Citerón, mi patria verdadera;
Este monte mis padres destinaron
Para sepulcro mío: morir debo
En él, como quisieron. Bien conozeo
Que ni la enfermedad, ni otro fracaso
Terminará mi vida; no pudiera
En aquella ocasión librar la vida,
Si á males más terribles que la muerte
No me hubiera la suerte reservado.
En fin, á mi destino me abandono.
De mis hijos, Creón, no te encomiendo
Un cuidado especial, pues son varones,
Donde quiera hallarán su subsistencia;
Pero las dulces prendas de mi vida,
Mis hijas infelices, malhadadas,
Que con tanto regalo he yo cuidado,
Dándoles de mi plato los manjares
Más dulces y sabrosos... ¡hijas mías!
¿Qué será de vosotras? Generoso
Príncipe, á tu piedad las encomiendo.
Permíteme les dé el postrer abrazo,
Y con ellas lamente mi desgracia.
Ve, príncipe, por ellas, clara estirpe
De tan ilustres padres, no me niegues
Este postrer favor; si las abrazo,
Igual placer tendré que si las viera.
¿Mas qué esuecho? ¿No son lamentos tristes
De mis amadas hijas? ¡Ay! Sin duda
Creón compadecido de mis ruegos
Las prendas más amadas de mi vida
A mi presencia trae.

Los mismos y las hijas de Edipo

CREÓN.

Así es, Edipo;

Tus ardientes deseos conociendo
Te presento tus hijas.

EDIPO.

¡Felíz seas!

Y en justa recompensa las deidades
Más feliz tu reinado hagan que el mío.
¿Dónde estais, hijas mías? Acercaos,
Tocad de vuestro hermano las impías
Manos, que han despojado á vuestro padre
De los ojos, cual veis. ¿Cómo, infelices,
Os engendré en el seno que me diera
El ser á mí primero? Desgraciadas,
¡Cuánto dolor me causa vuestra suerte!
¡Qué triste vida habrá de ser la vuestra!
¿Á qué juntas ó fiestas presentaros
Podreis, que no volvais en llanto envueltas?
Y cuando de casaros la edad llegue
¿Quién el padre será, que no rehuse
A sus hijos manchar con el oprobio
Que cubre á vuestros padres y los míos?
¿Qué deshonor os falta? Vuestro padre
A su padre mató; hijos produjo
De la madre que el ser le había dado,
Y de ella os engendró; tales afrentas
Os improperearán; ¿quién querrá entonces
A vuestras bodas aspirar? El hado
Quiere vivais en mísero abandono,
Sin esposos, estériles... ¡Tú! ilustre
Creón, pues ya otro padre no les queda,
Serás su único amparo; no permitas
Que siendo sangre tuya anden errantes,
Mendigas, sin apoyo; sus desgracias
No permitas igualen á las mías.
Compadécete de ellas; su edad tierna
Excite tu piedad y el ver no tienen
Otro amparo que el tuyo. Esta demanda
Ultima no me niegues y tu diestra
Prenda del favor sea que te pido.
¡Hijas del alma mía! Si entenderme
Y comprender pudiérais mis consejos,
Muchos tengo que daros; este solo
Os doy por despedida: que á los dioses
Pidais os den más próspera fortuna

- Que á vuestro infeliz padre.
- CREÓN. Basta, Edipo.
¿Adónde te arrebató el sentimiento?
No des más rienda á tu dolor; sosiega;
Vamos adentro.
- EDIPO. Vamos, aunque nada
Puede ya á mi dolor prestar alivio.
- CREÓN. Dale treguas; su tiempo cada cosa
Debe tener.
- EDIPO. Es cierto ¿pero sabes
Qué quisiera de tí?
- CREÓN. Dilo.
- EDIPO. Que pronto
Me arrojes de esta tierra.
- CREÓN. Ese cuidado
Dejémosle á los dioses.
- EDIPO. Tú no ignoras
Cuán odioso les soy.
- CREÓN. Pues sin tardanza
Lograrás tu deseo.
- EDIPO. ¿Lo aseguras?
- CREÓN. Nunca supe decir lo que no siento.
- EDIPO. Llevadme, pues, de aquí.
- CREÓN. Vamos, mas deja
A tus hijas.
- EDIPO. ¡Ay! no; ¡no las arranques
De los brazos de un padre!
- CREÓN. No te empeñes
En tenerlas contigo; harta experiencia
Tienes de que no es dado conservemos
Lo que más en la vida apeteecemos.
- CORO. Ciudadanos de Tebas, ved la suerte
Del infeliz Edipo, aquel famoso
Que el intrincado enigma de la Esfinge
Explicó, aquel varón tan excelente
A quien ni el gran favor ni las riquezas
De los hombres movieron de lo justo.
¡Mirad en cuánto abismo de desgracias
Se ve precipitado! Esto os avisa,
Mortales, que la mira tengais siempre

En el día postrero, y venturoso
A ninguno llameis hasta que pasen
Los términos fatales de la vida
Sin desgracia que turbe su reposo.

(Traducción de D. Pedro Estala).

EURÍPIDES.—LAS FENICIAS

Antígona.—Me avergüenzo de presentarme delante de tantos guerreros.

Yocasta.—Tu propio interés exige que no te avergüences ahora.

Antígona.—¿Y qué he de hacer, pues?

Yocasta.—Poner término á la enemistad de tus hermanos.

Antígona.—¿Y de qué manera, oh madre?

Yocasta.—Prosternándote conmigo en tierra.

Antígona.—Precédeme al atravesar las filas, que no es ocasión de vacilar.

Yocasta.—Pronto, pronto, hija mía: porque si llegamos á tiempo, antes que mis hijos comiencen el combate, podré vivir; si ya han muerto, moriré también con ellos.

El coro.—*Estrofa.*—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Trémulo de horror, trémulo está mi pecho: mi compasión, mi compasión por esta desdichada madre me hace estremecer. ¿Cuál de sus dos hijos llenará al otro de sangre? ¡Ay de mis sufrimientos! ¡Oh Júpiter! ¡Oh tierra! La muerte, atravesando sus escudos, separará de sus cuerpos dos cuellos fraternales, dos almas de hermanos. ¡Cuán desdichada, cuán desdichada soy! ¿A cuál de los dos lloraré cuando muera?

Antístrofa—¡Oh tierra, tierra! Dos fieras, dos almas sedientas de sangre, decidirán con la lanza de su suerte, y después, como enemigos, sí, como enemigos regarán la tierra. ¡Desventurados, que nunca debieron pelear frente á frente! Prorrumpiendo en bárbaros clamores, y llorosa, gemiré como á los muertos agrada. Pronto se decidirá el duelo: este día verá su término. ¡Nefanda, nefanda muerte, obra de las furias! Pero veo á Creonte, que se acerca triste á este palacio; enjugaré mis lágrimas.

Creonte.—¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¿Lloraré mi desgracia ó lloraré la de la ciudad, envuelta por todas partes en negra nube, como para ser sumergida en el Aqueronte? Mi hijo ha muerto por la patria, y ha conseguido inmortal renombre; pero debo deplorar-

lo: lo recogí en la gruta del Dragón, muerto por su mano, y, desventurado, lo traje yo mismo y llené todo el palacio con mis clamores. Yo, anciano, vengo á buscar á mi hermana Yocasta, también anciana, para que lave y tribute los últimos deberes á mi hijo difunto, pues conviene que el que vive honre á los muertos, y adore piadosamente al dios de los infiernos.

El coro.—Tu hermana ha salido del palacio, oh Creonte, y con ella su hija Antígona.

Creonte.—¿A dónde y para qué? Dímelo.

El coro.—Supo que sus hijos decidirían en singular combate cuál de los dos había de mandar en este real palacio.

Creonte.—¿Qué dices? Yo, que sólo me cuido del cadáver de mi hijo, no he venido á saber esto.

El coro.—Ya hace tiempo que se fué tu hermana: yo creo, oh Creonte, que los hijos de Edipo terminaron ya su duelo á muerte.

Creonte.—¡Ay de mí! Señal de esto será lo que veo; un mensajero de semblante y ojos tristes, que anunciará la conclusión de todo.

El mensajero.—¡Desdichado de mí! ¿Qué diré? ¿Cómo me lamentaré?

Creonte.—¡Ay de nosotros! Tu exordio no promete nada bueno.

El mensajero.—¡Ay de mí! vuelvo á exclamar otra vez: anuncio tristes males.

Creonte.—¿Tienes que añadir alguno á los que ya han sucedido?

El mensajero.—Los hijos de tu hermana no ven ya la luz, oh Creonte.

Creonte.—¡Ay, ay! Gran daño me anuncias, y también á esta ciudad. ¡Oh palacio de Edipo!

El coro. Lloraría si pudiese.

Creonte.—¡Oh calamidad sin ejemplo! ¡Cuántos son mis males! ¡Cuánta mi desdicha! ¡Cuán grande mi infortunio!

El mensajero.—¡Si supieses lo que ha ocurrido después!

Creonte.—¿Alguna otra desgracia más grave?

El mensajero.—Tu hermana ha muerto con sus dos hijos.

El coro.—Llorad, llorad, y con las blancas manos golpead vuestra cabeza.

(Traducción de D. Eduardo de Mier).

ARISTÓFANES.—LOS CABALLEROS

Cleón.—¿Todos os sublevais contra mí? Y sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba á proponer en el Se-

nado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

Coro.—¡Qué hablador y qué astuto! Mira cómo se arrastra á nuestro alrededor y trata de engañarnos como si fuéramos unos viejos chochos. Mas si vence por estos medios, con ellos será castigado; si se inclina hacia aquí, le plantaré un puntapié.

Cleón (apaleado).—¡Oh pueblo! ¡Oh ciudadanos! ¡Qué fieras me patean el vientre!

Coro.—¿También tú gritas, destructor de las repúblicas?

El Choricero.—Yo me comprometo á ahuyentarle al punto con mis gritos.

Coro.—Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

Cleón.—Yo delato á ese hombre, y sostengo que ha llevado la salsa de sus mercancías á las naves peloponesias.

El Choricero.—Y yo, voto á bríos, acuso á este de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío, y haber vuelto de él con el vientre lleno.

Demóstenes.—Y además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Pericles.

Cleón.—Los dos vais á morir.

El Choricero.—Gritaré tres veces más que tú.

Cleón.—Te aturdiré con mis voces.

El Choricero.—Te ensordecereé con mis gritos.

Cleón.—Te acusaré cuando seas general.

El Choricero.—Te deslomaré como á un perro.

Cleón.—Yo te cortaré los vuelos.

El Choricero.—Yo te atajaré el camino.

Cleón.—Mírame de frente.

El Choricero.—También yo me he criado en la plaza.

Cleón.—Si resuellas, te hago trizas.

El Choricero.—Si hablas, te cubro de estiércol.

Cleón.—Yo confieso que soy ladrón; tú lo niegas.

El Choricero.—Por Mercurio, dios del mercado, lo negaré con juramento aunque me cojan infraganti.

Cleón.—Quieres adornarte con méritos ajenos. Te acusaré ante los Pritáneos de que tienes vientres de víctimas que no han pagado su diezmo á los dioses.

Coro.—¡Infame, bribón, bocaza; tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudación, los procesos, los tri-

bunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república, y ensordecido á Atenas con tus estentóreos clamores; tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

(Traducción de D. Federico Baráibar).

HERODOTO.—HISTORIA

Después que Cambíses se hubo restituido á Ménfis, se apareció á los egipcios su dios Apis, al cual los griegos suelen llamar Epafo, y apenas se dejó ver, cuando todos se vistieron de gala y festejéronle públicamente con grandes regocijos. Al ver Cambíses tan singulares muestras de contento y alegría, sospechando en su interior que nacían de la complacencia que tenían los egipcios por el mal éxito de su empresa, mandó comparecer ante sí á los magistrados de Ménfis, y teniéndolos á su presencia, les pregunta por qué antes, cuando estuvo en Ménfis, no dieron los egipcios muestra alguna de contento, y ahora vuelto de su expedición, en que había perdido parte de su ejército, todo eran fiestas y regocijos. Respondiéronle llanamente los magistrados que entonces puntualmente acababa de aparecérsesle su buen dios Apis, quien no se dejaba ver de los egipcios sino alguna vez muy de tarde en tarde, y que siempre que se dignaba visitarlos su dios solían festejarle muy alegres y ufanos por la merced que les hacía. Pero Cambíses, no bien oída la repuesta, les echó en rostro que mentían, y aún más, los condenó á muerte por embusteros.

Ejecutada en los magistrados la sentencia capital, llama Cambíses otra vez á los sacerdotes, quienes le dieron cabalmente la misma repuesta y razón acerca de su dios. Replicóles Cambíses que si alguno de los dioses visible y tratable se apareciera á los egipcios, no debía escondérsele á él, ni había de ser el último en saberlo; y diciendo esto, manda á los sacerdotes que le traigan al punto al dios Apis, que al momento le llevaron. Debo decir que este dios, sea Apis ó Epafo, no es más que un novillo cumplido, hijo de una ternera, que no está todavía en la edad proporcionada de concebir otro feto alguno ni de retenerlo en el útero: así lo dicen los egipcios, que á este fin quieren que baje del cielo sobre la ternera una ráfaga de luz con la cual conciba y para á su tiempo al dios novillo. Tiene este Apis sus señales características, cuales son el color negro

con un cuadro blanco en la frente, una como águila pintada en sus espaldas, los pelos de la cola duplicados y un escarabajo remedado en su lengua.

Volvamos á los sacerdotes, que apenas acabaron de presentar á Cambíses su dios Apis, cuando aquel monarca, según era de alocado y furioso, saca su daga, y queriendo dar al Apis en medio del vientre, hiérole con ella en uno de los muslos, y soltando la carcajada, vuelto á los sacerdotes:—«Bravos embusteros sois todos, les dice: reniego de vosotros y de vuestros dioses igualmente. ¿Son por ventura de carne y hueso los dioses, y expuestos á los filos del hierro? Bravo dios es ese, digno de serlo de los egipcios y de nadie más. Os juro que no os congratulareis de esa mofa que haceis de mí, vuestro soberano». Dicho esto, mandó inmediatamente á los ministros ejecutores de sentencias, que dieran luego á los sacerdotes doscientos azotes sin piedad; y ordenó también que al egipcio, fuese el que fuese, que sorprendieran festejando al dios Apis, se le diera muerte sin demora. Así se les turbó la fiesta á los egipcios, quedaron los sacerdotes bien azotados, y el dios Apis, mal herido en un muslo, tendido en su mismo templo, no tardó en espirar, si bien no le faltó el último honor de lograr á hurto de Cambíses sepultura sagrada que le procuraron los sacerdotes viéndole muerto de la herida.

(Traducción del P. Bartolomé Pou.)

PLATÓN.—LAS LEYES

Del libro décimo

ATENIENSE

En el caso de que la primera especie de movimiento se encuentre en alguna sustancia, sea la que sea, terrestre, acuática, ígnea, simple, ó compuesta, ¿cómo diremos que es afectada esta sustancia?

CLINIAS

¿Me preguntas si diremos que está viva esta sustancia en el hecho mismo de moverse por sí misma?

ATENIENSE

Sí, si está viva.

CLINIAS

Sin duda.

ATENIENSE

Pero cuando vemos sustancias animadas, ¿no es preciso reconocer que el principio de la vida en ellas es el alma misma?

CLINIAS

No puede ser otra cosa.

ATENIENSE

En nombre de Júpiter, estáte atento. ¿No podrías concebir en cada ser tres cosas?

CLINIAS

¿Cómo?

ATENIENSE

La una es su sustancia; la otra, la definición de esa sustancia; la tercera, su nombre. ¿Y sobre cada objeto no hay dos preguntas que hacer?

CLINIAS

¿Cómo dos preguntas?

ATENIENSE

Algunas veces se da el nombre de la cosa, y lo que se pide es la definición; otras veces se da la definición, y lo que se quiere saber es el nombre. ¿Mira si no es esto lo que queremos decir?

CLINIAS

¿Qué?

ATENIENSE

El nombre y la definición se distinguen en muchas cosas, por ejemplo, en *el doble*; en tanto que número su nombre es par; y su definición es: un número divisible en dos partes iguales.

CLINIAS

Sí.

ATENIENSE

Eso es lo mismo que quiero decir. ¿Y no es la misma cosa que designamos de dos maneras, sea que se nos pida la definición y nosotros demos el nombre, ó que se nos pida el nombre y nosotros demos la definición, estando el mismo número igualmente designado por su nombre, que es par, y por su definición, que es un número divisible en dos partes iguales?

CLINIAS

Sin duda.

ARISTÓTELES.—POLÍTICA

No puede negarse, por consiguiente, que la educación de los niños debe ser uno de los objetos principales de que debe cuidar el legislador. Donde quiera que la educación ha sido desatendida, el Estado ha recibido un golpe funesto. Esto consiste en que las leyes deben estar siempre en relación con el principio de la constitución, y en que las costumbres particulares de cada ciudad afianzan el sostenimiento del Estado, por lo mismo que han sido ellas mismas las únicas que han dado existencia á la forma primera. Las costumbres democráticas conservan la democracia, así como las costumbres oligárquicas conservan la oligarquía, y cuanto más puras son las costumbres, tanto más se afianza el Estado.

Todas las ciencias y todas las artes exigen, si han de dar buenos resultados, nociones previas y hábitos exteriores. Lo mismo sucede evidentemente con el ejercicio de la virtud. Como el Estado todo sólo tiene un solo y mismo fin, la educación debe ser necesariamente una é idéntica para todos sus miembros, de donde se sigue que la educación debe ser objeto de una vigilancia pública y no particular, por más que este último sistema haya generalmente prevalecido, y que hoy cada cual educa á sus hijos en su casa según el método que le parece y en aquello que le place. Sin embargo, lo que es común, debe aprenderse en común, y es un error grave creer que cada ciudadano sea dueño de sí mismo, siendo así que todos pertenecen al Estado, puesto que constituyen sus elementos, y que los cuidados, de que son objeto las partes, deben concordar con aquellos de que es objeto el conjunto. En este punto nunca se alabará bastante á los lacedemonios. La educación de sus hijos se verifica en común y le dan una extrema importancia. En nuestra opinión es de toda evidencia que la ley debe arreglar la educación, y que ésta debe ser pública. Pero es muy esencial saber con precisión lo que debe ser esta educación, y el método que conviene seguir. En general no están hoy todos conformes acerca de los objetos que debe abrazar; antes, por el contrario, están muy lejos de ponerse de acuerdo sobre lo que los jóvenes deben aprender para alcanzar la virtud y la vida más perfecta. Ni aún se sabe á qué debe darse la preferencia, si á la educación de la inteligencia ó á la del corazón. El sistema actual de educación contribuye mucho á hacer difícil la cuestión. No se sabe, ni poco ni mucho, si la edu-

cación ha de dirigirse exclusivamente á las cosas de utilidad real, ó si debe hacerse de ella una escuela de virtud, ó si ha de comprender también las cosas de puro entretenimiento. Estos diferentes sistemas han tenido sus partidarios y no hay aún nada que sea generalmente aceptado sobre los medios de hacer á la juventud virtuosa; pero siendo tan diversas las opiniones acerca de la esencia misma de la virtud, no debe extrañarse que lo sean igualmente sobre la manera de ponerla en práctica.

(Traducción de D. Patricio Azcárate).

DEMÓSTENES.—DE LA FILÍPICA TERCERA

Después de tanto hablar vuestros oradores en las juntas sobre los ultrajes que, de la paz acá, va haciendo Filipo, no sólo á vosotros, sino á todos los demás griegos; después de tanto clamorear aquí todos vosotros, por supuesto sin descruzar nadie los brazos, que es preciso responderle bien claro y poner á raya su atrevimiento, y hacerle pagar á todo trance su merecido, lo que veo, Atenienses, que nuestras cosas andan tan por el suelo, que (duro es decirlo, pero es la pura verdad), si procediendo todos de acuerdo, nos hubiésemos empeñado los consejeros en proponer, y vosotros en decretar y seguir el modo más cierto de arruinarlas, no creo que vinieran jamás al lamentable abatimiento en que se encuentran.

—Y ¿cuál es la causa de esto?—Muchas sin duda; porque una sola ni dos no bastan á producir tamaño desorden. Pero si parais bien la atención, luego echareis de ver que la principal está en los que prefieren siempre el halago de vuestros oídos á vuestra verdadera utilidad. De los cuales unos, hambrientos de lucimiento y poderío, sólo se desviven por encaminar las cosas de modo que puedan acrecentarlo; de las consecuencias públicas para nada se cuidan, ó mejor dicho, sólo se cuidan de que vosotros no podais advertirlas. Otros, con su tema de acriminar y calumniar á cuantos ponen manos en el gobierno, lo que logran es enredar á la ciudad en ajusticiarse y desgarrarse á sí propia en sus ciudadanos, mientras Filipo bravea y ejecuta impunemente cuanto se le antoja. Trapaerías de este jaez son muy corrientes en Atenas; pero en ellas está precisamente el manantial de nuestros males.

Ruégoos, Atenienses, no me lleveis á mal que os diga llanamente algo siquiera de la verdad. Es un hecho innegable: fuera de los congresos, nadie como vosotros hace gala de conceder amplísima

licencia de hablar á todo el mundo; hasta los extraños, hasta los esclavos la tienen, y tanto, que en este punto son ellos más libres que en muchas ciudades sus mismos ciudadanos; pero esta tan preciada libertad, de los consejos públicos la habeis desterrado por completo. ¿Y qué sucede? Que aquí, en vez de la verdad, no resuena ya sino la lisonja; y mientras vosotros muy á vuestro placer os estais saboreando y regalando con su dulzura, vuestras cosas, andando su camino, han llegado ya al borde mismo del precipicio.

Pues bien, si continuais todavía en la misma disposición, hemos concluído, no tengo qué deciros: pero si quereis oír sin adulaciones lo que os conviene, aquí me teneis dispuesto á proponerlo; que si bien el estado de las cosas es tan triste como he dicho, con todo, abrigo aún la esperanza de que, si os resolveis á cumplir vuestro deber, todavía podrán enderezarse. Más aún, y vaya una paradoja: lo peor que habeis tenido hasta ahora, eso es cabalmente lo que más debe alentarnos para adelante. Y ¿cuál es ello? El que los negocios anden tan malparados por no haber hecho vosotros nada, ni poco ni mucho, para remediarlos: porque claro está, que si así anduvieran después de haber hecho cuanto estaba en vuestra mano, ni rastro de esperanza nos quedaría de que pudieran mejorarse. Así que ¡ánimo, Atenienses!, que Filipo sólo ha triunfado de vuestra negligencia y descuido; de la ciudad no ha triunfado, ni de vosotros tampoco; ¡si ni siquiera ha logrado moveros!

(Traducción del P. Sautu).

TEÓCRITO.—IDILIO VIII

DAFNIS, MENALCAS, CABRERO

Apacentaba Dáfnis el hermoso
sus bueyes, como es fama, cierto día,
y Menalcas, que el monte cavernoso
cuidando sus ovejas recorría,
á su encuentro salió. La cabellera
rubia de entrambos era,
y ni á uno ni á otro mozo
aún apuntaba el bozo;
en pulsar el sonoro caramillo
entrambos eran diestros,

- y ambos á dos en el cantar maestros.
Apenas vió Menalcas al sencillo
Dáfnis, así le dijo dulcemente:
- MENALCAS. ¡Dáfnis, custodio de la grey mugiente!
¿Quiéres cantar conimigo?
Juro que siempre que en luchar insista
la certidumbre de vencerte abrigo.—
Y así replicó Dáfnis á su amigo:
- DÁFNIS. ¡De lanígera grey pastor y encanto,
Menalcas, gran flautista!
Jamás me vencerás, aunque de tanto
soplar reviente tu garganta al canto.
- MENALCAS. ¿Lo quieres ver? ¿Apuestas una prenda?
- DÁFNIS. Apostaré una prenda; verlo quiero.
- MENALCAS. ¿Cuál el premio será de la contienda?
- DÁFNIS. Yo apostaré un becerro: tú un cordero
no menor que la madre.
- MENALCAS. ¡Oh, no! Mi suerte
un corderillo de apostar me guarde.
Que duro padre, advierte,
y madre tengo de carácter fuerte,
y las ovejas cuentan cada tarde.
- DÁFNIS. Pues algo en poner piensa
que sirva al vencedor de recompensa.
- MENALCAS. De nueve voces tengo bien forjada
una zampoña, arriba al par que abajo
con blanca cera unida: es mi trabajo,
y ésta pondré, mas de mi padre, nada.
- DÁFNIS. También yo tengo ahora
mi zampoña sonora.
Nueve voces espléndidas numera,
y abajo al par que arriba
la une cándida cera;
poco há la trabajó mi mano activa;
por señas que me duele aún este dedo,
que se rajó un carrizo
y honda herida me hizo:
ponerla, pues, junto á la tuya puedo.
Mas ¿quién el juez será de las canciones,
ó quién nos impondrá sus decisiones?

- MENALCAS. Llamemos, si te cuadra,
á aquel Cabrero, á quien el can Nevado
junto á las cabras importuno ladra.—
Le hablaron los donceles, y al llamado
el cabrero acudió, de ser contento
juez en la dulce lid. Suertes tirando,
ser primero tocó á Menalcas blando,
y Dáfnis el festivo
replicó modulando
en pastoril cantar alternativo.
Y principió el conuento
Menalcas, estas notas dando al viento.
- DÁFNIS. ¡Ríos y valles, creación divina!
Si supo con primor
hacer sonar la fístula argentina
Menalcas el cantor,
á mis ovejas dad pasto sabroso
con liberalidad,
y á las vacas de Dáfnis el hermoso
igual favor mostrad.
- MENALCAS. ¡Fuentes y yerbas, gérmenes sagrados!
Si Dáfnis el pastor
sabe entonar cantares acordados
cual dulce ruiñeñor,
mis vacas engordad. Y si corderos
Menalcas trae aquí,
rica pastura encuentren placenteros,
y dadle más que á mí.

(Traducción de D. Ignacio Montes de Oca).

PLUTARCO.—VIDAS PARALELAS

DE CODRO, ATHENIENSE

Teniendo los Thraces guerra con los athenienses, fueron amonestados del oráculo que serían vencedores si se abstendían de matar á Codro, rey de los athenienses. Sabido esto por Codro, tomó consigo una hoz, y en hábito desconocido y vil se vino entre los enemigos, donde como matase á uno dellos, fué también él muerto de

otro; y desta manera vencieron los athenienses. Como lo escribe Sócrates en el segundo libro de la historia de Thracia.

DE PUBLIO DECIO Y DE SU HIJO

Publio Decio, Romano, teniendo guerra contra los Albanos, fué amonestado en sueños que si muriese daría á ganar á Roma á los Romanos; por lo cual, viniendo en medio de los enemigos y matando muchos dellos, al fin él también fué muerto. Semejantemente su hijo Decio fué muerto en la guerra contra los franceses, y así salvó á los Romanos. Como lo escribe Aristides Milesio.

(Traducción de Diego Gracián).

SAN JUAN CRISÓSTOMO.—DE UNA HOMILÍA

Repito otra vez: si me habla el escita ó el tracio, me será imposible el oírlos; lo mismo sucede á los demás cuando les hablan en idioma que no es el suyo. Mas esta ley general no tiene lugar cuando los que hablan son el cielo, la noche y el día, cuyas voces son tan claras y tan sabidas, que pueden oírlos todos los hombres por diferentes que sean los idiomas que hablen. Por esta razón añade el Profeta, después de haber dicho que los cielos declaran la gloria de Dios, y que un día habla á otro día: *No hay lenguaje ni habla de quien no sean oídas las voces de ellos*; palabras que encierran este sentido: el día, la noche, el cielo y todas las criaturas tienen tal lenguaje, tienen tal voz, que pueden comprenderla todos los lenguajes, esto es, todas las lenguas, todas las gentes. No hay, dice, lenguaje, no hay nación, no hay voz donde no sea oída la voz del cielo; el escita, el tracio, el moro, el indio, el sármata y todo lenguaje, y todo idioma, y toda nación, podrá oír esta voz. ¿Y cómo podrá oírla? Escuchadme y comprendereis cómo habla con su silencio el cielo. Cuando veis su hermosura, su grandeza, su situación, su perpetuidad, su esplendor, y glorificáis llenos de entusiasmo por tanta grandeza al Artífice Supremo, y aplaudís al Creador omnipotente, es cuando el cielo envía su voz, y pone por medio de su lengua á los piés del Señor la gloria y la alabanza.

Esto es lo que significan las palabras: *Los cielos declaran la gloria de Dios*. ¿De qué manera, por fin, la declaran? Arrebatando con la hermosura de su esplendor hasta admirar á Dios á todos aquellos

que la contemplan, y haciéndoles prorrumpir á la vista de tan grande maravilla, en las siguientes palabras: ¡Gloria á tí, Dios, que has hecho tal cuerpo y lo has colocado donde todos lo veamos! Los cielos os han arrancado esta glorificación, y los cielos, valiéndose de vuestra lengua, han proclamado la admiración que su vista os ha causado. De esta manera dan honor y gloria con su silencio al Señor, y de esta manera oyen todos su voz. Cuando no se perciben con el oído todas estas maravillas, y sí por su aspecto y por su contemplación, entonces el aspecto también es uno solo para todos, aunque sean diferentes las lenguas, y entonces también oyen esta voz los escitas, los tracios, los moros y los indios; es decir, que al mirar todo este prodigio, al quedarse asombrados de la hermosura, del esplendor, de la grandeza y de todas las demás cosas que dicen relación con el cielo, ofrecen á Dios la gloria y alabanza, á no ser que sus cabezas estén perturbadas ó sus corazones maleados.

(Traducción anónima).

LITERATURA LATINA

PLAUTO.—LA AULULARIA

Acto tercero, escena III

EUCLIÓN, CONGRIÓN

Euclión. —(Saliendo de casa con la marmita en brazos, y sin reparar en Congrión). ¡Ollita de mi vida! Tú irás siempre conmigo, yo te llevaré conmigo donde quiera que fuere, y no volveré jamás á cometer la imprevisión de dejarte sola en tamaño peligro... (*Alto*). Ya podeis entrar ahora, marmitones y tocadores de flauta; (*á Congrión*) y tú introduce ya, si quieres, toda esa raza venal. Cocinad, trastead ahora, ya podeis daros toda la prisa que querais...

Congrión. A buena hora, después de habernos molido á todos los huesos.

Euclión. Entrad os digo. Aquí se os ha traído para trabajar y no para charlar.

Congrión. ¡Hola, el viejo! Pues entonces también debemos pedirnos un sobresueldo por los palos que nos habeis dado: porque aquí se nos había traído para guisar, y no para ser apaleados.

Euclión. Corriente, demándame ante los tribunales: pero no me seas más importuno. Entra á preparar esa cena... ó vete de aquí y haz que te crucifiquen.

Congrión. Id vos, si quereis. (*Entranse los cocineros en la casa.*)

Escena IV

EUCLIÓN

¡Gracias al cielo que se han ido! Dioses inmortales, qué audaz temeridad es la del pobre que se atreve á tener relaciones con un rico! ¡El tal Megadoro!... finge enviarme esos cocineros para obsequiarme, y en verdad, su intento es despojarme y reducirme á la miseria... Pero, en mi casa, hasta el gallo parecía que estaba en inteligencia con la odiosa vieja para arruinarme: pues comenzó el maldito á escarbar con las patas precisamente donde yo tenía encerrado mi tesoro. ¿Qué había de hacer? El corazón se me inflamó de cólera, y cogiendo un garrote, dejé en el sitio al infame gallo... ladrón manifiesto. Juraría que esos pillastres de galopines le habrían prometido alguna recompensa, si les descubría mi riqueza. Mas ya les he arrancado *el mango de la mano*. Y á todo esto... ¿Para qué tanta conversación? La muerte del ave ha terminado el asunto. Pero he aquí á mi futuro yerno Megadoro, que sin duda regresa del mercado. No me atrevo á dejarle pasar sin pararle, y hablar con él algunas palabras.

(*Traducción de D. A. González Garbín.*)

TERENCIO.—ANDRIA

Acto tercero, escena III

SIMÓN, CHREMES, VIEJOS

S.—Seas bien venido, Chremes.

C.—¡Oh! A tí mismo buscaba.

S.—Y yo también á tí.

C.—A muy buen punto te he topado. Ciertas gentes me han dicho que han entendido de tí que mi hija hoy se casa con tu hijo, y así vengo á saber si estás tú loco ó si lo están ellos.

S.—Oyeme, y en breves razones sabrás lo que yo te quiero, y lo que tú preguntas.



C.—Yo te oigo: dí lo que quisieres.

S.—Suplícote, Chremes, por los dioses y por nuestra amistad, la cual comenzando dende la niñez, ha crecido siempre con los años, y por una sola hija que tienes, y por mi hijo, cuyo total remedio está en tu mano, que me favorezcas en esto; y que este casamiento se haga como estaba tratado que se había de hacer.

C.—No uses conmigo de ruegos, pues para recabar eso de mí, no son menester. ¿Piensas que soy otro del que era los días pasados cuando te la daba? Si cosa es que á los dos cumple que se haga, mándala traer: pero si en ello hay más daño que provecho para ambos, esto te ruego que lo mires bien por ambos, como si ella fuese tu hija y yo fuese padre de Pánfilo.

S.—Mas antes, Chremes, yo lo quiero así; y así te pido que se haga, ni yo te lo pediría si el caso no lo pidiese.

C.—¿Y qué es ello?

S.—Entre mi hijo y Gliceria hay muchos enojos.

C.—Oigolo.

S.—Tan grandes que confío lo podremos apartar.

C.—Son cuentos.

S.—Realmente pasa así.

C.—Ello debe de ser como te diré, que las riñas de los enamorados, son nuevo refresco del amor.

S.—Mira: suplícote que prevengamos, agora que tenemos tiempo, mientras su apetito está con las palabras injuriosas embotado; antes que las maldades destas, y sus lágrimas, fingidas con engaños, muevan á compasión la enferma voluntad. Casémoslo, que yo confío que él, aficionado con la buena conversación y ahidalgada compañía, se desarevolverá de hoy más fácilmente destes males.

C.—A tí eso te parece; pero yo no entiendo que]él podrá estar para siempre con mi hija, ni menos yo sufrillo.

S.—¿Cómo lo sabes, pues, si no haces experiencia dello?

C.—Fuerte cosa es hacer esas experiencias en la hija.

S.—Todo el inconveniente viene en fin á parar en esto, si, lo que los dioses no permitan, sucediese haber divorcio; pero si se enmienda, mira qué de bienes. Primeramente, repararás un hijo á tu amigo; para tí hallarás un yerno seguro, y para tu hija marido.

C.—No gastes razones. Si te parece que eso es cosa que conviene, no quiero yo que por mí se estorbe tu provecho.

S.—Con razón te he querido siempre mucho, Chremes.

C.—Pero ¿qué me dices?

S.—¿De qué?

C.—¿Cómo sabes que ellos están agora discordes entre sí?

S.—Davo, que es su secretario, me lo ha dicho; y él me incita que dé cuanta prisa pueda al casamiento. ¿Pretendes tú que lo haría, si no supiese que esto mismo le da gusto á mi hijo? Tú mismo lo oirás de su boca. Hola, llamadle aquí á Davo. Pero helo aquí; yo lo veo que sale fuera.

(Traducción de Pedro Simón Abril).

LUCRECIO.—DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

Engendradora del romano pueblo,
Placer de almas y dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Pueblas el mar de voladoras naves
Y la tierra fructífera fecundas:
Por tí todo animal respira y vive;
De tí, diosa, de tí los vientos huyen,
Ahuyentas con tu vista los nublados,
Te ofrece flores la dedálea tierra,
Las llanuras del mar contigo rien
Y brilla en larga luz el claro cielo.

Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Recobra ya Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, oh diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento, por alegres prados,
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la férvida corriente.
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieras, diosa, conducirlos,
Y en las sierras altivas, y en los mares,
Y en medio de los campos que florecen,
Con blando amor tocando todo pecho,
Haces que las especies se propaguen.

(Traducción del Abate Marchena).

VIRGILIO.—LA ENEIDA

Del libro primero

En esto Eneas sube en un peñasco
y mira del mar ancho á todas partes
cuan lejos puede divisar su vista,
por ver si acaso viese al buen Anteo
del mar y vientos hacia allí arrojado,
y las troyanas naos, ó algunas dellas,
ó al fuerte Capis, ó en las altas popas
las armas de Caíco y su divisa.

No vido nao en cuanto miró en torno,
mas vido en la ribera tres venados
que por allí seguros se espaciaban,
á quien las bandas todas de los ciervos
iban siguiendo como á sus caudillos
y en largos escuadrones por los valles
iban paciando por la verde hierba.

Paróse Eneas luego que los vido;
toma el corvo arco y las ligeras flechas
que allí á par le traía el fiel Acates,
y en lo primero aquellos tres guiones
que las cabezas iban empinando
de muy ganchosos cuernos adornadas,
con otras tres saetas pone en tierra.

Luego á la banda de los otros ciervos
tira confusamente, y va siguiéndolos
por entre breñas y hinojosos bosques.

Ni primero desiste de la caza
que en tierra ponga siete grandes ciervos
haciendo con las naos igual el número.
Aquesto hecho, vuelve para el puerto
y entre los compañeros los reparte;
dáles también de aquel precioso vino
que le había presentado en los toneles
en el tinacrio puerto el buen Acestes
cuando de él para Italia se partían.

Y con razones tiernas y amorosas
así los tristes ánimos consuela:

«Oh, mis amigos caros y leales
en más graves peligros ya probados,
que no hay quien no se acuerde de los males
por do nos han traído nuestros Hados:
confiad en los Dioses inmortales,
que de estos con buen fin seréis librados;
que suele suceder á gran pujanza
de tempestad furiosa, gran bonanza.

Vosotros, mis troyanos valerosos,
á la rabiosa Scila resististes;
ni á los peñascos ciclópeos furiosos
ni al bramar de Caribdis os rendistes.
Recobrad vuestros pechos animosos
y dellos desterrad los miedos tristes.
Tiempo verná en que os cause la memoria
de aquellos duros trances nueva gloria.

Por varios casos, por fragoso y duro
camino, á la famosa Italia vamos,
do el Hado albergo nos dará seguro
en que en quietud y eterna paz vivamos.
Reedificarse ha allí el troyano muro
y renovarse ha el reino que dejamos.
Triunfad, pues, del trabajo y desventura,
guardaos para la próspera ventura».

Estos consuelos y otros les propone,
y combatido de cuidados grandes
finge esperanza en la apariencia y rostro,
mas en el corazón siente grande ansia.
Luego los compañeros se aperciben
á aderezar la cena, y á ponerla
á punto para della mantenerse.
Desnudan las costillas de las pieles
y descubren las carnes y intestinos.
Unos cortan los seres en pedazos
y espétanlos bullendo en asadores,
ponen otros las ollas y calderas
en la ribera y danles fuego apriesa.
Tiéndense por la fresca y verde hierba

y recobran las fuerzas con manjares,
satisfaciendo los hambrientos cuerpos
del vino añejo y de las gruesas carnes.

Siendo la hambre ya al manjar rendida
y las mesas alzadas, salen todos
á buscar los perdidos compañeros
con voces que se oían muy de lejos,
entre temor dudosos y esperanza,
inciertos si estaban entre vivos
ó si la dura muerte les vedaba
poder oír por más que los llamasen.
Y especialmente el claro y pio Eneas,
ahora el caso del brioso Oronte,
ahora el del buen Armico lamenta;
entre sí llora el duro y triste Hado
de los fuertes Cloantho, Lico y Gias.

(Traducción de Gregorio Hernández de Velasco).

GEÓRGICAS

Libro II

Ya el terreno explorado,
aún falta el campo apercibir; aún falta
con hoyas barrenar los grandes montes,
y mantener al Aquilón expuestos
los revueltos terrones, mucho antes
que en el sitio adoptado
la alegre tribu de las vides plantes.

El de friable seno
es á las viñas óptimo terreno:
cuidan darle sazón vientos y heladas,
y el cavador robusto,
trastornando sus fértiles yugadas.

Mas aquel labrador que de prudente
nunca el nombre desmiente,
nueva industria medita, y el terrazgo
en que ordenadas traspondrá las vides,
semejante le elige al que primero
cual nativo las plantas ocuparon,

porque al tierno sarmiento
no duela el cambio del materno asiento.

Y hállese quien señale
del cielo la región, en la corteza
del árbol que traslada,
y, todos cual crecieron, orientada
esta parte al calor austral, aquella
al Septentrión mirando, fiel dispone
que hábil mano las leyes no atropella
que en años tiernos la costumbre impone.

Temprano considera
si debes en los cerros, ó en el llano,
colocar tu viduño. ¿Campo es grueso,
y pingüe tierra? Sembraráslo espeso;
que en trabado plantío
no menos liberal Baco prospera.
¿O es desigual terreno en que se empina
una y otra colina?
Siémbralo entonces con mayor holgura;
mas, á cordel los árboles plantando,
nunca los saques de la usual figura,
y á cerrarla concorra cada hilera.
¿Quién vió tal vez cuando en marcial alarde
á lid apercebida, sus cohortes
despliega una legión? Los combatientes
en ordenadas haces se adelantan,
y el campo ocupan, que ondear parece,
con el vivo lucir de los aceros:
no ha estallado el conflicto; aún en silencio
Marte indeciso por los cuadros vaga.
Tus vides de esta suerte
á iguales trechos pon en rectas calles;
no tanto por la bella perspectiva
que al ánimo dará vano contento,
mas porque así la tierra equitativa
vitales jugos distribuye, y pueden
libres los ramos dilatarse al viento.
De los hoyos la hondura
acaso aguardas que mi voz te diga.
La vid, somera yo sembrar no dudo:

más profundo en la tierra
y más secreto el árbol alto aferra;
sobre todos el éseulo, que cuanto
el cielo hiere con su copa altiva,
con raíz honda en el averno estriba.
Ni horrisona tormenta,
ni lluvia impetuosa le derriba:
él las generaciones de los hombres
contempla renovarse, y victorioso
ve los años pasar, los siglos cuenta:
á un lado y á otro lado
sus brazos de gigante retorciendo,
en torno de su basa el campo escombra,
y en su centro firmísimo asentado
la majestad sostiene de su sombra.

(Traducción de D. Miguel Antonio Caro).

HORACIO.—Á LICINIO

Oda 10 del libro segundo

Vivirás más seguro
si en alta mar, Licinio, no navegas,
y si al peñasco duro
de peligrosa playa no te llegas,
huyendo cautamente
la indignación del ábrego inclemente.

Quien ama con pureza
la santa medianía, no padece
la mísera pobreza
de que la humilde casa no carece;
ni de él es envidiada
la de columnas y oro fabricada.

Más á menudo el viento
contrasta el grande pino mal seguro,
y viene á su cimientó
con más grave ruina el alto muro,
y á la más alta sierra
hacen los rayos más continúa guerra.

En las adversidades
espera el prevenido la ventura,
y en las prosperidades
teme como sagaz la desventura,
que Júpiter envía
las grandes lluvias y serena el día.

No porque falte ahora
el bien, ha de durar siempre la pena,
porque Apolo tal hora
despierta la dormida Musa y suena
al son de dulce lira;
tal, duras flechas con el arco tira.

Tú, pues, con pecho fuerte
haz rostro á la fortuna miserable,
y en la dichosa suerte
cuando soplare el viento favorable,
recoge con buen tiento
las velas llenas de favor, que es viento.

(Traducción de Juan de Morales).

Á MERCURIO

Oda 10 del libro primero

A tí, Mercurio, nuncio de los dioses,
á tí, inventor de lira resonante,
á tí, de Atlante cantará mi musa
nieto facundo.

Ora exhortando, ejercitando ora,
al hombre rudo y bárbaro amansaras,
diestro ocultaras el que diestro hicieras
robo gracioso.

Rióse Apolo al ver que demandando
fiero las vacas que sagaz le hurtaste,
le despojaste de su aljaba al punto
rica de flechas.

Cargado de oro Priamo burlara,
de tí guiado, á los caudillos griegos,
por entre fuegos y enemigas filas
libre pasando.

Del Orco horrible y del fulgente Olimpo
grato á los dioses, al Eliseo guías
las almas pias, y las sombras rige
tu caduceo.

(Traducción de D. Javier de Burgos).

TIBULO.—ELOGIO DE SULPICIA

¡Sulpicia! En sus calendas, gran Mavorte
se orna en su honor: si la beldad la inflama
deja, para admirarla, el firmamento.
Perdonáralo Venus, pero teme,
turbulenta beldad, que al ver su encanto
no deje con rubor caer las armas.

En sus ojos enciende dos antorchas
Amor, cuando abrasar quiere á los dioses.
Las Gracias van con ellas cuando marcha,
y su gracia le dan si habla ó sonríe.
Si suelta sus cabellos está hermosa,
la admiración cautiva si los trenza.
Abrasa el alma en púrpura flotante,
abrasa el alma en túnica sencilla;
tal el feliz Vertuno en el Olimpo
varía galas mil; con mil encanta.

Ella sola merece que dos veces
tiña el vellón en Tiro rico murex.
Sola merece cuantos da perfumes
el perfumado suelo de la Arabia,
y la perla que orillas de Eritrea
vecino de la aurora pesca el indio.

Piérides, celebrad á esta belleza,
y en tu lira de concha, dulce Apolo,
esta consagración canta por siglos.
De vuestra voz, Sulpicia es la más digna.

SULPICIA Á CERINTO

La fiebre del amor hierve en mis venas;
¿sientes piadoso tú mis graves penas?

¡Oh! si respira tu alma igual desvelo
no quiero en mi dolencia más consuelo.
¿Por qué curar de un mal anhelaría
que sufres tú conmigo, prenda mía?

(Traducción de D. Norberto Pérez del Camino).

OVIDIO.—LAS HEROIDAS

ERO Á LEANDRO

Para que la salud que me enviaste
Do palabras, con obras yo posea,
¡Oh dulce bien, que el alma me robaste!
Ven, nada el mar y ponte do te vea
Aquella que con sola tu esperanza
Se alienta, alegre, vive y se recrea.

Cualquier pequeño espacio de tardanza
Que en mi contento y gusto se atraviesa,
Tiene de eternidad la semejanza.

Perdona á quien su culpa te confiesa,
Que estoy de puro amor tan impaciente,
Que amo con impaciencia y hablo opresa.

Un fuego igual nos quema, y no igualmente,
Por ser de tí mis fuerzas desiguales;
Que en fin siempre el varón es más valiente.

Y así como los Dioses inmortales
Dieron cuerpo más tierno á las mujeres,
Así más sienten del amor los males.

Yo desfalleceré si no vinieres,
Y si tu ausencia fueres alargando,
Abreviarás mi vida y mis placeres.

Vosotros, ya las fieras acosando,
Ya labrando jardines y heredades,
La tardanza del tiempo vais pasando.

O con los tratos que hay en las ciudades,
En la audiencia, en la plaza, do se muestra
Variedad de diversas variedades.

También os ocupais en la palestra
Luchando, por llevar premios honrosos
De más destreza ó más valiente diestra,

O reprimís los cursos presurosos
Con los frenos, bridones y ginetes
De los fuertes caballos animosos.

O cazais aves ó buscáis sainetes
Do engañar á los peces con anzuelo,
O entreteneís el tiempo con banquetes.

Mas yo, á quien ha privado el sacro cielo
De estos deportes, ¿que haré en mi llanto?
Si no es amar, no tengo otro consuelo...

(Traducción de Diego de Mexía).

LAS METAMÓRFOSIS

«Fortísimo varón Perseo, nacido
Entre los valerosos excelente,
Si no te es grave, te suplico y pido
Que tu excelencia agora aquí nos cuente
Con qué virtud ó artes has podido
Salir con una empresa tan valiente,
Cual fué quedar Medusa degollada,
Por cabellos de víboras poblada».

A quien responde Perseo en el instante,
Que había un lugar llanísimo, cercado
De fuerte muro, al pie del frío Atlante,

A la entrada del cual habían morado
Las Fórcidas hermanas, con el uso
De solo un ojo entrambas, y ha contado

Del arte que á robarle se dispuso,
En tanto que una á otra le prestaba,
Y la sagacidad que en ella puso.

Y cómo por caminos do topaba
Fragosos montes y peñascos duros,
Con gran constancia yendo caminaba.

Y al fin, llegado á los Gorgóneos muros,
Topó fieras y hombres piedras hechos,
De haber visto á Medusa mal seguros.

Mas él en el escudo, ante sus pechos,
Miró como en espejo su figura,
Por donde sus encantos son desechos.

Y viendo que dormía muy segura.
Con todas sus culebras, la cabeza
Del cuello la quitó con mano dura.

Y Pegaso, de suma ligereza,
Con otro hermano dijo haber nacido
De la materna sangre y su fiereza,
Y el peligroso curso referido,
Qué mares y qué tierras con su vuelo,
Les cuenta haber debajo sí tenido.

Y á qué estrellas llegó del alto cielo,
Habiéndole sus alas levantado
A tanta alteza desde bajo suelo.

Que hubiese sus sucesos acabado
La gente no pensaba que le oía,
Cuando él calló; más fuéle preguntado

Por uno de los grandes que allí había,
Por qué entre las hermanas sola ésta
Los cabellos de víboras tenía.

A quien dió Perseo al punto tal respuesta:

«Pues me preguntas cosa señalada
Y digna de contar, la causa ha sido
Que aquesta que yo dejo degollada
Bellísima en extremo había nacido,
Y fué de mil mancebos deseada,
Queriendo cada cual ser su marido,
Y aunque sus miembros todos eran bellos,
Parece más hermosa en los cabellos.

Testigos fidedignos he yo hallado
De sus madejas de oro y su belleza,
Y dicen que en el templo consagrado
A Palas, la privó de su limpieza
Neptuno, y por no ver tan gran pecado,
Tapó con el escudo la cabeza
La diosa, y á delito tan enorme
La pena y el castigo fué conforme.

Porque no se alabasen de haber hecho
Sin pena desacato tan patente,
Cada cabello de oro á su despecho
En víbora se torna prestamente.

Y agora en la armadura de su pecho
Ha puesto por blasón claro excelente,
Para dejar los hombres admirados,
Los cabellos en viboras tornados».

(Traducción de Pedro Sánchez de Viana).

TRISTES

Parte, pequeño libro: lo permito.
Irás á la ciudad, donde tu dueño
No puede ¡y bien le pesa! acompañarte;
Parte, mas sin adornos, como debe
Ir un proscrito; en la desgracia adopta
El traje que conviene á un desgraciado.

Ni te alegren las flores del jacinto
Con su purpúreo jugo, que no es propio
Este color al que de luto viste;
Ni el bermellón tu rótulo colore,
Ni resalte el escrito con el lustre
Del oloroso cedro, ni den gala
Blancos remates á tu negra frente.

Realcen tan artísticos primores
Al libro que es feliz; tú sólo puedes
Ser mudo heraldo de mi gran miseria;
Ni tus gemelas páginas se pulan
Al roce de la frágil piedra pómez.

Preséntate con rostro que entristezca,
La cabellera hirsuta y desgreñada;
Ni las oscuras manchas te sonrojen,
Pues bien verá el lector que desteñidas
Están las hojas por copioso llanto.

Anda, mi libro: tus renglones cortos
Saluden en mi nombre aquellos sitios
Queridos para mí, y á cuyas lindes
Sólo así puedo aproximar mi planta.

Si alguno en ese pueblo aún me recuerda
Y desea saber en qué me ocupo,
Dile que aliento, niégale que vivo,
Y por dádiva tengo de los dioses
Este poco de vida que aun conservo...

(Traducción de D. Marcelino de Aragón Azlor, Duque de Villahermosa).

MARCO TULIO CICERÓN

De la Oración primera contra Catilina

¿Hasta cuándo has de abusar, Catilina, de nuestro sufrimiento? ¿Cuánto tiempo se ha de estar burlando de nosotros ese tu furor? ¿Hasta qué término ha de llegar esa tu desenfrenada osadía? ¿Ningún cuidado te ha dado ni la tropa apostada por la noche en el monte Palatino, ni las guardias que se hacen en la ciudad, ni el temor del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni el tenerse las juntas del Senado en este sitio el más fuerte, ni la vista y semblante de los presentes? ¿No ves que tus designios están ya patentes á todos? ¿No ves que tu conjuración está ya sujeta y aprisionada con el conocimiento que de ella tienen todos éstos? ¿Te parece á tí que hay aquí alguno que nõ sepa qué hiciste esta noche, qué anteanoche, dónde estuviste, á quiénes convocaste, y qué resolviste?

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Esto entiende el Senado, esto ve el Cónsul; y sin embargo éste vive. ¿Vive? Y asiste al Senado, interviene en sus acuerdos, y con la vista destina á cada uno de nosotros á la muerte. Y nosotros, muy preciados de hombres de fortaleza, creemos cumplir con la República con huir el cuerpo á los tiros de este furioso.

Mucho tiempo ha, Catilina, que convenía que el Cónsul te pusiera en un suplicio y descargase sobre tu cabeza el golpe mortal, que tanto ha dispones tú descargar sobre todos nosotros. ¿Acaso pudo el esclarecidísimo Publio Escipión pontífice máximo, no siendo más que un particular, dar muerte á Tiberio Graco, que alteraba en parte la constitución de la República, y nosotros, siendo cónsules, hemos de sufrir á Catilina, que á todo el orbe quiere destruir á sangre y fuego? Porque nõ quiero traer á la memoria aquellos tiempos antiquísimos, cuando Q. Servilio Ahala dió de puñaladas á Sp. Melio, porque pensaba en novedades. Hubo, hubo en otro tiempo en nuestra República esa virtud en los varones fuertes de castigar con más rigor al ciudadano pernicioso, que al mayor enemigo. Pues tenemos, Catilina, contra tí un decreto del Senado, fuerte y severo. Nõ falta á la República ni el consejo, ni la autoridad de este orden: nosotros, nosotros los cónsules, dígolo claramente, somos los que la faltamos.

EPÍSTOLAS

Á TERCENCIA, SU MUJER

Si estás con salud, huélgome; yo salud tengo. Tenía determinado, como ya por otra te escribí, de enviar nuestro hijo Cicerón que saliese á recibir á César. Pero he mudado de propósito, porque de su venida no tenemos certidumbre. De todo lo demás, aunque no hay cosa de nuevo, que es lo que yo quiero, y lo que me parece ser más necesario, Sicca te dará muy larga cuenta. Aún está en mi compañía nuestra hija Tulia. Ten cuenta con salud. Queda con Dios. Dada á veinte y cinco de Junio.

Á SU AMIGO TIRON

En cuánto riesgo esté mi vida, y la de todos los buenos, con toda la República, podráslo entender de ver que desamparamos nuestras casas y la misma patria, dejándola para que ó la roben, ó la quemem. El negocio ha venido á punto, que sino que algún Dios ó algún caso nos socorra, no podemos dejar de perdernos. Yo cierto después que á la ciudad vine, no he cesado de sentir, decir y hacer toda cosa que importase para la concordia. Pero habíaseles asentado una extraña locura de desear guerra no sólo á los malos, pero aún también á estos que son tenidos por buenos, dando yo voces, que no había cosa más miserable que la guerra civil. De modo que como César venía con tanta furia, y olvidado de su honra y nombre, se había apoderado de Arecio, Pisauro, Arimino y Ancona, desamparamos la ciudad; cuán sabia y cuán varonilmente, no hay para qué disputarlo.

Ya entiendes en cuánto riesgo estamos. Muévenos César estos partidos, que Pompeyo vaya á España, y que la gente que está hecha y nuestros presidios se despidan: que él entregará á Domicio la Francia detrás de los Alpes, y á Considio Noniano la de esta parte de los Alpes, porque á estos les cupieron por suerte: y que verná en persona á pretender el Consulado: y que ya no quiere que en su ausencia se tenga cuenta con él, sino que en persona lo pretenderá en tres mercados. Aceptamos los partidos, pero con condición que quite los presidios de los lugares que ha tomado, para que sin ningún temor sobre estos partidos se pueda tener consejo en Roma. Si él esto hace, esperanza hay de paz no honrosa, porque en fin nos ponen

leyes. Pero cualquier partido es mejor que estar como estamos al presente.

Pero si él no quiere estar á sus conciertos, la guerra es cierta, mas tal que él en ninguna manera lo podrá sustentar especialmente, pues él se ha apartado de sus conciertos: solamente lo encerremos que no pueda llegar á la ciudad, lo cual confiábamos sería, porque hacíamos mucha gente, y creíamos temía que si marchaba para la ciudad, perdería las Francias, las cuales ambas las tiene muy contrarias, salvo los Transpadanos, y de España tiene á las espaldas seis legiones y grandes socorros con los Capitanes Petreyo y Afranio; parece que si él se hace el loco, lo podremos derribar, salva solamente la ciudad. Ha recibido con todo un encuentro muy notable, que Tito Labieno, que es el que más autorizado en su ejército tenía, no ha querido ser de tal maldad participante: halo dejado, y está en nuestra compañía, y muchos se dice que harán lo mismo.

Yo hasta hoy aún me tengo cargo de la costa dende Formias. No he querido tomar otro mayor cargo, porque mis exhortaciones á la paz le sean más aceptas. Pero si guerra hay, veo que habré de tener cargo del campo y ciertas legiones. Tengo también muy gran pesadumbre de que nuestro Dolabela está con César. Esto he querido que supieses: lo cual mira no te dé pena y estorbe tu salud. Muy encarecidamente te he encomendado á Aulo Varrón, grande amigo mío, del cual he entendido que te es muy aficionado, para que tenga cuenta con tu salud y tu viaje, y se encargue de tí y te ampare. Confío de él hará toda cosa, porque me lo ha ofrecido y ha tenido conmigo un razonamiento muy suave.

Tú, pues no has podido estar en mi compañía en tiempo que yo más había menester tu ayuda y fidelidad, mira que no te apresures ni des lugar que te hayas de embarcar enfermo ó en invierno. Nunca á mí me parecerá que has venido tarde, si vinieres salvo. Después que Marco Volusio te vió, con quien recibí una tuya, no he visto ninguno que te hubiese visto, de lo cual no me maravillo, porque ni aún mis cartas en tan fuerte invierno no creo van á tu poder. Pero procura de esforzarte; y si te sintieres esforzado, cuando se podrá seguramente navegar, embárcate. Mi hijo Cicerón estaba en nuestra granja Formiana, Terencia y Tulia en Roma. Procura de esforzarte. Dada en Capua, á 29 de Enero.

(Traducción de Pedro Simón Abril).

CAYO JULIO CÉSAR.—LOS COMENTARIOS

Del libro III

César, al acercarse á los reales de Pompeyo, reparó que su ejército estaba ordenado en esta forma: en el ala izquierda se veían las dos legiones cedidas por César de orden del Senado al principio de las desavenencias: la una se llamaba primera, tercera la otra. Este puesto ocupaba Pompeyo mismo: Escipión el cuerpo de batalla con las legiones de Siria: la legión de Cilicia, juntamente con las cohortes españolas transportadas por Apanio, formaban el ala derecha. Estas consideraba Pompeyo ser sus mejores tropas: las demás estaban repartidas entre el centro y las alas: todas completaban ciento diez cohortes, y el número de cuarenta y cinco mil combatientes. Dos mil eran los voluntarios veteranos, que por los beneficios recibidos de él en otras campañas vinieron á ésta llamados, y los había entreverado en todas las filas. Siete cohortes tenía puestas de guarnición en las tiendas y en los presidios vecinos. El ala derecha estaba defendida por las márgenes escarpadas de un arroyo: por eso cubrió la izquierda con la tropa de á caballo y de flecheros y honderos.

César, siguiendo su antiguo plan, colocó en el costado derecho á la legión décima, y en el izquierdo á la nona, bien que muy disminuída por las rotas de Durazo: y de propósito unió á ella la octava, casi haciendo de las dos una, para que recíprocamente se sostuviesen: las cohortes que tenía en el campo de batalla eran ochenta; treinta y dos mil los soldados. En los reales dejó dos cohortes de guardia. Antonio mandaba la izquierda, Publio Sila la derecha, Cneo Domicio el centro, él se puso frente por frente de Pompeyo. Mas echando entonces de ver el flanco indicado, temiendo no fuese atropellada el ala derecha de la multitud de caballos, entresacó prontamente de cada legión de la tercera línea una cohorte, y con ellas formó el cuarto escuadrón, oponiéndole á la caballería enemiga, declarándole el fin que en esto llevaba y que en su valor estaba librada la victoria de aquel día: mandó al mismo tiempo al tercer escuadrón y á todo el ejército que ninguno acometiese sin su orden; que á su tiempo él daría la señal tremolando un estandarte. Exhortando al ejército al estilo militar, y ponderando sus buenos oficios para con él en todos tiempos, ante todas cosas protestó «cómo podía poner por testigos á todos los presentes del empeño con

que había solicitado la paz, de las proposiciones hechas por Vatinio en presencia de los dos ejércitos; de la comisión dada á Clodio para tratar de ajuste con Escipión; los medios de que se valió en Orico con Libón sobre enviar embajadores de paz; que jamás quiso que por él se derramase sangre, ni privar á la república de uno de los ejércitos». Concluido el razonamiento, á instancias de los soldados, que ardían en vivos deseos de combate, dió la señal de acometer, con la bocina.

(Traducción de D. José Goya y Muniaín).

TITO LIVIO.—DECADAS DE LA HISTORIA ROMANA

Del libro primero

Dominado solamente Tarquino por el deseo de terminar el templo, trajo obreros de todas las comarcas de Etruria, y empleó no solamente las rentas del Estado, sino que también los brazos del pueblo. Aquella carga, unida á la de la guerra, no parecía sin embargo muy pesada para el pueblo; sino que por el contrario, se alegraba de alzar con sus propias manos los templos de los dioses. Pero en seguida le emplearon en otros trabajos que no por tener menos brillo eran menos penosos; tales eran la construcción de galerías alrededor del circo y la apertura de una cloaca destinada á recibir las inmundicias de la ciudad: dos obras que apenas ha conseguido igualar la magnificencia de nuestros días. Además de estos trabajos, que mantenían ocupada á la plebe, persuadido Tarquino de que una población numerosa grava al Estado cuando permanece ociosa, y queriendo además ensanchar por medio de colonias los límites del imperio, envió colonos á Signia y á Circeya, ciudades que algún día debían proteger á Roma por el lado de tierra y por la parte del mar. En medio de estos trabajos, vióse con horror otro prodigio. Una serpiente, saliendo de una columna de madera, puso espanto en todos los habitantes de palacio haciéndoles huir. No muy asustado Tarquino al principio, concibió sin embargo graves temores para lo venidero. Consultábase ordinariamente á los adivinos etruscos acerca de los presagios que se manifestaban en público; pero como éste parecía amenazar á su familia, resolvió el rey consultar al oráculo de Delfos, que era el más célebre del mundo. No sabiendo cuál sería la respuesta del dios, no se atrevió á encargarse á extraños el cuidado de ir á recibirla, y envió á Grecia á

dos hijos suyos, atravesando comarcas desconocidas entonces y mares más desconocidos todavía. Tito y Aruncio partieron acompañados del hijo de Tarquinia, hermana del rey, Junio Bruto, cuyo carácter era muy diferente del que procuraba mostrar en público. Sabedor por los principales del Estado que su tío, entre otros, había sucumbido víctima de la crueldad de Tarquino, este joven decidió desde aquel momento no revelar nada en su carácter ni en su fortuna que pudiese disgustar al tirano y excitar su avidez; en una palabra, buscar en el desprecio la seguridad que no podía encontrar en la justicia. Fingióse loco, entregando su persona á la risa del rey, abandonándole todos sus bienes y hasta aceptando el injurioso sobrenombre de Bruto. A favor de este nombre esperaba el libertador de Roma la realización de sus destinos. Llevado á Delfos por los Tarquinos, antes como juguete que como compañero, llevó al dios, según se dice, un báculo de oro, encerrado en otro de cuerno hueco, emblema misterioso de su carácter. Cuando llegaron los jóvenes después de ejecutar las órdenes de su padre, quisieron saber á cuál de ellos vendría á parar el reino romano; y se dice que desde el fondo del santuario contestó una voz: «Obtendrá el supremo mando de Roma aquel de vosotros, ¡oh, jóvenes!, que sea el primero en dar un beso á su madre». Los tarquinos exigieron absoluto silencio en cuanto al oráculo, relativamente á su hermano Sexto que había quedado en Roma, con objeto de que su ignorancia le hiciese perder toda esperanza de reinar, y en cuanto á ellos, dejaron que la fortuna decidiese cuál de los dos besaría al regreso á su madre. Pero interpretando Bruto de otra manera la voz de la Pitonisa, fingió caer y besó la tierra, madre común de todos los hombres. Cuando regresaron á Roma hacíanse grandes aprestos de guerra contra los rútuos.

(Traducción de D. Francisco Navarro y Calvo).

FEDRO.—EL LOBO Y EL CORDERO

Llevados por la sed, al mismo arroyo
se acercaron un lobo y un cordero.
En lo más alto aquél de la corriente,
éste en lo bajo, hallábanse bebiendo.
El lobo, estimulado por el hambre,
para entablar cuestión buscó un pretexto.

«¿Por qué—dijo—me pones turbia el agua?»
El otro replicó con mucho miedo:
«Díme, ¿cómo he de hacer eso que piensas,
si la corriente vá en sentido inverso?»
El ladrón, desmentido, dijo entonces:
«Tú, ha seis meses, hablaste en mi desprecio».
El cordero repuso: «Ciertamente
yo no había nacido en aquel tiempo».
«¡Por Hércules—clamó el airado lobo—
tu padre me ultrajó!» Y en el momento
despedaza al incauto corderillo
sorprendido con saña sin ejemplo.

La fábula presente ha sido escrita
para todos aquellos
que oprimen sin piedad al inocente
con motivos pueriles y supuestos.

(Traducción de N. A. C.)

LUCANO.—LA FARSALIA.

Del libro decimocuarto

César de aquella tempestad recela,
No las fuerzas quebrante y desbarate
Internas de su campo, y con cautela
Y furor sumo exageró el combate.
Tan guerreador se precipita, y vuela
El caballo impaciente al acicate,
Que al fin los reputados inferiores
Se truecan de ofendidos á ofensores.

Su actividad, su ardor, su ligereza,
Fuerzas de arrebatado incendio incluye,
Rompe, ensangrienta, abrasa, y la fiereza
Bárbara al fin se atemoriza y huye.
Su algazara fogosa ya es tibieza,
Patente ya de su pavor se arguye,
Con cuánto engaño, quien comete, yerra,
A extranjero socorro civil guerra.

La instante agilidad ya es fugitiva,
Y amedrentado gesto el antes fiero;
Donde aclamaba triunfo, allí derriba
Suelto el bridón, y arrastra al caballero;
La caterva á sí misma era nociva,
Que estorbada en el ímpetu ligero,
Se implica y huella, y con opuesta rienda
Parece ya su confusión contienda.

Con temores se impugnan, pues en ellos
El fugaz curso se interrumpe y tarda,
Dando á César los pechos y los cuellos
Sin belicosa resistencia ó guarda:
Golpes no alterna el vulgo á padecellos,
Y así resuelta la cuestión bastarda,
Porque en los bandos, sin mover las plantas,
Forman la guerra espadas y gargantas.

Sin descuento el cesáreo prevalece,
Sobra al vencer, fecunda las arenas
Con sanguinoso humor; sólo padece
Pulso y mano al segar cuellos y venas:
Ríndese el brazo, el filo se entorpece,
Tan ofendidos de ofender, que apenas
Pueden los cortes cálidos y rudos
Pielles simples herir miembros desnudos.

(Traducción de D. Juan de Jáuregui).

MARCIAL.—EPIGRAMAS

Mujeres siete hasta aquí
en tu campo has enterrado.
A ninguna, Fabio, ha dado
más fruto un campo que á tí.

En vida nada me das;
prometes darme en muriendo.
Si no eres necio, Marón,
ya entiendes lo que deseo.

Por casarse va detrás
de mí Paula, y me festeja;
yo no quiero porque es vieja:
quisiera si fuera más.

(Traducción de Fray Jerónimo de San José).

De enviarte mis libros huyo:
¿sabes por qué, Pontiliano?
Porque me temo, y no en vano,
que me remitas el tuyo.

(Traducción de D. Juan Iriarte).

JUVENAL.—DE LA SATIRA TERCERA: LAS MOLESTIAS
DE ROMA.

Ahora diré, sin que el sonrojo sea
Obice para ello, cuál la gente
Es que el favor patricio se granjea.
Ver griega á la ciudad es un martirio
Que ya no puedo soportar, romanos;
Mas tampoco se crea
Que la canalla aquea
Es la peste mayor. Tiempo ha que el sirio
Orontes fluye al Tíber, y orientales
Costumbres trajo á Roma,
Los usos y el idioma,
Y la femínea turba degradada,
Que junto al circo vende su belleza.
¡Corred si es que os agrada
Pintada mitra en bárbara cabeza!
Con toga de parásito, y llevando
Circense premio en el ungido cuello,
Ves ya á tu pueblo rústico, oh Quirino;
Y en tanto éste dejando
A Samos, á Andros otro, quien á Amione,
Quien á Alabanda, ó Trales, ó Sicione,
Llegan al Viminal ó al Esquilino,
Y adulando halagüeños,
En patricias mansiones se insinúan,
Hoy confidentes y mañana dueños,
Ingenio pronto, cínica osadía,
En sus labios de frases un torrente
Aún más que Iseo... ¿quién sospecharía
A lo que alcanza un griego? ¡Es omnisciente!
Geómetra, orador, médico, artista,
Gramático, funámbulo, bañista,
Adivino, pintor, en todo es diestro
Y acabado maestro.

Si á ese Gréculo hambriento se lo ordenas,
Al cielo subirá. No mauritano,
Ni sármata, ni tracio, fué aquel vano
Que intentara volar; era de Atenas.

¿Y he de sufrir su púrpura insolente;
Que á su firma se dé más importancia
Y que en lecho mejor què yo se siente
Aquel que entre higos y ciruelas vino
A Roma? ¿Pues por nada se reputa
El haber respirado en nuestra infancia
Aires del Aventino,
Y haber gustado la sabinia fruta?
¿Mas qué diré de su destreza y tino
En adular? Al necio llaman docto,
Del deforme ponderan la belleza;
De un estafermo el cuello lacio y feo
Comparan al de Alcides vigoroso,
Teniendo en alto al gigantesco Anteo.
¡Miradle absorto ante una voz chillona
Cual la del gallo que encelado canta!
Cierto, á cualquier persona
Es dado el alabar; pero fe ciega
Préstase sólo á la canalla griega.
¿Hay álguien que mejor á la Matrona
En el teatro imite,
A Tais desnuda, á Dórida liviana?
No actor, hembra parece. Y nadie crea
Que á Estratocles ó Antioco se limite
Tan rara habilidad, ó al muelle Hemo,
Y sólo privilegio de ellos sea.
Todo griego es un cómico.—¿Tú ríes?
Suelta él la carcajada.
¿Lloras? Pues él derrama acerbo llanto,
Sin que le aflija nada.
¿Pides fuego, si empieza ya la eruda
Estación? Él embózase en su manto.
¿Tú del calor te quejas? Pues él suda.

CORNELIO TÁCITO.—ANALES

Libro XIV, c. V.

Estando Nerón en los lugares de tierra de Labor alargando su partida, por vivir suspenso y congojado sobre la manera con que encontraría en la ciudad, si en ella procuraría confirmar la obediencia del Senado ó granjear el favor del pueblo, todos los hombres ruines y malvados que andaban cerca de él, de los cuales ninguna otra corte estuvo más abundante que ésta, le dicen en contra de su pensamiento: *Que el nombre de Agripina era aborrecido y que con su muerte se había encendido el pueblo en su favor. Que caminase sin miedo, y hiciese personalmente experiencia de la veneración en que estaba.* Y tras esto le piden que vayan delante personas que avisen de la ida del príncipe. Y á la entrada hallan todas las cosas más bien aparejadas de lo que habían prometido. Sálenle á recibir las tribus; sale el Senado con hábito y adorno de fiesta y regocijo; cuadrillas de mujeres casadas, y de hijos, repartidos conforme á la edad y sexo de cada uno; por las calles donde habían de pasar, salen diferencias de juegos y se ven fiestas y aparatos de ello, de la misma suerte que en los triunfos. Con esto entra en la ciudad; y soberbio con semejante aplauso y vencedor de la pública servidumbre, se fué al Capitolio, y allí dió gracias y hizo sacrificios á los dioses conforme á los votos que tenía hechos; y él se derrama por toda suerte de vicios y antojos, que hasta allí había detenido mal refrenadas la reverencia y respeto de su madre, cualquiera que ésta fuese.

(Traducción de D. Baltasar Alamos de Barrientos).

QUINTILIANO.—DE LA INSTITUCIÓN ORATORIA

Que ninguno puede ser orador sin ser hombre de bien

El orador, pues, para cuya instrucción escribo, debe ser como el que Catón define: *Un hombre de bien instruido en la elocuencia.* Pero la primera circunstancia que él puso, aun de su misma naturaleza, es la mejor y la mayor; esto es, el ser un hombre de bien; no tan solamente porque si el arte de decir llega á instruir la malicia, ninguna cosa hay más perjudicial que la elocuencia, ya en los ne-

gocios públicos ya en los particulares, sino porque yo mismo, que en cuanto está de mi parte me he esforzado á contribuir en alguna cosa á la elocuencia, haría también el más grave perjuicio á la humanidad disponiendo estas armas, no para un soldado, sino para algún ladrón. ¿Pero qué digo de mí mismo? La misma naturaleza, principalmente en aquello que parece concedió al hombre y con lo que nos distinguió de los demás animales, no hubiera sido madre sino madrastra, si nos hubiera proporcionado la elocuencia para que fuese compañera de los delitos, contraria á la inocencia y enemiga de la verdad. Porque mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear en nuestra propia ruina los dones de la Providencia.

Más adelante pasa mi modo de pensar. Porque no solamente digo que el que ha de ser orador es necesario que sea hombre de bien, sino que no lo puede ser sino el que lo sea. Porque en la realidad no se los ha de tener por hombres de razón á aquellos que habiéndose propuesto el camino de la virtud y el de la maldad, quieren más bien seguir el peor; ni por prudentes á aquellos que no previendo el éxito de las cosas, se exponen ellos mismos á las muy terribles penas que llevan consigo las leyes y que son inseparables de la mala conciencia. Y si no solamente dicen los sabios, sino también la gente vulgar ha creído siempre, que ningún hombre malo hay que al mismo tiempo no sea necio, cosa clara es que ningún necio podrá jamás llegar á ser orador.

(Traducción de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier).

LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.—DE LA

«AGRICULTURA»

Libro cuarto, cap. X

De podar hay dos tiempos: mas el mejor es el de la primavera (como dice Magón), y esto antes que la vid brote, porque como está llena de humedad, recibe el corte con facilidad y sale éste liso é igual, y no resiste á la podadera. A este autor lo han seguido Celso y Atico. Nosotros somos de sentir que no se ha de contener el incremento de las plantas nuevas con una poda corta, á no ser que sean muy endebles, y que no se han de podar siempre en primavera. Pero en el primer año en que se han plantado se han de ayu-

dar con frecuentes cavas y despámpanos todos los meses mientras tienen hoja, y no mantengan más que un sarmiento: el cual luego que lo hayan criado, creemos que se debe limpiar en el otoño, ó si es más conveniente en la primavera, y que se ha de libertar de los nietos que había dejado el despampanador en la parte superior, y ponerla así en el yugo. Pues la vid que con el vástago del primer año se ha levantado más arriba de éste, es lisa, derecha y sin cicatriz: lo cual sin embargo sucede rara vez y á muy pocos cultivadores. Y por esto dichos autores han sido de sentir que se cortasen enteramente las primicias de la vid. Y á la verdad no es en todos los países la mejor poda la de la primavera; pero en los parajes expuestos al sol, y donde los inviernos son templados, la mejor y más natural es la del otoño, pues es el tiempo en que por una ley divina y eterna dejan las plantas caer el fruto con la hoja.

(Traducción de D. Juan María Alvarez de Sotomayor).

TERTULIANO.—APOLOGÍA CONTRA LOS GENTILES

Capítulo XLIV

De los daños que recibe la república con la muerte de los cristianos

Pero si tanto os lastiman las incomodidades de la república, si tanto sentís sus daños, ¿cómo no atendeis al detrimento tan grande como verdadero? ¿Cómo ninguno pondera el agravio de la ciudad perdiendo tantos justos, condenando tantos inocentes?

¡Oh jueces que presidís en los tribunales, los que visitais las cárceles cada día para juzgar los reos, los que definís los títulos ó motivos de las sentencias! Alegamos por testigos los mismos procesos, el mismo decreto de la condenación donde se refieren los títulos de los crímenes de los condenados, en que se dice: muera éste por matador, aquél por ladrón cortabolsas, éste por sacrílego ó violador de doncellas, éste porque hurtó los vestidos de los que se lavaban en el baño: mírense, pues, estos registros y procesos, y véase si se hallará allí sentencia contra algún cristiano acusado ó condenado por alguno de estos delitos. Decid si cuando os presentaron algún cristiano preso os lo entregaron con apellido de adúltero ó de ladrón. O si en el examen le habeis hallado delito de los que cometen los delincuentes gentiles, sino solamente el nombre de su profesión, que entre vosotros es crimen. De los vuestros la cárcel hier-

ve: vuestros son los que suspiran en las minas; de los vuestros se engordan las bestias; los que hacen trato ó tienen por su grandeza valientes esgrimidores para las fiestas de las fieras, rebaños alimentan de malhechores gentiles. Allí no se halla cristiano alguno, sino porque lo es; que si entró por otro crimen, no entró cristiano, que lo deja de ser bueno cuando comete delito.

(Traducción de Fray Pedro Manero).

LITERATURA INDIA

DEL «RAMAYANA»

—Ni la perdida, oh Sita, de mi reino,
ni de mis fieles súbditos la ausencia,
me afligen hondamente cuando miro
el paisaje grandioso de estas sierras.

Mira esa cima de nevada frente,
adonde sólo el águila se eleva,
perderse altiva en la región del cielo
antes que el hombre divisarla pueda.

Los flancos de aquel rey de las montañas
ya el destello vivísimo semejan
del tallado cristal y del zafiro,
ya el blanco mate de argentina vena.

Aquellos altos montes que enlazados
como anillos están de escolopendras,
teniendo el duro corazón de hierro
vergel de flores en su falda muestran.

Mira cómo en los bordes de las rocas
se persiguen las aves en parejas,
cómo las mariposas amarillas
de flor en flor enamoradas vuelan,
y cómo del *baoba* en el ramaje
el ruiñeñor entona sus endechas,
en tanto que en el tronco carcomido
zumba y fabrica su panal la abeja,
la montaña sublime, con sus fuentes,

cascadas, peñascales y arboledas,
con sus murmullos, rugidoras voces
y vida y movimiento, se asemeja
á un elefante indómito, embriagado
con los frutos salvajes de la tierra.

¿Quién ¡ay! no desfallece al blando soplo
de las templadas brisas que se elevan
del fondo de las húmedas cascadas,
de mil rumores y misterios llenas?

Mira la planta en flor, que allá en la noche
luce como la llama de una ofrenda;
en medio de este mundo misterioso
mis sueños y esperanzas se despiertan.

¡Oh, cuán hermoso para mí sería
pasar contigo aquí la vida entera,
libre de todo punzador deseo
y del brebaje amargo de las penas!

Bien dijeron los sabios que es más dulce
á los reyes y grandes de la tierra
que el vaso que rebosa de ambrosía
la soledad del fondo de las selvas.—

Habiendo hablado así, descendió Rama
de las rocas que el musgo aterciopela,
y á su esposa mostró del claro Ganges
la pura linfa y la feraz ribera.

Y el príncipe gentil de ojos de loto,
de nuevo dirigiéndose á la bella,
parecida á la luna cuando sale
del misterio y la sombra de la selva:

—Mira—le dice—el caudaloso río
donde los puros astros se reflejan,
las orillas umbrosas, semejantes
á las grutas del dios de las riquezas,
y las islas que cortan su corriente
y que de cisnes cándidos se pueblan.

Aquí es donde los santos solitarios,
que de frutos salvajes se alimentan,
bañan su cuerpo en la estación sagrada,
sobre el mullido césped se recuestan,



y al despuntar la aurora, con la vista
en los celajes del Oriente puesta
y las manos al cielo levantadas,
al sol sublimes cánticos elevan.

Entonces, sacudidos por los vientos
los arbustos, los árboles y hierbas,
ambas orillas del sagrado río
de hojas y flores olorosas llenan,
y parece que gine la montaña
y que del mundó los cimientos tiemblan.

(Traducción de D. José Velarde).

DEL «MAHABHARATA»

El rey de Anga, Lomapad glorioso,
A un brahmán ofendió, no dando en pago
De un sacrificio lo que dar debiera:
Irritados entonces los brahmanes,
Salieron todos de su reino: el humo
Del holocausto al cielo no subía:
Indra negaba la fecunda lluvia,
Y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
El parecer de los varones doctos,
Y los llamó á consejo, y preguntóles
Qué medio hallaban de aplacar la ira
Del dios que lanza el rayo y amontona
En el cielo del agua los raudales.
Mil sentencias se dieron; mas al cabo
El más prudente de los sabios dijo:
—Escucha, ¡oh rey! Mientras brahamán no haya
Que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed, abriendo
El líquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
Al sacrificio no se prestan; oye,
Para cumplir el venerando rito,
Cómo hallar sólo sacerdotes puedes.
En la fértil orilla del Kausiki,
En lo esquivo y recóndito del bosque.

Del trato humano lejos, su vivienda
Vifandak tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahmán austero y penitente. Vive
En el yermo con él, su único hijo,
El piadoso mancebo Risyaranga.
No vió á más hombres que á su padre nunca;
Sólo frutas silvestres, hierbas sólo
Y licor sólo que entre rocas mana,
Alimento le dieron y bebida.
Tan inocente y puro es el mancebo,
Que de lo que es mujer no tiene idea.
Manda, pues, rey, que una doncella hermosa
Vaya al bosque, le hable, y con hechizos
De amor, cautivo á la ciudad le traiga.
No bien sus piés en tus sedientos campos
La huella estampen, no lo dudes, Indra
Dará propicio el suspirado riego.
Así habló el sabio, y su atinado aviso
Agradó mucho al rey. Dinero y honras
Prometió Lomapad á la doncella
Que hábil trajese al candoroso joven;
Pero todas miraban con espanto
De Vifandak la maldición terrible,
Y exclamaban:—¡Oh, Príncipe! perdona,
No llega á tal extremo nuestra audacia.
En tanto, iban mostrándose tan fieras
La sequía y el hambre, que perdieron
Toda esperanza el rey y sus vasallos;
Cuando Santa, del rey única hija,
Virgen por su beldad maravillosa,
Modestamente se acercó á su padre,
Y así le habló:—Si quieres, padre mío,
Yo he de intentar que venga á nuestra tierra
El joven que no vió seres humanos.
Con gran contento el rey escuchó á Santa,
Y al instante dispuso que una nave
Se aprestara, de flores y verdura
Cubierta por doquier, como retiro
Feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,

Fué contra la corriente del Kausiki,
Hasta llegar al prado y á la selva,
Mansión de Vifandak el solitario.
Con discretos consejos de su padre
Para tan árdua empresa apercibida,
Santa desembarcó, y entró en la choza
Do el mancebo por dicha estaba solo.
—¿Dime, *muni*, le dijo, si te place
La penitencia aquí? ¿Vives alegre
En esta soledad? ¿Tienes en ella
Abundancia de frutos y raíces?
—Tengo, contestó el joven; mas ¿quién eres
Que como llama refulgente luces?
Bebe del agua mía: te suplico
Que mis flores aceptes y mis frutos.
—Allá en mi soledad, replicó Santa,
Al otro lado de los altos montes,
Nacen flores más bellas y olorosas;
Son los frutos más dulces, y es más clara
Y más salubre el agua de las fuentes.
—¡Oh, huésped celestial! dijo el mancebo,
Algún ser superior eres sin duda:
Yo me postro á tus plantas y te adoro,
Como adorar debemos á los dioses.
—¡Ah, no! tú eres mejor, tú eres perfecto,
Y adorarme no debes; yo rechazo
La no fundada adoración; permite
Que te dé paz como se da en mi patria...
Volvió del bosque Vifandak en esto,
Grave, terrible, penitente, todo
Desde los piés á la cabeza hirsuto.
—¡Hijo! exclamó, ¿por qué has holgado, hijo?
Ni partiste la leña, ni atizaste
El fuego, ni lavaste la vajilla,
Ni la vaca cuidaste ni el becerro.
Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?
¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?
—Un peregrino, respondió el mancebo,
Estuvo por aquí, de negros ojos
Y sonrosada y blanca faz; en trenzas

Los cabellos caían por su espalda;
En sus labios brillaba la sonrisa;
Gentil, gracioso, esbelto era su talle,
Y en suave curva levantado el pecho;
Como canta el *kohila* en la alborada,
Así su voz sonaba en mis oídos,
Y á su andar un aroma yo sentía
Como el del aura en grata primavera.
No quiso de mis frutos, y no quiso
Agua tampoco de mis fuentes: frutos
Más sazonados me ofreció y bebida
De más rico valor, cuya promesa
Bastó á embriagarme un tanto...
Vifandak contestó:—No te confíes,
Hijo, en belleza material; á veces
Van los gigantes por el bosque entrando
Y toman bellas formas, con intento
De seducir á los varones pios
Y perturbar su penitente vida.
Para buscar á Santa salió entonces
Vifandak, ciego de furor y apenas
Hubo salido, penetró de nuevo
La linda moza con furtivos pasos;
La vió el mancebo, trémulo de gozo,
Corrió á ella y le dijo:—No te pares:
Huyamos sin tardanza do tu vives,
No nos halle mi padre cuando vuelva.
Así Santa logró que Risyaringa
La siguiese á la nave. Dió á los vientos
La vela entonces Lomapad, y rauda
Bajó por la corriente del Kausiki.
No bien puso la planta el virtuoso
Mancebo en tierra, cuando abierto el cielo,
Vertió torrentes de fecunda lluvia.
El rey, viendo sus votos ya cumplidos,
A Risyaringa desposó con Santa.
Volvió entretanto Vifandak del bosque
A la choza, y al hijo fugitivo
Buscó en balde doquier con saña osada:
De Anga á la capital marchó en seguida

Para lanzar su maldición tremenda.
Con la fatiga á reposar paróse
En medio del camino, y miró en torno,
Y vió praderas de abundantes pastos,
Y ovejas mil y lucios corderillos,
Y pastores alegres.—¿Quién os hace
Tan dichosos? les dijo, y respondieron:
—El piadoso maneebo Risyaringa.
Siguió su marcha Vifandak, y hallaba
Paz, opulencia, dicha en todas partes;
Y cada vez que de alguien inquiría
De tanto bien la causa, mil encomios
Escuchaba de nuevo de su hijo.
Aduló con son grato las orejas
Del austero varón tanta alabanza
Y se entibió su cólera fogosa.
Llegó por fin á la ciudad, en donde
Le colmó el rey de honores y mercedes;
Vió feliz como un dios al hijo amado,
Vió tan gozosa á la gallarda nuera,
Que como luz de amor resplandecía;
Y en torno vió rebaños florecientes,
Y amenos, verdes sotos, y el hartura,
Y el deleite, por huertos y jardines.
No pudo entonces maldecir: las manos
Elevó hacia los cielos, y bendijo.

(Traducción de D. Juan Valera).

DEL «SAKÚNTALA»

Bufón.—Si tus palabras son ciertas, te verás pronto unido con tu amada.

Rey.—¿Por qué lo crees así?

Bufón.—Porque no tendrán valor los padres de la niña para ver que su hija sufre y pena por la pérdida del esposo amado.

Rey.—¿Será posible? ¡Oh amigo mío! ¡dulcísima esperanza! Pero... ¡vana ilusión! ¿fué un sueño? ¿fué un delirio? ¿O fué que los actos meritorios de mi vida perecieron en un día como frutos de otoño? ¡Sí, ella ha desaparecido para no volver!... ¡Insondables abis-

mos á que me han arrastrado los caprichos de la fortuna y mis placeres!

Bufón.—No piensas rectamente. El extraño hallazgo de este anillo es segura prenda de que la unión de vuestros corazones es necesaria: la fortuna te sonríe y se acerca.

Rey.—(Observando el anillo) ¡Deseos vanos! Este anillo no volverá á ocupar el lugar que ha abandonado. Bien demuestran los frutos que sus méritos eran tan efímeros como los de su primer dueño, puesto que se dejó caer al suelo de los preciosos dedos de mi amada, lindos como los de la incomparable aurora.

Sanumati.—Desgracia irremediable sería si hubiese caído en otras manos.

Bufón.—¿Pero no me has dicho, amigo mío, cómo llegó á poder de la bella Sakúntala este anillo, con el sello regio?

Sanumati.—Este loco parece que adivina mis pensamientos: yo también ardía en deseos de saberlo.

Rey.—Escucha y lo sabrás. El día de mi regreso á la corte la encontré hermosa como nunca, y al tener noticia de mi partida, me dijo con gruesas lágrimas: «¿cuándo dará el esposo cumplimiento á sus promesas?»

Bufón.—¿Y después?

Rey.—Saqué entonces mi anillo de sello, y poniéndole en su finísimo dedo, le dije estas palabras: «cuenta en él cada día una sílaba de mi nombre, y el mismo en que termines vendrá un jefe de mi casa para conducirte á mi palacio».—Pero yo, perseguido por un destino implacable, no he cumplido esta promesa.

Sanumati.—El destino es, seguramente, el que le ha hecho faltar á su palabra.

Bufón.—¿Y cómo se ha encontrado ahora en el interior de un pez cogido en las redes de un pescador de Çakrâvatara?

Rey.—Porque se deslizó de la mano de Sakúndula y cayó en las aguas del Ganges en el acto de postrarse á dar veneración y culto á *Çac' itirtha*.

(Traducción de D. Francisco Garcia Ayuso).

PANCHATANTRA

Libro V.—Cuento IX

Vivía en cierta ciudad un brahmán llamado Svabhavakripāna, el cual tenía un bote que había llenado con la harina que de limos-

na le habían dado y le había sobrado de la comida. Colgó este bote de un clavo en la pared, puso su cama debajo de él, y con la mirada fija siempre allí, no cesaba de contemplarle. Una noche acostado ya el hombre, pensó: Tengo ya el bote lleno de harina; si sobreviniera una carestía, podría sacar de él cien monedas de plata, con las cuales puedo comprar un par de cabras. Y como éstas paren cada seis meses, reuniré un ganado. Con las cabras compraré muchas vacas; con las vacas, búfalas, y con las búfalas, yeguas. Parirán las yeguas y tendré muchos caballos, de cuya venta sacaré abundancia de oro. Con el oro me haré una casa de cuatro salas. Entonces cualquier brahmán vendrá á mi casa y me dará en matrimonio á su hija hermosa y rica, la cual me habrá elegido por marido. Tendré un hijo de ella, á quien le pondré el nombre de Somázarmam. Cuando él pueda ya saltar sobre mis rodillas, cogiendo yo un libro me sentaré detrás de la caballeriza y estudiaré. Entonces Somazarman que me verá, desasiéndose de su madre por el deseo de montar en mis rodillas, vendrá cerca de mí, aproximándose á los cascotes de los caballos. Yo entonces, enfadado, diré á mi brahmata: «Coge este niño.» Ella, ocupada en los quehaceres de su casa, no oirá mis palabras. Yo me levantaré entonces y le daré un puntapié.» Tan embargado estaba el hombre en esta meditación, que dió un puntapié y rompió el bote; le cayó encima la harina, y quedó todo blanco. Por esto digo yo:

Quien conciba un proyecto irrealizable é imposible, se queda blanco en la cama como el padre de Somazarman.

(Traducción de D. José Alemany).

LITERATURA HEBREA

MOISÉS.—CÁNTICO DEL MAR ROJO

Entonce cantó Moisés é los hijos de Israel esta cántiga ante Dios, é dijeron así: Cantemos al Señor, que enaltecer se enalteció; que caballo é su cabalgador echó en la mar. Fuerte de alabar es Dios, el cual me fué salvación; este es mi Dios, al cual yo edificaré tabernáculo; es Dios mi padre, y enaltecerlo he. Dios es varón de lid, Adoná es su nombre. Las caballerías de Faraón é su hueste echó

en la mar, é los mejores de sus mayores fueron fondidos en el mar Rubio: los abismos los cubrieron; descendieron en los golfos más fondos así como piedra. La tu mano derecha, Dios, es fuerte con virtud; la tu mano derecha, Dios, quebrantó el enemigo, é con la tu grand altivitat é lozanía quebrantas los que se levantan contra tí. Si envías tu ira, árdelos así como tascos que quema el fuego, é con el espíritu de tu ira é de tu boca fisiéronse así como una parva las aguas; estuvieron así como montón las aguas corrientes, é bajáronse los abismos en el corazón de la mar. Disia el enemigo: perseguiré é alcanzaré é partiré el despojo; fartarse ha dellos mi alma; esvainaré mi espada, faserlos ha mesquinos mi poderio é mi mano. Asollástelos con tu espíritu; cubriólos la mar, cayeron tan fondo. así como una plomada en aguas fuertes. ¿Quién es tal como tú en los dioses, Adonái? ¿Quién es tal como tú fuerte en la santidad? terrible de alabamientos, fasedor de maravillas. Tendieste tu mano derecha, tragólos la tierra... Ca entraron los caballos de Faraón con sus carros é con sus caballeros en la mar, que fiso tornar Dios sobre ellos el agua del mar, é los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de la mar.

(Traducción de Mosé Arragel de Guadalfajara).

SALMO XXXVII

Señor, en tu furor no me reprendas,
ni en el día de tu ira me corrijas.

Hiriéndome con flechas vengadoras,
la mano me abrumó de la justicia.

La paz huyó de mi culpable pecho;
nada hay sano en mi carne corrompida;
porque mis culpas sobre mí crecieron
y cual horrible carga me oprimían.

Mi insensatez envenenó mis faltas,
corrompiendo del alma las heridas;
de dolor encorvado, la tristeza
como mi sombra junto á mí camina.

Fuego voráz en mis entrañas arde:
nada hay sano en mi carne corrompida;
y afligido en extremo y humillado
rugió mi corazón cuando gemía.

Patentes para tí son mis deseos;
á tí llega el clamor de mi desdicha;

y me ves débil, contristada el alma,
y aun la luz de mis ojos extinguida.
A los deudos y amigos que yo amaba
contra mí los unió negra perfidia;
los que conmigo estaban se alejaron;
los que me odian esfuérganse en mi ruina,
de calumnias armados, meditando
traidoras asechanzas noche y día.

Y yo, cual mudo, sin abrir los labios,
y como sordo sin oír seguía;

y silencio guardaba, semejante
al hombre que no escucha ni replica.

Mas tú, Señor, acogerás mi ruego,
porque en tí puse la esperanza mía,
y te pedí no triunfen los que audaces
son contra mí cuando mis piés vacilan;
porque ves mi dolor en mi semblante
y estoy pronto á sufrir si me castigas.

Mi iniquidad publicaré llorando
y en ella pensaré mientras yo exista.

Viven mis enemigos; poderosa
de los que me odian es la raza inícuá;

los que males por bien ingratos pagan,
porque tu ley amé mi honor mancillan.

No me abandones, no, Señor de mi alma;
no te apartes de mí, Dios de mi vida:

acude á mi socorro, que en tí solo,
Dios y Señor, mi corazón confía.

(Traducción de Gabriel García Moreno)

SALMO XCIII

Ya establece su imperio
el Señor, ya vestido de grandeza
como rey y monarca soberano
de uno y otro hemisferio,
se ciñe de poder y fortaleza:
ya el orbe de la tierra, por su mano
estable se afianza
con tan firme balanza

en su propio equilibrio sostenido,
que jamás conmovido
se verá de su asiento
el eterno inmutable fundamento.

Y desde el punto mismo
en que el orbe terrestre fué criado
y de las aguas en voraz torrente
desenvuelto el abismo,
un nuevo trono entonces preparado
para ti fué, Señor omnipotente,
para ti, que en los días
eternos ya existías.
Entonces estrellándose los ríos
en rocas y bajíos,
sus ecos resonaron
y en la bóveda inmensa retumbaron.

En líquidos raudales
con giro rapidísimo voltean
las aguas entre sí precipitadas;
y en moles desiguales
encontrándose, chocan y pelean,
hasta el cielo sus olas levantadas.
Hinchase el mar inestable,
alzando el admirable
promontorio que espanta á la natura;
mas toda criatura
con mayor maravilla,
ve elevado al Señor en alta silla.

Si dudarse pudiera,
Señor, de tu verdad, la dudaría
el ciego, el impio, el insensato, el necio,
que tus obras no viera;
en que más clara que la luz del día
aparece la fe y el alto aprecio
debido á tu palabra.
Abra los ojos, abra
el hombre á tanta luz; y la pureza
que á tu casa conviene,
guarde mientras aliento y vida tiene.

CANTAR DE LOS CANTARES

ESPOSA.

1. Yo rosa del campo y azucena de los valles.

ESPOSO.

2. Como azucena entre espinas, así mi amiga entre las hijas.

ESPOSA.

3. Cual el manzano entre los árboles silvestres, así mi amado entre los hijos. A la sombra de que deseé, sentéme, y su fruta dulce á mi garganta.

4. Metióme en la cámara del vino, la bandera suya en mi amor.

5. Esforzadme, rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas; que enferma estoy de amor.

6. La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO.

7. Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y por los ciervos monteses del campo, si despertáredes ó velar hiciéredes á la amada hasta que quiera.

ESPOSA.

8. Voz de mi amado (se oye): véislo, viene atravesando por los montes y saltando por los collados.

9. Semejante es mi amado á la cabra montés ó ciervecito; hélo (ya está) tras nuestra pared, acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.

10. Hablado ha mi amado y dijome: Levántate, amiga mía, galana mía, y vente.

11. Ya ves pasó la lluvia y el invierno fuése.

12. Los capullos de las flores se demuestran en nuestra tierra, el tiempo de la poda es venido, oída es la voz de la tórtola en nuestro campo.

13. La higuera brota sus higos y las pequeñas uvas dan olor; por ende, levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

14. Paloma mía, puesta en las quiebras de la piedra, en las vueltas del caracol, descubre tu vista, hazme oír la tu voz; que la tu voz dulce y la tu bella vista amable.

ESPOSO.

15. Prendedme las raposas, pequeñas destructoras de viñas; que la nuestra viña está en cierne.

ESPOSA.

16. El amado para mí, y yo para él, que se apacienta entre las azucenas.

17. Hasta que sople el día y las sombras huyan. Tórnate, semejante, amado mío, á la cabra ó al corzo sobre los montes de Beter.

(Traducción de Fr. Luis de León).

(JUDIOS ESPAÑOLES)

SALOMÓN BEN GEBIROL (AVICEBRÓN)

LA FUENTE DE LA VIDA

Maestro.—Comenzaré ahora á investigar la ciencia de ser las substancias simples, según el modo de imprimir unas substancias en otras, según el orden de la resolución, aunque esto ya sea manifiesto según la regla de la composición; pero primero te pregunto dos cosas que necesitas para la inteligencia de este capítulo.

Discípulo.—¿Cuáles son?

M.—¿Concedes que el cuerpo en sí mismo se está quieto y no tiene acción en sí?

D.—No diría otra cosa, si no viera á los cuerpos simples como el fuego, el aire y el agua, moverse cada uno de lugar.

M.—Puesto que no es el movimiento de cada uno de ellos de lo que son cuerpo, sino de las cualidades que tienen con sus cualidades, sabes por esto que sus movimientos no son causas impeditivas de que el cuerpo no esté quieto en sí y no tenga acción.

D.—¿Cuál es la señal de que los movimientos de los elementos no son de lo que son como cuerpos?

M.—Si los movimientos de los elementos fueran de lo que son como cuerpos, no serían diferentes.

D.—¿Eso por qué?

M.—Si fuesen de la esencia del cuerpo, su movimiento no sería más que uno, porque el cuerpo es uno.

D.—¿Por qué el cuerpo uno no se mueve con movimientos diferentes?

M.—Porque los diversos movimientos no son sino de diversas esencias.

D.—¿Por qué?

M.—Porque un movimiento depende de una esencia, y no debe separarse de ella sin su destrucción é igualmente no debe llegarse al segundo sin la remoción del primero.

(Traducción de D. Federico de Castro y Fernández).

JUDA LEVÍ.—HIMNO DE LA CREACIÓN

DIOS

¿A quién, Señor, compararé tu alteza,
Tú nombre y tu grandeza,
Si no hay poder que á tu poder iguale?
¿Qué imagen buscaré, si toda forma
Lleva estampado, por divina norma,
Tu sello soberano?
¿Qué carro ascenderá donde tú moras,
Sublime más que el alto pesamiento?
¿Qué palabra tu nombre ha contenido?
¿Vives de algún mortal en el acento?
¿Qué corazón entre sus alas pudo
Aprisionar tu venerada esencia?
¿Quién hasta tí levantará los ojos?
¿Quién te dió su consejo, quién su ciencia?
Inmenso testimonio
De tu unidad pregona el ancho mundo;
No hay otro antes que tú. Claro reflejo
De tu saber doquiera se discierne,
Y en misterio profundo
Las letras de tu nombre centellean...

LOS ÁNGELES DEL CIELO ALTÍSIMO

¡Benedicid al Señor, ángeles suyos,
De su palabra fieles mensajeros!

¡Señor de los guerreros!

Es su nombre glorioso acá en la tierra;

El eterno y el Uno.

Sus nombres celestiales:

Nadie contó la inmensa muchedumbre

De espíritus que, en torno de su lumbre,

Cantan sus alabanzas inmortales.

Sus infinitos rostros reproducen

La faz tremenda y la visible espalda.

El levantó del carro los pendones,

En signo y testimonio de su gloria,

Para mostrar que viene la victoria

Del eterno Señor á las naciones...

(Traducción de D. M. Menéndez y Pelayo).

ABEN HEZRA.—DEL POEMA «JUEGO DEL AXEDREZ»

En cántico entono batalla ordenada
de tiempos remotos antigua inventada:
prudentes y sabios hombres la ordenaron
y en órdenes ocho su marcha trazaron.

El orden en todo: que en ellos dispuestos
se ven en la tabla, guardando sus puestos,
con ocho distintas cuadradas secciones,
en dos campamentos osados varones.

Sus fuertes reales los reyes colocan
y á guerra segura sus faces provocan;
y á veces continuo se van caminando
y firmes animan á veces su bando;
mas en sus contiendas no sacan espadas,
pues son lides de ellos, lides figuradas.

Tal vez quien revueltos los dos campos vea,
que son idumeos y cuseos crea.

Menean cuseos en guerra sus manos
y en pos idumeos se ostentan lozanos,
y van los infantes siempre á la cabeza:
que es guerra de frente, de hidalga nobleza.

(Traducción de D. José Amador de los Ríos).

LITERATURA ARABIGO-ESPAÑOLA

ABDERRAMÁN I

A UNA PALMA

Tú también, insigne palma,—eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan,
En fecundo suelo arraigas—y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas llorarás—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (1) riega;
Pero las palmas y el río—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabás la fiereza
Me forzaron á dejar—del alma las dulces prendas.
A tí de mi patria amada—ningún recuerdo te queda;
Pero yo, triste, no puedo—dejar de llorar por ella.

(Traducción de D. José Antonio Conde).

HIXEM I

Mano franca y liberal—es blasón de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan:
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva.

En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia;
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la róbusta diestra.
Tomo la pluma ó la espada,—como la ocasión requiera,
Dejando suertes y lunas—y el contemplar las estrellas.

(Traducción de D. José Antonio Conde).

(1) El Eufratés.

ABDELMELIK ALMUDHAFFAR

EN LA TUMBA DE ALMANZOR, SU PADRE

No existe ya, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás, admirado, conocerle
Cual si le vieras hoy presente y vivo:
Tal fué, que nunca en sucesión eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acrezea y guarde.

(Traducción de D. Leandro Fernández de Moratin).

ABEN-HABIB

HISTORIA

Contónos Abdala ben Vahab por haberlo oído á Alaits ben Çaad, que Muzaben Noseir, cuando conquistó el Andalus, fué en su excursión apoderándose de las ciudades á izquierda y derecha, hasta que llegó á Toledo, que era la Corte. Vió allí una casa llamada de los Reyes, la abrió y encontró en ella veinticinco coronas adornadas con perlas y jacintos, tantas como habían sido los reyes del Andalus; pues siempre que moría de entre ellos un rey, se ponía su corona en esta casa y se escribía en ella el nombre del rey, la edad que tenía cuando murió, y cuánto había permanecido en el reino; y se decía que el número de gobernadores de Alandalus entre los musulimes, desde el día en que fué conquistada hasta aquel en que se destruyese, sería igual al de los reyes *axemies* que habían gobernado en ella, esto es, veinticinco.

Al lado de esta casa en que se encontraron las coronas, estaba otra, en la cual había veinticuatro candados, porque siempre que entraba á reinar un monarca ponía en ella un candado, como lo habían hecho sus antecesores, hasta que llegó á ocupar el trono Rodrigo, en cuyo tiempo fué conquistada Alandalus. Pocos días

antes de la conquista, dijo Rodrigo: «¡Por Aláh! No moriré con el disgusto de esta casa, y sin remedio he de abrirla para saber lo que hay dentro de ella». Reuniéronse los cristianos, los sacerdotes y los obispos, y le dijeron: «¿Qué pretendes con abrir esta casa? Calcula el tesoro que presumes que hay en ella, y eso tómallo de nosotros. No hagas lo que no ha hecho ninguno de tus antecesores, que eran gente de prudencia y saber, al obrar como lo hicieron». Mas Rodrigo no se conformó sino con abrirla, impulsado por el destino fatal, y encontró una caja de madera, y en ella figuras de musulimes, llevando como ellos tocas, arcos árabes y caladas espadas, ricas en adornos. Hallaron también en la casa un escrito que decía: «Cuando sea abierta esta casa y se entre en ella, gentes cuya figura y aspecto sea como los que están aquí representados, invadirán este país, se apoderarán de él y lo vencerán». Y fué la entrada de los musulimes en este mismo año.

(Traducción de D. Francisco Codera).

ABEN TOFAIL.—EL FILÓSOFO AUTODIDACTO

Allegó luego en su mente el reino animal y el vegetal, y vió que ambos á dos convenían en cuanto á la nutrición y al crecimiento; pero que los animales superaban á las plantas por la excelencia del sentido y de las percepciones. Preséntase alguna vez en las plantas algo semejante á esto, v. gr., el hecho de que algunas flores se vuelvan hacia la parte del sol, y de que algunas raíces se muevan hacia el sitio que les proporciona alimento, y otras acciones de la misma índole. Por esta consideración parecióle claro que las plantas y los animales eran *una* sola cosa, con respecto á la entidad *una* de que ambos participaban, y que esta entidad es más perfecta y completa en el uno de los dos reinos hallándose en el otro como cohibida por algún impedimento, del propio modo que si una misma agua se dividiera en dos porciones, hallándose en una de ellas congelada y fluída en la otra. De este modo reducíanse á la *unidad*, en concepto suyo, el reino vegetal y animal.

Pasó luego á examinar aquellos cuerpos que ni sienten, ni se nutren, ni crecen, entre los cuales deben contarse las piedras, la tierra, el agua, el aire, el fuego, y notó que son cuerpos determinables por sus dimensiones, longitud, latitud y profundidad, no diferenciándose sino en que unos son colorados y otros incoloros, unos

calientes y otros fríos, con otras diferencias por el estilo. Percibió también que los calientes quedaban fríos, y que los fríos pasaban á ser calientes: vió también que el agua se convertía en vapor, y que el vapor pasaba á ser agua; que las cosas quemadas se trocaban en carbón, ceniza, llama y humo; y que éste, al pasar, en su movimiento ascensional, por la chimenea de piedra, se condensaba en ella, resolviéndose en algo parecido á las demás sustancias terrosas. Por cuya razón, tuvo ya por cosa evidente que todo lo que pertenece al reino mineral constituía realmente *una sola cosa*, aunque le conviniere la *multiplicidad* bajo algún aspecto, del propio modo como puede aplicarse esta misma nota á los animales y vegetales.

(Traducción de D. Francisco Pons).

LITERATURA ITALIANA

DANTE ALIGHIERI.—LA DIVINA COMEDIA

Del canto tercero

«Por mí se camina á la ciudad doliente
y váse por mí al eterno dolor,
por mí se camina á la perdida gente;
móvió la justicia al mi fazedor,
la omnipotencia, sapiencia y amor;
al tiempo que fué toda cosa criada,
eterna me fizo en aquella jornada
con otras creaturas de eterno vigor.

Vosotros que entráis, dejad esperanza
de nunca ser sueltos de cárcel tan duro».
Aquestas palabras de un color obscuro
ví sobre una puerta de horrible semblanza.
Estonces mi esprito fue puesto en balanza,
temor me combate de haberlo leido,
y dije al Maestro: «Tan duro sentido
de tanto peligro conseja mudanza».

Respúsome luego la mi cuerda guía:
«Convienes dejarse aquí toda sospecha,
y toda vileza de tí la desecha,

que aquí se desnuda de toda alegría.
Venidos ya somos do yo te decía
moraba la gente tan muy dolorosa,
que el bien sempiterno trocó por vil cosa
y el buen intelecto por su fantasía».

Pues luego su mano con la mía puso,
con su vultó alegre también me esforzó,
á ver los secretos tras sí me llevó;
seguimos la entrada que va para ayuso.
Comienza á sentirse el perpétuo uso
de tristes sospiros, lamentos, querellas;
resuena aquel aire desnudo de estrellas;
temblando y tremiendo, yo estaba confuso.

Con miedo y dolor comencé de llorar,
ca lenguas diversas palabras horribles
oí de dolor con acentos terribles
de voces que roncás están de bramar;
sonidos de manos, y en alto clamar
lanzaban gemidos mezclados con ira,
tumulto espantoso que en torno se gira
del aire teñido y obscuro logar.

(Traducción de D. Pero Fernández de Villegas).

FRANCISCO PETRARCA.—LOS TRIUNFOS

Del cap. I (Triunfo del Amor)

El triunfo que renueva el mal que siento
por la dulce memoria de aquel día
en quien principio tuvo mi tormento.

El Sol entrambos cuernos ya encendía
del Toro, y el Aurora muy serena
y helada va corriendo á do solía.

Amor, desdenes, llanto, el tiempo y pena
me habían puesto en el lugar cerrado
adonde toda cuita queda ajena.

Entre las hierbas de llorar cansado,
durmiendo ví una luz resplandeciente
y dentro placer breve y gran cuidado.

Vi un victorioso capitán valiente
como los que en el carro triunfante
al Capitolio fueron con su gente.

Ya que gozar de vista semejante
no suele en este siglo trabajoso,
sin bien y de congojas abundante,
el hábito no usado y tan pomposo
miré, los flacos ojos levantando,
que sólo el aprender me da reposo.

Cuatro caballos blancos ví llevando
sobre un carro de fuego un mozo crudo
que un arco y muchas flechas va mostrando:
las cuales pasan yelmo y fuerte escudo,
dos alas de grandeza muy extraña
y mil colores, lo demás desnudo.

Llevaba alrededor muy gran compañía
de presos y de muertos de su mano,
con otros que su flecha hiere y daña.

Llegué, por conocer el gran tirano
tan cerca, que aina fuera destes uno
á quien quitó la vida muy temprano;

y miro bien si allí conozeo alguno
de aquellos que acompañan la bandera
del Rey que nunca está de lloro ayuno.

Ninguno conosci, y aunque le hubiera,
ya el gesto y la color diferenciada
por muerte ó prisión grave se volviera.

Un alma menos que otras fatigada,
llamándome con rostro muy sereno
me dijo: «Al bien amar tal paga es dada».

Por do le respondí de espanto lleno:
«No sé cómo también me conociste,
pues soy de conocerte muy ajeno».

(Traducción de Hernando de Hozes).

SONETOS

Bendito sea el año, el mes, el día,
Y la estación, y el tiempo, el punto y hora

En que ese tu mirar, gentil señora,
Robó mi libertad y mi alegría;
Bendito aquel afán que el pecho hería,
Y el no menos cruel que siente ahora,
Y los dolores todos que atesora
En su seno más hondo el alma mía.
Y bendita mi voz cuando se emplea
En proclamar tu nombre idolatrado
Entre los sueños que el delirio crea;
Y en mis años mejores derribado,
Que mi muerte también bendita sea
Si ella te hace feliz, dueño adorado.

(Traducción de D. Julián Romea.)

Un mar surca mi nave sin bonanzas
llena, en noche fatídica, de olvido,
y entre Scilla y Caribdis, he sufrido
de contrario piloto las mudanzas.

La tempestad se burla de asechanzas
que surgen, al bogar, con torvo ruido.
Rompe la vela un viento humedecido
de suspiros, deseos y esperanzas.

Lluvia de llanto, niebla de desdenes
los ya inseguros mástiles rocía
que juntan la ignorancia al desacierto;
y hundidos en las olas mis dos bienes,
el arte y la razón, no tengo guía.
Ya desespero de llegar al puerto.

(Traducción de N. A. C.)

JUAN BOCACCIO.—DEL DECAMERON

El cocinero

Habeis podido oír, decir ó visto, vosotros mismos, que micer Conrado, ciudadano de Florencia, fué siempre hombre muy gastador, liberal, magnánimo, aficionado á perros y á pájaros, sin hablar de sus demás aficiones. Un día, en la caza del halcón, se apoderó de una grulla, cerca de un pueblecito llamado Perelota, y como la viese tierna y gorda, ordenó que fuese entregada á su cocinero para

que la asara y se la sirviera en la cena. Habeis de saber que el cocinero, veneciano de origen y llamado Chichibio, era un tonto en toda la extensión de la palabra. Toma, pues, la grulla y la asa lo mejor que sabe. Estaba ya casi cocida y exhalaba un olorcito muy agradable, cuando una mujer del barrio nombrada Brunetta, de la que estaba enamorado Chichibio, entró en la cocina. El agradable humillo que se desprendía del ave que acababa de salir del asador, da ganas á aquella mujer de probarla, de suerte que no titubea en pedir un muslo al cocinero. Este se burla de ella y le dice cantando: «*No le tendreis, señora Brunetta, no le tendreis*». «Si no me dais la pierna, os juro no otorgaros el más pequeño favor». Después de una empeñada discusión, Chichibio, que no quería desagradar á su adorado tormento, corta el muslo y se lo dá. Aquel día había gran número de convidados á la mesa de su amo. La grulla fué servida con un solo muslo. Uno de los convidados, el primero en notarlo, demostró su sorpresa; entonces Conrado manda llamar á su cocinero y le pregunta dónde está la otra pierna. El veneciano, embustero por naturaleza, contestó con el mayor descaro que las grullas sólo tenían una pierna. «¿Acaso crees tú que no he visto más grullas que ésta?» — «Lo que acabo de deciros, señor, es la pura verdad; y si lo dudais, me obligo á probároslo con las que están vivas». Todos se rieron de semejante respuesta; mas Conrado, no queriendo que pasara adelante la cosa por respeto á las personas extrañas que había en la mesa, contentóse con contestar á aquel zopenco: «Ya que te empeñas, picaronazo, en demostrarme lo que no he visto ni oído decir en mi vida, veremos si mañana mantendrás tu palabra; pero te juro que si no lo haces te acordarás por mucho tiempo de tu imbecilidad y tu obstinación. No quiero que por ahora se hable más de esto: retírate».

Al día siguiente micer Conrado, quien no había podido cerrar los ojos en toda la noche, levántase apenas despuntó el alba, muy resentido de su cocinero. Monta á caballo, ordena al muy taimado que suba en otro y le siga, dirigiéndose hacia un riachuelo á cuya orilla veíanse siempre grullas en aquella hora. «Vamos á ver, decíale en el camino de vez en cuando y con acento despechado, vamos á ver cuál de los dos tiene razón». Notando el veneciano que su amo no se había apaciguado todavía, y que iba á encontrarse confundido, buscaba inútilmente un medio para disculparse. De buena gana habría huído si no le faltara valor para tanto; tal miedo le causaban las amenazas del gentil hombre. Por otra parte, ¿cómo

huir yendo su amo mejor montado que él? Así pues, miraba desparovido por todos lados, antojándosele cuanto veía otras tantas grullas que se sostenían con dos patas. Ya cerca del riachuelo, fué el primero en divisar una docena de grullas que todas se mantenían sobre un pie, según costumbre cuando duermen. En seguida las enseña á su amo diciéndole: «Ved, señor, cómo lo que os decía anoche es la pura verdad; observad aquellas grullas; todas no tienen más que una pierna».—«Voy á probarte que tienen dos, repuso micer Conrado, espera un poco». Y habiéndose aproximado á las aves empezó á gritar: «¡Hu, hu, hu!» A semejante grito despiertan las grullas, alargan la otra pierna y vuelan á toda prisa. «Vamos, tunante, dijo entonces el gentil hombre; las grullas ¿tienen una ó dos patas? ¿Qué dices ahora?»—«Pero señor, repuso Chichibio, que no sabía como salir del atolladero; vos no gritásteis anoche ¡hu, hu, hu! Si lo hubiérais hecho, la grulla habría alargado la otra pata, lo mismo que éstas». Respuesta tan ingeniosa agradó mucho á micer Conrado, de suerte que se desarmó su cólera. No pudiendo contener la risa: «Tienes razón, Chichibio, le contestó; en verdad que debiera haber hecho lo que tú dices. Ve, te perdono, pero no reincidas». De manera que con una réplica chistosísima, el cocinero esquivó el castigo é hizo las paces con su amo.

(Traducción anónima).

LUDOVICO ARIOSTO.—ORLANDO FURIOSO

Del canto II

Injustísimo Amor, ¿por qué tan raro
Repartes tu favor entre tus fieles,
Y el que se correspondan no te es caro,
Y en el discorde amar gozarte sueles?
Ir no dejas al vado fácil, claro,
O al fondo oscuro y ciego nos impeles:
Odiar nos haces del objeto amado
Y que aquel que nos ama sea odiado.

Angélica á Reinaldo se presenta
Hoy celestial, y en su beldad se halaga,
Y ayer la odió con repulsión violenta:
Ella entonces le amó, y hoy le es aciaga
Hasta la vista suya y la atormenta,

Y el uno al otro así su agravio paga:
Mas de Angélica el odio es de tal suerte,
Que antes que suya ser, quiere la muerte.

Con orgullo Reinaldo al rey impío
Gritó:—Ladrón, de mi corcel te apea;
Que ceder no acostumbro lo que es mío
Y lo sé caro hacer al que lo idea.
A esa hermosa, además, cogerte ansío,
Que sería el dejártela acción fea;
Y que quite á un ladrón es justa cosa
Corcel tan noble, dama tan hermosa.

(Traducción de José Espronceda).

LA JERUSALEN LIBERTADA

Del canto III

I

Ya el aura, mensajera diligente,
sale á anunciar la vuelta de la aurora,
que adornándose está y el alba frente
con flores del Edén teje y colora.

El campo en tanto apréstase impaciente
y murmura con voz alta y sonora;
mejor después mostrando su alegría
de las ruidosas trompas la armonía.

II

Bullón, con ciencia bélica infinita,
impetuoso vigor templea ó difunde;
que es más fácil se tuerza el mar que grita
y entre Scila y Caribdis se confunde,
ó que á Bóreas se enfrene cuando agita
del Océano la espalda y leños hunde.
El, pues, los encamina y junta y forma,
y va veloz; mas con arreglo y norma.

III

Con prestas alas cada cual se siente
sin que pueda su planta fatigarse;

mas cuando el sol camina más ardiente
en el alto cenit á remontarse,
¡he aquí á Jerusalem verse esplendente!
¡Jerusalem por todos señalarse!
Y eco de gozo que los aires llena,
¡Jerusalem! ¡Jerusalem! resuena.

IV

Así de navegantes turba osada
que en pos de tierra extraña el genio ayuda,
y bajo incierto polo y onda airada
prueba el mudable viento ó mar sañuda;
si descubre por fin la orilla ansiada,
con gritos de alboroto la saluda,
y al mostrarla uno á otro olvida en tanto
de las pasadas penas el quebranto.

(Traducción del marqués de la Pezuela).

NICOLÁS MAQUIAVELO.—EL PRÍNCIPE

Capítulo XVIII

CÓMO DEBEN CUMPLIR LOS PRÍNCIPES SUS COMPROMISOS

Todos comprenden cuán digno de alabanza es un príncipe que cumple su palabra, que obra con sinceridad y no con astucia, pero la experiencia de nuestros tiempos nos demuestra que tan sólo han realizado grandes empresas los príncipes que en poco tienen su palabra, que saben engañar con destreza á los demás y que vencen, al cabo, á los que confían en su lealtad.

Dos maneras hay de combatir: una con las leyes, otra con la fuerza. La primera es la de los hombres; la segunda la de las bestias. Pero como á menudo no basta la primera, hay que recurrir á la segunda. El príncipe debe, pues, necesariamente saber portarse como hombre y como bestia. Esto es lo que los antiguos escritores enseñan de un modo velado cuando cuentan que Aquiles y muchos otros príncipes fueron dados á criar al centauro Chirón, que debía educarse, para significar que, como el preceptor era medio hombre, medio bestia, los príncipes debían participar de ambas naturalezas, pues una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

Como el príncipe tiene necesidad de imitará las bestias, conviene que revista las cualidades del león y de la raposa, porque el león no sabe evitar las trampas ni la raposa defenderse de los lobos. Hay que ser zorra para conocer las trampas, y león para asustará los lobos. Los que sólo quieren imitar al león no saben su oficio; por consiguiente, un príncipe avisado no debe cumplir su palabra cuando no le conviene ni cuando ha tenido que prometer lo que no puede dar. Si los hombres fueran buenos, este precepto sería malo; pero como son malos, y casi nunca cumplen su palabra, tú tampoco debes cumplirla, y nunca te faltarán pretextos para excusar su cumplimiento. Podría citar mil ejemplos modernos y demostrar cuántos tratados de paz, cuántas promesas han resultado inútiles, y muchos por la infidelidad de los príncipes, entre los cuales el que ha obtenido mejores éxitos es el que mejor supo imitar á la raposa. Pero hay que saber representar muy bien su papel; hay que ser hábil en fingir y disimular, pues los hombres son tan sencillos y están acostumbrados de tal modo á obedecer á las circunstancias, que aquel que engaña encontrará siempre á alguien á quien engañar.

De todos los ejemplos recientes no quiero olvidar uno. Alejandro VI se pasó la vida engañando; no pensó jamás en otra cosa, y siempre halló ocasión de hacerlo. No hubo hombre que prometiera con más aplomo, ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno, y sin embargo, la astucia le dió siempre buen resultado, porque conocía bien á los que trataba. Un príncipe no debe tener, pues, todas las cualidades que he indicado; pero debe parecer que las tiene. Hasta añadiré que es peligroso tener estas cualidades y hacer uso de ellas; pero que siempre es útil fingir que se poseen. Así es que debe parecer clemente, fiel, humano, religioso é íntegro, pero debe ser bastante dueño de sí mismo para que en un momento dado pueda hacer todo lo contrario.

Compréndase que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede practicar todas las virtudes que hacen pasar á un hombre por bueno, porque, obligado á conservar su Estado, debe, á veces, obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse á todas las circunstancias y plegarse á todas las dificultades, y, como he dicho antes, que no se aparte de la senda del bien mientras pueda; pero que penetre en la del mal si así lo pide la seguridad del Estado.

VICTORIO ALFIERI.—MIRRA

CÍNIRO. Soy padre; el temor deja; cualesquiera
Que sea aqueste amor en que te abrasas
(Con tal que pueda yo verte felice)
De inauditos esfuerzos soy capace
Por tí, si lo descubres. ¡Ay! He visto
Y veo, hija infelíz, la generosa
Y fiera lid que entre tu amor sostienes
Y tu debér. Ya has hecho demasiado,
Víctima te ofreciendo al deber tuyo:
Más fuerte amor que tú no lo consiente.
Se excusa la pasión: más que nosotros
Tiene poder; pero ocultarla al padre,
Que te lo manda y te lo ruega, indigna
Te hará de toda excusa.

MIRRA. ¡Oh muerte, muerte,
A quien yo tanto invoco! ¿Al dolor mío
Siempre sorda serás?

CÍNIRO. ¡Oh! tranquiliza,
Tranquiliza, hija mía, algo tu espíritu
Si airado no me quieres ver; ya nada
Casi lo estoy, con tal que me respondas.
Háblame por piedad como á tu hermano.
Yo también he sentido amor; el nombre...

MIRRA. Amo, sí, pues me fuerzas á decirlo.
Desesperadamente amo, y en balde;
Pero cuál sea de mi amor objeto
No lo sabrás jamás, ni podrá nunca
Saberlo nadie; ignórolo yo misma...
Y casi me lo niego.

CÍNIRO. Y yo saberlo
Debo y quiero. Cruel contigo misma
No puedes ser, sin serlo de consuno
Más con tus padres que á tí sola adoran.
Por piedad habla. De irritado padre
Ves cual ya torno suplicante y tierno.
Morir no puedes tú sin que á la tumba

Nos arrastres también. Cualquier que sea
Aquel que tú amas quiero hacerle tuyo.
Necio orgullo de rey quitar no puede
El paternal amor del pecho mío.
Tu amor, tu diestra, el reino mío en alta
Bien puede transformar persona humilde;
Pues aunque humilde el hombre que tú quieras
Creo que indigno no será del todo.
Te lo conjuro, pues; habla. Yo quiero
Sólo verte feliz.

MIRRA.

¿Feliz?... ¿Qué piensas?...

(Traducción de D. Manuel de Cabanyes).

ALEJANDRO MANZONI.—LOS NOVIOS

Capítulo I

Que los dos bravos arriba descritos estuviesen allí aguardando á alguno, era cosa que no se podía dudar; lo que no agradó á don Abundo fué el inferir, por ciertos movimientos, que él era la persona que esperaban. En efecto, así que le vieron se miraron uno á otro, levantando la cabeza con cierto ademán como si dijese «allí viene». El que estaba á horcajadas en la cerca saltó al camino, y separándose de la pared el compañero, se dirigieron ambos hacia nuestro cura, el cual, con el breviario abierto como si leyera, alzaba la vista con disimulo por encima del libro para ver lo que hacían. Convencido de que se dirigían á él, le pasaron por la cabeza varios pensamientos. El primero de todos fué el de discurrir rápidamente si entre él y los bravos había alguna senda á derecha ó á izquierda; pero no la había. Hizo después un rápido exámen para averiguar si había hecho ofensa á algún poderoso vengativo; bien que le tranquilizó en parte el testimonio de la conciencia. Acercábanse entre tanto los bravos teniendo los ojos fijos en él. Puso entonces los dedos índice y medio de la mano izquierda entre el alzacuello como para sentarlo bien, y dando vuelta con ellos alrededor del cuello, volvía la cara todo lo que podía, torciendo al mismo tiempo la boca y mirando de reojo hasta donde alcanzaba, para ver si parecía gente por aquel contorno; pero no vió á nadie. Echó una mirada también inútilmente por el lado de la

cerca á los campos, y otra con más disimulo delante de sí, sin ver más alma viviente que los dos bravos.

En semejante apuro no sabía qué hacerse. De volver atrás ya no era tiempo: echar á correr era lo mismo que decir seguidme, ó quizá peor: viendo, pues, que no podía evitar el peligro, se determinó á arrostrarle, porque aquellos momentos de incertidumbre eran para él tan penosos, que ya sólo pensaba en abreviarlos: de consiguiente, aceleró el paso, rezó un versículo con voz más alta, compuso el semblante lo mejor que pudo, manifestando serenidad y sosiego, se esforzó por preparar una sonrisa, y cuando se halló enfrente de los dos perillanes, dijo para sí «ahora es ello», y se quedó parado.

—Señor cura,—dijo uno de los bravos, mirándole de hito en hito.

—¿Qué se le ofrece á usted, amigo?—contestó inmediatamente don Abundo levantando los ojos del breviario que tenía abierto en las dos manos.

—¿Está usted en ánimo—prosiguió el otro, con tono amenazador,—de casar mañana á Lorenzo Famallino con Lucía Mondella?

—Ciertamente—respondió con voz trémula don Abundo;—es decir, que como no hay dificultad ni impedimento... Ustedes son personas que conocen el mundo, y saben cómo van estas cosas. El pobre cura nada tiene que ver en eso: hacen entre ellos sus enjuagues, y luego vienen á nosotros como... en fin...

—En fin,—interrumpió el bravo con voz moderada, pero con el tono de quien manda,—tened entendido que este casamiento no se ha de hacer ni mañana, ni nunca.

—Pero, señores,—replicó don Abundo con la voz pacata de un hombre que quiere persuadir á un impaciente;—pero, señores, pónganse ustedes en mi lugar. Si la cosa estuviese en mi mano... Ya ven ustedes que yo no tengo en ello interés alguno.

—¡Ea!—interrumpió otra vez el bravo:—si la cosa se hubiese de decidir con argumentos, convengo en que no saldríamos bien librados; pero nosotros no entendemos de razones, ni nos gusta malgastar saliva. Ya estais prevenido... y al buen entendedor...

—Ustedes son demasiado racionales para...

—Como quiera—interrumpió el bravo que hasta entonces no había hablado,—el casamiento no ha de hacerse... (aquí echó un tremendo voto), y el que lo hiciere no tendrá que arrepentirse, porque le faltará tiempo, y... (aquí otro voto).

SANTIAGO LEOPARDI.—A SI MISMO

Muerto el engaño que creía eterno,
De tus fatigas para siempre ahora
Descanso encontrarás, corazón mío.
No la esperanza ya, consoladora;
Hasta el deseo que despierta é inspira
Esa común mentira,
Extinto siento en mí. ¡Harto, insensato,
Palpitaste en tu torpe desvarío!
¿Qué valen tus latidos? ¿A qué altura
Alzar suspiros tu anhelar profundo,
Si es tedio y amargura
La vida, y nada más fango este mundo?
Tranquilo queda. ¡Por la vez postrera,
Corazón engañado, desespera!
Al venir á la vida, adverso el hado
Sólo la muerte á nuestra vida ha dado!
¡Desprecio á todo! Y el poder odioso
Que oculto y cauteloso
El infortunio general gobierna,
Y esa infinita vanidad del mundo,
Desprecio sean de tu saña eterna!

(Traducción de Juan Palou y Coll).

JOSUÉ CARDUCCI.—PANTEISMO

Nunca os lo dije, vigilantes astros,
Ni á tí tampoco, omnividente sol,
Sólo su nombre de fulgentes rastros
Luce en mi pecho mudo su arrebol.
Mas en la sombra de la noche vaga
Se lo cuentan con voz inoportuna
Las estrellas, y el sol cuando se apaga
Lo charla en sus coloquios con la luna.
En los collados y en la playa quieta
Lo murmuran arbusto, fuente y flor,



Al volar canta el ave: á tí, poeta,
Roba tu sueño venturoso amor.
Nunca lo dije; el mundo en sus rumores
Su nombre felizmente me proclama,
Y en el efluvio de silvestres flores
Hervor universal me dice: te ama.

(Traducción de D. J. L. Estetrich).

LITERATURA FRANCESA

CANCIÓN DE ROLDÁN

Roldán se aleja, anda el campo de nuevo;
Bajo de un pino, junto á un arbusto espeso,
Encuentra inmóvil á su amigo Oliveros;
Estrechamente le aprieta contra el pecho.
Al arzobispo como puede va luego.
Sobre un escudo con los otros le ha puesto,
Y el arzobispo los bendice absolviéndolos.
Se aumenta entonces la compasión y el duelo.
Roldán exclama: «Bello amigo Oliveros,
Vos fuisteis hijo del buen conde Reniero
Que llega al valle de Rivier como dueño.
Para hender lanzas y abrir broqueles férreos,
Para hacer trizas las lorigas del acero,
Y para dar consejos á los buenos,
Para vencer y abatir á los pérfidos,
En tierra alguna hay mejor caballero!»

Roldán el conde, al ver sus Pares muertos,
Y al que quería con el alma, Oliveros,
Enternecido á llorar dió comienzo.
Su rostro entonces se puso descompuesto.
De tan gran pena no pudo estar derecho;
Quiera ó no quiera, cae desmayado al suelo.
Turpín exclama: «¡Sois un buen caballero!»

(Traducción de N. A. C.)

FRANCISCO RABELAIS.—VIDA DE GARGANTÚA

Cuando Gimnasta hubo llegado, contó la forma en que había encontrado á los enemigos y la estratagema de que se había servido para luchar él solo contra toda la caterva, afirmando que no eran sino malhechores, ladrones, pilletes y vagabundos, ignorantes de toda disciplina militar, y que, poniéndose en camino con un poco de cautela, les sería muy fácil ahuyentarlos como á las bestias.

Montó Gargantúa en su descomunal borrica y marchó acompañado como antes. En el camino encontró un árbol muy alto y muy grueso, comunmente llamado el árbol de San Martín, porque había crecido de un bordón que dicho santo dejó allí, y dijo: He aquí lo que me faltaba. Este árbol me servirá de bastón y de lanza. Y lo arrancó fácilmente de la tierra, lo limpió de ramas y lo dispuso á su gusto. Mientras tanto, la borrica meó para aligerar el peso de su vientre, y lo hizo con tal abundancia, que produjo un diluvio en siete leguas de terreno; toda la orina derivó hácia el vado de Vede, y tanto hizo subir el nivel del agua que á todo el bando enemigo lo ahogó horriblemente, excepto á algunos que caminaban por la orilla izquierda.

Cuando llegaron al bosque, Eudemon avisó á Gargantúa que alrededor del castillo había tropas enemigas: al oírlo éste gritó con todos sus pulmones:—¿Estáis ahí ó no estáis? Si estáis, vais á concluir, si no, nada tengo que deciros. Un bribonazo artillero que estaba junto á su máquina le hizo un disparo que vino á darle fuertemente en la sien derecha; pero le hizo tanto daño como si le hubieran tirado un grano de uva.—¿Qué es eso?—volvió á preguntar Gargantúa.—¿Nos tiráis las uvas así? ¡la vendimia os costará cara! Y siguió creyendo con toda certeza que el balazo había sido con una uva. Los que estaban saqueando los alrededores del castillo, al oír el ruido acudieron todos á la fortaleza y le hicieron más de 9.025 disparos de escopeta y arcabuz, enfilados todos á su cabeza. Cuando más tiraban dijo:—Ponócrates, amigo mío, estas moscas me agobian; dadme un ramo de sauce para espantarlas. Pensando que las balas y las piedras de la artillería eran moscas bovinas. Ponócrates le advirtió que allí no había tales moscas, sino los disparos que hacían desde el castillo. Entonces marchó con su gran árbol y á grandes golpes tiró al suelo torres y fortalezas, quedando aplastados y cortados en pedazos todos los que estaban allí.

(Traducción de E. Barriobero Herrán).

RACINE.—FEDRA

Acto V.—Escena IX

- TERAMENO. Aquí veo venir á tu enemiga.
TESEO. Habeis triunfado, Fedra: mi hijo ha muerto.
¡Ah, qué temor horrible! Cruel sospecha
agita, disculpándole, mi pecho.
Mas ya murió; ahí tenéis á vuestra víctima.
Gozaos en su fin, justo ó severo.
Me equivoqué; mi vista se engañaba;
debe ser criminal... le acusais de ello.
Mas su muerte mis lágrimas arranca,
aunque en dudas terribles no penetro.
Que lejos de aplacar dolor tan fuerte
mi pena aumentarían y mi duelo.
Ya la imagen del hijo destrozado
lejos de estos lugares huir quiero.
Quisiera desterrarme de este mundo
donde tenaz me sigue su recuerdo.
Todo, todo condena mi injusticia.
Mi misma fama aumenta el sufrimiento.
Si fuera un hombre obscuro, huir podría..
Hasta me canso del favor del cielo,
y llorando los bienes de los dioses,
renuncio á suplicarles otros nuevos.
Por más que hiciese su piedad funesta,
no podrían pagarme lo que pierdo.
- FEDRA. No, Teseo, he de hablar; ya más no callo.
Volveré la inocencia al hijo vuestro.
¡No fué culpable!
- TESEO. ¡Ah, padre desgraçado!
¡Y yo le condené por vuestro ruego!
Cruel ¿y cómo habeis de disculparos?
- FEDRA. Poca vida me resta; oid, Teseo.
Yo sobre ese hijo casto y obediente
puse mis ojos torpes y groseros.
El cielo esa pasión en mi alma indujo
y la cruel Enona fraguó el resto.

Para evitar que Hipólito supiese
un amor que vería de horror lleno,
de mis débiles fuerzas abusando
á vuestros ojos le acusó sin miedo.
Ella se ha castigado; de mis iras
al huir, en las olas halló término.
Ya me hubiese matado con la daga
si romper no quisiera mi secreto;
he querido sufrir á vuestra vista
con lentitud la muerte que merezco.
Traído por Medea desde Atenas,
circula por mis venas un veneno.
Ya de mi corazón en lo más hondo
con un frío mortal su influjo siento.
Ya el cielo y el esposo que ultrajara
á través de una nube sólo veo...
Ya la muerte á mis ojos la luz roba
y el día es puro ya sin sus destellos,
Fedra expira, señor.

PANOPA.
TESEO.

¡De acción tan negra
que no pueda morir hasta el recuerdo!
De mi terrible error ya convencido,
quiero abrazar de Hipólito los restos.

(Traducción de N. A. C.)

PEDRO CORNEILLE.— EL CID

Acto quinto.—Escena V

D. SANCHO. Señora, á vuestros piés pongo esta espada.

JIMENA. ¿Aún está tinta en sangre de Rodrigo?
¡Vienes aquí, cruel, cuando me quitas
lo que más en el mundo yo he querido!
¡Amor, estalla ya! Ya nada temes;
á mi padre vengué... ya te publico.
Un mismo golpe limpia mi decoro,
destroza mi alma, suelta el amor mío.

D. SANCHO. Con más sosiego...

JIMENA. ¿Me hablas todavía,
del héroe que yo amé vil asesino?

¡Ah! Sería traición; hombre tan bravo
á tal rival no hubiera sucumbido.

ELVIRA.
JIMENA.

Mas, señora, escuchad...

¿Qué he de escucharte?

¿Tendré duda después de lo que he visto?
Lo que pedí, por mi desgracia, obtengo;
tuvo mi pretensión el fin condigno.
Perdona ¡oh adorado! mis rigores.

¡Soy hija y soy amante á un tiempo mismo!
Si á mi padre he vengado con tu sangre,
por tí verter la mía necesito.

Mi alma, ya libre, buscará á la tuya
pidiendo su perdón ó su castigo.

Y tú, que con su muerte me pretendes,
cruel ejecutor de mi destino,
de mí no esperes nada; por vengarme
me has matado con bárbaro suplicio.

D. SANCHO.
JIMENA.

Lejos de oír, señora, mis palabras...

¿Quiéres que te oiga hablar de tu delito?

¿Que oiga en calma cual pintas, insolente,
su desdicha, mi infamia y tu heroísmo?

¿Que el relato me mate ante tus ojos?

¡No! Deseo morir sin ese auxilio.

Deja mi alma que al dolor se entregue...

¡Yo sola he de vengar al amor mío!

(Traducción de N. A. C.)

MOLIERE.—TARTUFE

Acto primero, escena V

D. SIMPLICIO. ¿Juana?... Permíteme, hermano,
que me informe en un momento
de lo que aquí haya ocurrido (*á Juana*)
¿No hay cosa alguna de nuevo
estos dos días que faltó?
¿Está todo el mundo bueno?

JUANA.

Antes de ayer mi señora
tuvo un calenturón recio
con una fuerte jaqueca
y un vómito violento.

D. SIMPLICIO. ¿Y don Fidel?

JUANA.

¿Don Fidel?

Gordo, colorado y fresco;
reventando de salud.

D. SIMPLICIO. ¡Pobrecito!

JUANA.

Y á más de esto

una grande inapetencia,
que fué tal, que no hubo medio
de hacerle tomar ni un caldo
para conciliar el sueño.

D. SIMPLICIO. ¿Y don Fidel?

JUANA.

Dando gracias,

porque se lo daba, al cielo,
dos perdices estofadas
y una pierna de carnero
cenó con frutas y dulces.

D. SIMPLICIO. ¡Pobrecito!

JUANA.

El crecimiento

le duró la noche entera,
y no hizo más que dar vuelcos
en la cama, sin pegar
lo ojos ni aún un momento,
tanto que hubo que velarla.

D. SIMPLICIO. ¿Y don Fidel?

JUANA.

En un sueño

se llevó toda la noche,
á pierna suelta durmiendo,
mientras los demás velaban.

D. SIMPLICIO. ¡Pobrecito!

JUANA.

Al fin le hicieron

dos sangrías y con ellas
se encontró aliviada luego.

D. SIMPLICIO. ¿Y don Fidel?

JUANA.

Por cobrar

bríos contra el mal ajeno
y recuperar la sangre
que perdió mi ama, su almuerzo
le hizo con medio jamón
y seis vasos de Burdeos.

D. SIMPLICIO. ¡Pobrecito!

JUANA.

Por fin ambos
gracias á Dios están buenos.

(Traducción del Abate Marchena).

LAFONTAINE.—LOS DOS MULOS

Iban dos mulos caminando un día,
Cargado uno de yeso
Y otro de gran tesoro para el fisco.
Iba éste tan ufano con el peso
De su opulenta carga,
Que no la soltaría por un reino.
Marchaba mesurado
Con grave paso y levantado el cuello,
Tocando su cencerro:
Cuando hétele que sale
De pronto una cuadrilla de bandidos,
Que, hambrientos de dinero,
Sobre el ufano conductor se arrojan;
Le rodean, le agarran por el freno,
Le oprimen y detienen.
Pretende resistirlo;
Pero, sintiendo al punto
De todas partes sobre sí mil palos,
«¿En esto, dice sollozando, en esto
Han venido á parar mis esperanzas?
Este otro que me sigue,
Me sigue sin peligro;
Yo caigo en él, y dél salir no fio».
«No siempre provechosos
Los grandes cargos son, amigo mío,—
Le dijo el camarada;—
Que ahora en tal apuro no te vieras
Si, á ejemplo mío, hubieses
Prestado tus servicios á un yeserô.

(Traducción de D. Gaspar Melchor de Jovellanos).

BOILEAU.—ARTE POÉTICA

No hay sierpe horrible ó monstruo que no pueda
El arte imitador hacernos grato,
O á quien de un pincel vivo el artificio
No comunique gracia. La Tragedia
Así, cuando de Egisto ensangrentado
Pinta el dolor, ó al parricida Orestes
Voces presta de atroz remordimiento,
Acierta á entretener aun con el llanto.

Tú, á quien la gloria escénica enamora,
Acéreate á obtenerla en nobles metros;
Y si en la escena cautivar quisieres
Los votos de París, y que tus obras,
Cuanto más repetidas, más gustadas,
Se vuelvan á pedir tras largos años,
Haz que en tus dramas la pasión señora
Derecha al corazón vaya, y le inflame:
Si de un grato furor el vario impulso,
Ya de dulce terror, ya de süave
Compasión, no le anima, en vano ostenta
Sabias escenas y eruditas frases;
Que al auditorio, en aplaudir moroso,
Helarán más tus lógicos discursos;
Hasta que de retóricas cansado,
Verás que al fin se duerme ó te critica.

¿Agradar y moverme es el objeto?
Inventa, pues, recursos que lo logren:
Que á los primeros versos preparada
La acción, éntre en materia precursora:
Risible personaje es á mis ojos
El que decir no acierta á lo que viene,
Y al declararme su embrollada intriga,
Lo que era diversión, me hace tarea.
Fuera mejor que, decorando el nombre,
Dijera: —yo soy Pirro ó soy Orestes,—
Que de oscuros enigmas, sin decirnos
Nada á la mente, henchirnos las orejas.
Cuanto más breve expóngase el asunto;

Sea de la escena el sitio único y fijo;
Deja estrechar mil años en un día
Al impaciente ibero, que en los actos
De sus fogosos dramas saca al héroe,
Niño al primero, al último caduco;
Pero, según razón, sea entre nosotros
La acción con arte tal distribuida.
Que en un sitio, en un día, un hecho solo
Tenga hasta el fin el auditorio atento.

(Traducción de D. Juan Bautista Arriaza).

MONTESQUIEU.—EL ESPÍRITU DE LAS LEYES

Libro XIX. Capítulo XIV

CUÁLES SON LOS MEDIOS NATURALES DE MUDAR LAS COSTUMBRES Y MODALES DE UNA NACIÓN

Hemos dicho que las leyes son instituciones particulares y expresas del legislador, mientras que las costumbres y maneras son instituciones de la nación en general. De aquí se sigue que cuando se quieren mudar las costumbres y maneras no debe hacerse por medio de leyes, lo que parecía demasiado tiránico; es preferible cambiarlas por medio de otras maneras y costumbres.

Así, cuando un príncipe se propone introducir grandes mudanzas en su nación, debe reformar con leyes lo que las leyes han establecido, y con maneras lo que sea debido á las maneras, y es política muy funesta el invertir estos términos.

La ley que obligaba á los moscovitas á no usar barba y llevar los trajes cortos, y la violencia de Pedro I, que hacía cortar hasta las rodillas los largos mantos de los que entraban en las ciudades, eran tiránicas; hay medios de impedir los delitos: son las penas; hay medios de cambiar las maneras: son los ejemplos.

La facilidad y prontitud con que Rusia se ha civilizado, prueban que aquel príncipe se equivocaba al tener tan mala opinión de ella y que sus pueblos no se componían de bestias, como afirmaba. Los medios violentos que empleó eran inútiles; hubiese conseguido iguales resultados con la dulzura.

Experimentó él mismo la facilidad de estas mudanzas. Las mujeres estaban encerradas y eran en cierto modo esclavas; las llamó á la corte, hizo que se vistieran á la alemana, les envió telas, con lo

que pronto cobraron afección á una manera de vivir que lisonjeaba tanto su gusto, su vanidad y sus pasiones, y la transmitieron á los hombres.

Contribuyó mucho á facilitar el cambio el ser las costumbres de entonces extrañas al clima, y efecto únicamente de la mezcla de pueblos y de las conquistas. Pedro I, al dar las costumbres y maneras de Europa á una nación europea, halló facilidades que no esperaba.

El imperio del clima es el más poderoso de todos. No tenía, pues, necesidad de leyes para cambiar las costumbres y maneras de su nación: le hubiese bastado inspirar otras maneras y otras costumbres.

Los pueblos son, por regla general, muy apegados á sus usos: quitárselos violentamente, es hacerlos infelices; no hay, pues, que cambiárselos, sino inclinarles á que los cambien ellos mismos.

Toda pena que no se derive de la necesidad es tiránica; la ley no es una nueva manifestación de poder; las cosas indiferentes por su naturaleza no caen bajo su imperio.

(Traducción de Siro García del Mazo).

CHATEAUBRIAND.—LOS MÁRTIRES

Libro décimotercero

Ya el sacerdote de Homero ofrecía una libación al sol que salía de las olas para saludar á este astro, cuya luz alumbraba los pasos del viajero, y tocando con una mano la tierra humedecida por el rocío se preparaba á dejar el techo hospitalario de Lastenes. Inopinadamente, Cimodocea, trémula de temor y amor, se presenta á su padre y se arroja en brazos del anciano. Demodoco había adivinado sin dificultad la causa de la agitación que empezaba á atormentar á la sacerdotisa de las Musas; pero como ignoraba aún que el hijo de Lastenes participase del mismo amor, procuró consolar á Cimodocea.

—Hija mía—le dijo.—¿Qué divinidad te ha herido? Lloras tú, cuya edad sólo debería conocer las inocentes risas. ¿Qué oculta pena se ha deslizado en tu pecho? ¡Oh hija! recurramos á los altares de los dioses preservadores y á la compañía de los sabios, que devuelve á nuestra alma su tranquilidad primera. El templo de Juno Lacinia está abierto por todas partes, y no obstante, los vientos no

dispersan en su recinto las cenizas del sacrificio; tal debe ser nuestro corazón: si los huracanes de las pasiones penetran en él, es preciso á lo menos que jamás alteren la paz de su santuario.

—¡Padre de Cimodocea—replicó la joven meseniana,—tú ignoras nuestra felicidad! Eudoro ama á tu hija y quiere suspender á su puerta las coronas de Himeno.

—¡Dios de las ingeniosas mentiras!—exclamó Demodoco.—¿No me has engañado? ¿Debo creerte, hija mía, ó la verdad habrá dejado de reinar en tus labios? Pero ¿deberé admirarme al verte objeto del amor de un héroe? Tú disputarías el premio de la hermosura á las ninfas del Ménalo, y Mercurio te habría elegido en el monte Quelidoreo. Refiéreme, pues, de qué manera el cazador arcadio te ha hecho conocer que se halla herido por el hijo de Venus.

—Esta noche—respondió Cimodocea,—me propuse cantar á las Musas para alejar no se qué desvelo de mi corazón, cuando Eudoro, á la manera de uno de esos brillantes sueños que salen de las puertas del Elíseo, me ha encontrado en las sombras, y tomándome de la mano, me dijo: ¡Virgen, quiero que los hijos de tus hijos se sienten durante siete generaciones sobre las rodillas de Demodoco! Pero me dijo todo esto en su lenguaje cristiano, con harta más elocuencia de la que yo puedo usar para referírtelo; y me ha hablado también de su Dios, que es un Dios que ama á los que lloran y bendice á los desvalidos. Padre mío, este Dios me ha cautivado, porque nosotros no tenemos entre las nuestras tan benévolas y piadosas divinidades. Es preciso que yo aprenda á conocer y á practicar la religión de los cristianos, puesto que el hijo de Lastenes no puede recibirme sino á esta condición.

Cuando el apacible Bóreas y el viento nebuloso del Mediodía se disputan el imperio de los mares, los marineros se fatigan en presentar alternativamente la vela oblicua á la tempestad: así Demodoco cede ó resiste á los encontrados sentimientos que le combaten. Piensa con alegría en que Cimodocea colgará del altar de Himeneo el estéril ramo de la vestal, y que la familia de Homero, próxima á extinguirse, verá reflorar en su derredor numerosos vástagos. Demodoco ve además en el hijo de Lastenes un yerno ilustre y lleno de honores, y sobre todo un poderoso protector contra el favorito de Galerio; pero se estremece al considerar que su hija habrá de abandonar sus dioses paternos, siendo además perjura á las nueve Hermanas y al culto de su divino abuelo.

—¡Ah, hija mía!—exclama, estrechándola sobre su corazón.—

¡Qué mezcla de lágrimas y felicidad! ¿Qué acabas de decirme? ¿Cómo negarte y cómo concederte lo que pides? ¿Abandonarás á tu padre para seguir á un Dios extraño á nuestros antepasados? ¡Cómo! ¿Podríamos tener dos religiones? ¿Podríamos pedir al cielo favores diferentes? Cuando nuestros corazones no forman sino un mismo corazón, ¿cesaríamos de tener un solo é idéntico sacrificio?

—¡Padre mío — dijo Cimodocea interrumpiéndole,—jamás te abandonaré, jamás mis votos serán diferentes de los tuyos! Cristiana, viviré contigo cerca de tu templo y contigo recitaré los versos de mi divino abuelo.

(Traducción de Manuel M. Flamant).

LAMARTINE.—EL CRISTIANISMO MORIBUNDO

¿Qué escucho, oh Dios? ¡Resuena el bronce santo!

¿Qué multitud llorosa me rodea?

¿Y qué me anuncia fúnebre este canto?

¿Por qué esta luz opaca centellea

En mi trémula mano?

¿Por la postrera vez ¡muerte! retumba

En mis oídos tu clamor insano?

¡Ay, ay!... ¡Despierto al borde de la tumba!...

Soplo de Dios, vivifica centella,

Habitante inmortal del frágil lodo,

Disipa ese pavor; y sin querella,

Sin miedo y sin pesar déjalo todo.

La muerte tus cadenas

Viene á romper. ¡Alma! tu raudo vuelo

Emprende ya. ¿Y es el morir, las penas

Dejar del mundo y trasladarse al cielo?

Ya cesa el tiempo de medir mis horas...

¿A qué nuevos palacios, oh querubes,

Vuestras alas me elevan brilladoras?

¡Ya dejé atrás las purpuradas nubes!

¡Ya nado, ya me abismo

En piélagos de luz! ¡Huir parece

Bajo mis piés la tierra al hondo abismo!

¡El espacio ante mí se ensancha y crece!

Pero ¿qué escucho? ¡En el dichoso instante

En que despierto, funeral suspiro,

Profundo sollozar, ay penetrante,
Subir veloces á mi trono miro!
¿Por mí gemís, mortales?
¿Gemís? ¡Y en copa de inmortal dulzura
Bebo el olvido de los tristes males!
¿Gemís? ¡Y arribo al puerto de ventura!

(Traducción de D. J. M. de Berriozabal).

VICTOR HUGO.—EL DERVICHE

Alí-Bajá pasaba: los grandes, los pequeños,
á ras de sus estribos doblaban el pescuezo.
«¡Alá!» gritaban todos. De pronto un pobre viejo.
un flaco y andrajoso derviche, fué á su encuentro;
detuvo por las riendas al arrogante overo,
y con Alí encarándose, hablóle en estos términos:
—«Alí, sol de los soles; Bajá noble y excelso,
que en el Diván ocupas privilegiado asiento;
tú, cuya fama crece, llenando el universo;
Visír del que te sigue disciplinado ejército;
reflejo del Califa, que de Dios es reflejo:
¡no eres, Alí, otra cosa que un despreciable perro!

Es sepuleral antorcha tu resplandor siniestro;
rebosa, cual de un cáliz hasta los bordes lleno,
tu cólera terrible sobre tu pobre pueblo;
cual hoz sobre las mieses, brilla sobre él tu acero,
y por fundar tu alcázar en sólidos cimientos,
con sangre suya amasas sus quebrantados huesos,

Mas ya tu hora ha llegado: Janina ya está abriendo
la tumba que entre escombros recibirá tu féretro;
te condenó á la argolla Dios justo y te contemplo
allá en el más profundo rincón de los infiernos,
al árbol amarrado, en cuyos ramos negros
ariscos y medrosos cobijanse los réprobos.

Desnuda y temblorosa caerá tu alma al averno,
y en el papel do escritos están tus malos hechos,
los nombres de tus víctimas Satán te irá leyendo.
Ensangrentados, mudos, sus pálidos espectros
te acusarán en número mayor que los lamentos
que arranquen á tus labios la cólera y el miedo.

No te valdrán entonces, Ali-Bajá soberbio,
tu poderosa escuadra, ni tu castillo enhiesto
con sus cañones bronceos y sus veloces remos;
ni escaparás al ángel que aguarda á los que han muerto,
aunque tu propio nombre, como el judío abyecto,
lo ocultes y lo cambies en el postrer momento».

Ali-Bajá llevaba, bajo el caftán espléndido,
su alfanje de Damasco, su yatagán de Alepo,
su carabina y cuatro pistolas de repuesto.

Oyó hasta el fin la arenga de aquel derviche; luego
bajó la adusta frente, desarrugando el ceño,
y le entregó el lujoso caftán al pobre viejo.

(Traducción de Teodoro Llorente).

H. DE BALZAC.—LOS ALDEANOS

Capítulo IV

—¡Ah, demonio, dijo Tonsard viendo entrar á su suegro y sospechando que estaba en ayunas; esta mañana os ha picado temprano el gusano del hambre. No tenemos nada que daros... ¿Y esa cuerda que teníais que hacer? Es asombrosa la cantidad de ella que fabricáis la vispera y la poca que encontráis hecha al día siguiente. Hace ya mucho tiempo que debíais haber torcido la que ha de poner fin á vuestra existencia, porque nos vais saliendo demasiado caro...

La broma del aldeano y del obrero es muy ática; consiste en expresar todo su pensamiento acompañado de algún dicho grotesco. Lo mismo ocurre en los salones. Unicamente existe una diferencia y es que en éstos la fineza de espíritu reemplaza á la pintoresca rudeza.

—No hay suegro que valga, dijo el anciano; háblame como á un parroquiano cualquiera; quiero una botella de lo mejor.

Y mientras decía esto, Fourchon golpeaba con una moneda de cinco francos, que en su mano brillaba como un sol, la mala mesa en que estaba sentado, mesa cuya capa de grasa, cuyas negras quemaduras y cuyos cortes y marcas de vino llamaban la atención. Al oír el ruido del dinero, María Tonsard dirigió á su abuelo una mirada feroz, que brotó de sus ojos azules como una chispa. La Tonsard salió de su cuarto atraída por la música del metal.

—Siempre tratas con aspereza á mi pobre padre, le dijo á Tonsard; y, sin embargo, de un año á esta parte gana mucho dinero. ¡Dios quiera que sea honradamente! ¿A ver eso?... dijo saltando sobre la moneda y arrancándola de las manos de Fourchon.

—Anda, Maria, dijo gravemente Tonsard; encima de la tabla hay aún vino *embotellado*.

En el campo, el vino es de una sola clase, pero se vende bajo dos denominaciones distintas: vino de pipa y vino embotellado.

—¿De dónde proviene esto? preguntó la Tonsard á su padre metiéndose la moneda en el bolsillo.

—Felipa, ¡tú acabarás mal! dijo el anciano meneando la cabeza é intentando recobrar su dinero.

Fourchon reconoció sin duda la inutilidad de una lucha entre su terrible yerno, su hija y él, y añadió en tono amargo:

—He aquí una botella de vino que me cuesta todavía cinco francos; pero que será la última. En lo sucesivo me haré parroquiano del café de la Paz.

—Calla, papá, repuso la blanca y gorda tabernera, que se parecía bastante á una matrona romana; necesitas una camisa, un pantalón limpio, otro sombrero, y quiero que alguna vez lleves chaleco.

—Ya te he dicho que esto sería arruinarme, exclamó el anciano. El día que me crean rico, nadie me dará nada.

La botella traída por la rubia María, ahogó la elocuencia del anciano, que no carecía de aquel rasgo particular á aquellos cuya lengua lo dice todo, y cuya charla no recula ante ningún pensamiento, aunque sea atroz.

(Traducción de J. Garcia Bravo).

CARLOS BAUDELAIRE.—LA CAMPANA HENDIDA

En las noches de invierno es dulce y es doliente
escuchar, contemplando la llama que se encumbra,
los recuerdos lejanos que cantan suavemente
al tacteo del péndulo que oscila en la penumbra.

¡Bendita la campana de balance armonioso,
que, á pesar de los años, alerta y expedita,
da fielmente á los aires su grito religioso
como un viejo soldado que vela en su garita!

En cuanto á mí, mi alma está hendida, y si acaso
su voz, cruzando el aire, trata de abrirse paso,

parece el angustioso jadeo de un herido
que en un charco de sangre dejaron por olvido,
bajo un montón de muertos, con cuyo peso horrendo
se ahoga y no se puede mover y está muriendo.

(Traducción de Eduardo Marquina).

FEDERICO MISTRAL (PROVENZAL).—MIREYA

Del canto segundo

¡Cantad, cantad, gusanilleros, que la deshojadura gusta de los cantos! Hermosos son los gusanos de seda y duermen su tercera dormida. Las moreras están pobladas de muchachas á quienes el buen tiempo ha puesto alegres y juguetonas como un enjambre de rubias abejas que va robando la miel á los romeros del pedregal.

Deshojando las ramas, ¡cantad, cantad, gusanilleras! Mireya está recogiendo la hoja en una hermosa mañanita de mayo. Aquella mañana por arracadas á sus orejas la coquetuela se había puesto dos cerezas... Vicente aquella mañana pasó por allí de nuevo. En su gorro de escarlata, como los usan los ribereños de los mares latinos, llevaba garbosamente una pluma de gallo, y andando por las veredas ahuyentaba las vagabundas culebras, y con su bastón golpeaba los sonoros montones de guijarros haciendo saltar las pedadillas.

—¡Vicente! ¡Vicente!—exclamó Mireya desde las verdes calles de árboles,—¡pasas muy de prisa!

Vicente al momento volvió la cabeza hacia la plantación y divisó á la muchacha posada sobre una morera como una alegre cogujada, y voló hacia ella gozoso.

—¿Vá bien la deshojadura, Mireya?—le dijo al llegar.

—Todo se deshoja poco á poco—contestó la niña.

—¿Queréis que os ayude?

—Sí.

Y en tanto que ella reía desde arriba á carcajadas como una loquilla, Vicente, dando con el pié en el trébol, se encaramó en el árbol más diestro que un lirón.

—Ved, Mireya, que maese Ramón no tiene otra hija: deshojad las ramas bajas y yo alcanzaré las cimas—dijo á la muchacha.

Y ella, deshojando el árbol con su ligera manecita, dijo á Vicente:

—Esto de tener compañía para el trabajo quita el malhumor; ¡cuando una está sola le viene tal pesadez!

—Ved aquí lo que siempre me enoja—respondió el muchacho. —Cuando estamos allá en la choza donde oímos tan sólo el estruendo del Ródano tormentoso que engulle el cascajo, ¡algunas veces me da un fastidio! En estío no tanto, porque entonces hacemos las caminatas con mi padre de alquería en alquería. ¡Mas cuando el aebro se llena de bayas y los días se hacen fríos y las veladas largas; cuando cerca del rescoldo, mientras en el picaporte silba ó maúlla algún duende, sin luz y con pocas palabras me es preciso aguardar el sueño á solas con mi padre!...

—¿Pues y tu madre?—interrumpió la niña,—¿dónde está?

—¡Está muerta!—dijo el muchacho, y permaneció un instante silencioso. Luego continuó: Cuando mi hermana Vicentita era más niña, estaba con nosotros en la cabaña y aquello daba gusto...

—Pues qué, ¿tienes una hermana?—preguntó Mireya.

—Sí—dijo el cestero,—y hacendosa y hábil para todo... ¡Ojalá no lo fuese tanto!, porque tuvo que ir con los segadores á Fuente del Rey, que está allá abajo en la tierra de Belleaire, y tanto agradó su habilidad y buen modo, que por sirvienta la tomaron y sirvienta se ha quedado.

—¿Se te parece tu hermanita?—dijo Mireya.

—¿A quién, á mí?—contestó el cestero,—¡mucho le falta! Ella es rubita y yo soy, ya lo veis, negro como un gorgojo. Pero á quien se parece más bien es á vos, Mireya. Vuestras cabezas vivas y despiertas, vuestras cabelleras abundantes como las hojas del mirto, no se diría sino que son gemelas. ¡Mas para atar la clara tela de vuestra gorrita mucho mejor que ella vos teneis la cinta! Mi hermana no es fea ni descuidada; pero tú, Mireya, ¡cuánto más hermosa eres!

(Traducción de D. Celestino Barallat).

LITERATURA PORTUGUESA

LUIS DE CAMOENS.—LOS LUSIADAS

Canto II

Y mostrando en el célico semblante
Sonrisa de tristeza acompañada,

Como dama que fué de ingrato amante
En lances amorosos mal tratada,
Que se queja y se ríe en el instante,
y es feliz á la vez y desgraciada,
Así la diosa á quien ninguno iguala
Llorosa y triste su dolor exhala.

Y así comienza: «¡Oh padre poderoso,
Siempre al pesar que devorara impío
Mi triste pecho, te encontré amoroso
Aunque pesara á algún contrario mío;
Mas pues ora te miro rencoroso
Sin que merezca tu cruel desvío,
Cúmplase lo que Baco determina
Y la afrenta que el hado me destina.

Este pueblo infeliz por quien derramo
Llanto que en balde derramado veo,
Sobrado mal le quiero pues le amo,
Siendo contrario tú de mi deseo;
Por él á tí rogando lloro y clamo
Y contra mi ventura en fin peleo,
Y pues mi amor le causa tal desdicha,
Quiero quererle mal para su dicha.

Muera á las manos de esas fieras gentes,
Perezca en fin...» Y triste y afanosa,
Su rostro baña en lágrimas ardientes
Como baña la lluvia fresca rosa;
Callada se detiene entre los dientes
La voz sentida, tierna y dolorosa;
Quiere seguir, mas yendo hacia adelante
La suspende la voz del gran Tonante.

Y de estas dulces muestras conmovido
Que movieran de un tigre el pecho duro,
Torna Júpiter sacro enternecido,
Serenos el aire, y claro el mar obscuro;
Las lágrimas le enjuga, y encendido
Le besa el rostro celestial y puro;

Y si solo con ella se encontrara
Acaso otro Cupido se engendrara.

Estrecha contra el suyo el rostro hermoso
A que la pena añade nuevo encanto,
Cual niño castigado que lioroso
Aumenta más con la caricia el llanto;
Y le descubre el porvenir dichoso
Por templar su dolor y su quebranto;
Así tierno le dice el rey del cielo,
De los hados rasgando el denso velo:

«Hija mía, tu pena echa en olvido,
Que será libre el fuerte Lusitano;
Nada á mi corazón es más querido
Que ese rostro de cielo soberano;
Ya verás el renombre obscurecido
Del sábio Griego é ínclito Romano,
Por los triunfos heróicos que esta gente
Ha de alcanzar en el extenso Oriente.

Que si el profundo Ulises escapara
De ser en la isla Ogigia eterno esclavo,
Y si Antenor la Iliria penetrara
Y el seno de la fuente de Timavo,
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo,
Estos, mayores cosas emprendiendo,
Irán mundos al mundo descubriendo.

Fortalezas, ciudades, altos muros
Por ellos has de ver edificados,
Y los turcos intrépidos y duros
Por su poder verás desbaratados;
Los reyes indios libres y seguros,
Al portugués monarca subyugados,
Y haciéndose los tuyos sus señores
A esas tierras darán leyes mejores...»

ALMEIDA GARRET.—EL ANGEL Y LA PRINCESA

¡Oh, qué llantos en palacio!
¡Cuánto luto! ¡Cuánta pena!
Ya se muere, ya se muere
la hermosísima Princesa.
Los médicos no se entienden,
unos se van, otros llegan;
el mal que la niña tiene
ninguno á curar acierta.
Ultimo rayo de vida
en sus ojos brilla apenas;
rezando está negro monje
del lecho á la cabecera.
¿Si aun á tiempo volverá
de allende el mar, de esasguerras,
el Rey para que á su hija
aún dar un abrazo pueda?
A su niña tan querida,
de su amor única prenda,
consuelo de su vejez,
y de sus ojos lumbrera.
Helo, helo, cómo viene
de allende el mar con sus velas;
mil victorias ha ganado
y cautivos y riquezas.
El rey con su comitiva
por el palacio ya entra;
mira á todos lados, nadie
le aclama ni vitorea.
De la hija que no ve,
á ninguno pide nuevas;
corriendo, no de vagar,
va al cuarto de la Princesa.
«Hija del alma, hija mía,
¿qué tienes? ¿Qué te atormenta?»
Y abre la niña los ojos,
y su mirada está yerta.

«La mitad doy de mi reino
y de mi real diadema
á quien acierte su mal,
á quien salve á la Princesa».
A estas palabras del Rey
movió la linda cabeza,
como quien dice: Mi mal
ni se entiende ni remedia.
«No sé qué tiene, decía
el médico de más cuenta;
si su mal no es mal de amores,
no sé, buen Rey, de qué sea».
Un rubor desfallecido
coloró su frente tersa,
que del sudor de la muerte
se cubría macilenta.
Los ojos, que en el Rey tuvo
fijos desde que le viera,
en señal de pena y miedo
los inclinaba á la tierra.
«Levanta, niña, los ojos,
hija, recelo no tengas;
sea quien fuere, será tuyo,
como á la vida te vuelva;
ora hidalgo, ora pechero,
ora pobre ó rico sea;
para mi yerno le tomo,
y le doy tu mano bella».
Como si el último esfuerzo
con dulce fatiga hiciera,
lentos de ternura, al padre
dirigió los ojos ella.
Lento, suave suspiro
exhaló del pecho, y era
el alma, que sin dolor
se iba volando á otra esfera.

A amortajarla van ya,
cuando en el pecho le encuentran
signos que nadie leía,
raras, misteriosas letras.
Siete sabios son venidos
á descifrar la leyenda;
cada uno de los sabios
sabe más de siete lenguas;
ninguno explica los signos
del pecho de la Princesa.
Sólo el más viejo de todos,
que en Palestina viviera,
«Yo he visto en unas ruinas,
dijo, señales cual éstas,
junto á los cedros del Líbano,
do toca el cielo á la tierra.
Ángeles de Dios hablaban
del mundo en la edad primera
con las hijas de los hombres...
pero no entiendo esas letras,
ni lo que dicen diría
aunque supiese leerlas.
Secretos son de otro mundo,
que en éste Dios no tolera».
Un alto cedro nació
encima de aquella sierra

por los ángeles plantado,
ó por las aves ligeras.
En una noche tan sólo
creció el cedro de manera
que no había en todo el reino
otro igual en la grandeza.
Fué en la noche en que llevaron
á enterrar á la Princesa.
Era un sitio muy querido,
donde solía estar ella;
do sola, de vez en cuando,
se pasaba horas enteras,
y se diría que hablaba
con las brillantes estrellas;
donde una noche sin luna,
pero límpida y serena,
hubo quien viese en el aire
una blanca forma incierta,
y descender poco á poco,
y á los piés de la Princesa
pararse un bulto, una sombra,
pero sombra de luz llena.
Desde entonces esa infanta
ni una vez riyó siquiera.
Era un ángel quien la hablaba,
¿de Dios, ó...? No hay quien lo sepa.

(Traducción de D. Juan Valera)

ALEJANDRO HERCULANO.—EL MONJE DEL CÍSTER

—¡Vamos, Fr. Vasco! ¿En qué piensas? Há más de media hora que llevas los ojos clavados en la corriente del río. ¡Alzalos hácia el cielo y mira qué hermoso es! Imágen del empíreo, donde mora Aquel que sólo te puede dar, que sólo te ha dado consuelo y esperanzas. ¡Vamos, hijo! ¡Es necesario que acaben de una vez esas tristezas, que denotan estar aún muy arraigada en tu alma una pasión mundana!

—¡Oh, mi querido maestro, mi segundo padre! ¡Vos que me habeis salvado mil veces de mí mismo, perdonadme! Mala idea era la

que cruzaba ahora por mi mente. Figurábaseme que doña Leonor estaba junto á mí, aquí mismo á mi lado; veíala sonreír suavemente; oía su respiración serena; percibía el delicado perfume de sus dorados cabellos...! ¡Ay! ¿Y sabeis cuál era mi idea? Era estrecharla todavía entre estos brazos, de donde huyó como vana sombra, y entonces... ¡arrojarme con ella á ese río que corre rápido como el envejecer de esta alma; hondo, como la amargura de mi corazón! Después...—prosiguió con voz apagada—después... ¡que viniese el infierno!

—¡Jesús, Vasco! ¿Estás loco? ¿Blasfemas? ¿Conque, asesinar á una débil mujer y suicidarte, y renegar de la vida eterna?...

—¿Débil mujer, decís, reverendo padre? ¿Débil mujer?... ¡Flaqueza de víbora, que os coge á traición cuando dormís, y os muerde y os envenena sin remedio la esencia de la vida!... ¡Esa débil mujer tuvo fuerza para hollar á sus piés este pobre corazón, que era bueno, que había nacido para amar á cuantos le rodeaban! ¡Hombre de Dios, no sabeis lo que es ver cerrarse el mundo ante nosotros, en la primavera de la vida, cuando la imaginación le puebla de goces, de gloria, de felicidad! Vos no sabeis qué misterio infernal pasa aquí dentro, cuando, á la mujer que suponíamos un ángel y sólo es un demonio, la vemos coger en sus manos nuestro porvenir y, dando una carcajada, hacerle mil pedazos contra el suelo! ¡Asesinar á una débil mujer!.. ¿Y ella no me asesinó á mí?... ¿Qué soy yo bajo esta estameña, sino un muerto que habla y anda, y gime; y que sin embargo, no vive, porque el vivir no es nada de eso!... ¡Padre, padre! ¡Dios me libre de mí mismo!... Pero... ¿vois llorais? ¡Oh, no, no! ¡El pobre Vasco está loco: habeis dicho bien!... ¡Olvidad sus desvaríos! Prometo á la Virgen ayunar tres días á pan y agua, cubierto de cilicios, tan luego como volvamos á nuestro monasterio, para que Dios me perdone las blasfemias que he dicho. Vos también me perdonareis, ¿no es así, buen Fr. Lorenzo?

(Traducción de Salustiano Rodríguez Bermejo).

LITERATURA INGLESA

GUILLERMO SHAKESPEARE.—HÁMLET

LAERTES

Colocadla en la tierra; ¡de su hermoso
Y puro cuerpo brotarán violetas!
Y á tí te digo, sacerdote adusto,
Que mi hermana en el cielo será un ángel
Mientras tú estés bramando en los infiernos.

HÁMLET

¡Ofelia! ¿Cómo?

REINA

¡Con la flor las flores!

(Arroja flores en la sepultura).

De mi Hámlet pensé que esposa fueras,
Y tu lecho nupcial, preciosa vírgen,
Ansiaba decorar, no tu sepulcro.

LAERTES

¡Oh maldición! ¡Oh! ¡maldición mil veces
Sobre aquel, cuyo golpe despiadado
Te privó de tu clara inteligencia!
Cesad de arrojar tierra: permitidme
Que la estreche otra vez entre mis brazos!
(Salta á la sepultura).

Sobre muertos y vivos echad tierra;
Y que este llano se convierta en monte
Más alto que el Pelión ó que el cerúleo
Olimpo gigantesco!

HÁMLET

¿Quién es ese

Que con énfasis tal su duelo expresa,
Cuyas dolientes frases conjurando
Las estrellas están, que detenidas

En su carrera atónitas lo escuchan?
Aquí el dinamarqués Hámlet se encuentra.
(*Salta á la sepultura*).

LAERTES

¡Tu alma sea maldita!

HÁMLET

¡No rezas como debes! Te suplico
Que apartes ya tus dedos de mi cuello,
Que aunque no tengo hiel, ni tengo ira,
Algo tengo yo en mí que es peligroso
Y que debe imponer á tu prudencia.
Quita de mí esas manos.

REY

Separadlos.

REINA

¡Hámlet, querido Hámlet!

TODOS

¡Caballeros!

HORACIO

¡Por Dios, señor, templanza!
(*Los servidores los separan y salen de la sepultura*).

HÁMLET

¡Pues con él lucharé sobre este tema,
Mientras la luz penetre en mis pupilas!

REINA

Hijo ¿qué tema, dí?

HÁMLET

Yo á Ofelia amaba:

Cuarenta mil hermanos no pudieran
Con todo su cariño dar la suma
De mi amor.—Tú por ella, dí, ¿qué harías?

REY

Está loco, Laertes.

REINA

Por Dios Santo.

Ten tolerancia,

HÁMLET

Vive Dios, ¿qué harías?

¿Lloraras? ¿Pelearas? ¿Ayunaras?
¿Te harás pedazos? ¿Beberás vinagre?
¿Ó comerás, cual yo, de un cocodrilo?
¿Á pujar aquí vienes? ¿Á insultarme
Metiéndote en su fosa? ¡Pues con ella
Queda enterrado vivo cual yo quedo!
Y, pues de montes hablas, que recubran
Nuestros cuerpos fanegas á millones,
Hasta que queme en la región ignéa
Su cresta el llano, y exerecencia sólo
Parezca el Osa! ¿Hablar tan sólo quieres?
¡Pues voces he de dar á la par tuya!

REINA

Demencia sólo es; así en él obra
Momentos nada más su paroxismo:
Después, como la tórtola paciente
Al descubrirse su dorada ería,
Quedaré silencioso y abatido.

HÁMLET

Oidme, caballero. ¿Qué razones
Teneis para tratarme de tal modo?
Siempre os quise; mas eso nada importa,
¿Cómo evitar, aunque á Hércules no cuadre,
Que maye el gato y que el can le ladre? (*Vase*).

REY

Te ruego, Horacio, yo que con él vayas.
(*Vase Horacio*).
(*Á Laertes*) Fortifica, Laertes, tu paciencia
Con lo que anoche dije: arreglaremos
Para estas circunstancias el asunto.
Gertrudis, que vigilen á tu hijo.
Un monumento cubrirá esta tumba.
En breve han de cesar males presentes;
(*Á Laertes*).
Hasta entonces, mostrémonos pacientes.
(*Vanse*).

MILTON.—EL PARAISO PERDIDO

Del canto primero

«¿Es aqueste el país, el suelo, el clima
—dijo entonce el mal angel,—¿es aquesta
la región á do, echados del Empíreo,
venimos á morar? ¿A esta medrosa
oscuridad, de la alma luz del cielo?
Serálo, pues le plugo así mandarlo
al tirano que hoy triunfa; sea en buen hora.
Cuanto más lejos de él, mejor estamos,
ya que, á pesar de la razón, la fuerza
le juzga superior á sus iguales.
Adios, dichosos campos, donde siempre
moran el alma paz y la alegría.
¡Salve, horrible mansión! ¡Infierno, salve!
¡Y tú, profundo abismo, abre tu centro
al nuevo habitador, cuyos designios
jamás el tiempo mudarán ni el hado!
Él vivirá en sí mismo, y en sí puede
hacer cielo al infierno, infierno al cielo.
Si es su ser uno siempre, nada importa
que mude de lugar, pues será siempre
sobre toda criatura, inferior sólo
á uno á quien el trueno hace más grande.
En esta tierra al menos, que la envidia
no excitará del Todopoderoso,
habitarémos libres, sin el susto
de ser más desterrados. Reinaremos
seguros, y el reinar es, por mi voto,
noble ambición, aun en el hondo abismo,
y mejor suerte que la vergonzosa
servidumbre del cielo. ¿Por qué causa
dejamos, pues, que los amigos fieles,
de nuestro riesgo y ruina compañeros,
yagan hundidos en el hondo lago,
y del mortal asombro poseidos?
¿Por qué no los llamamos á que gocen

también su parte en este suelo infame,
ó para que, de nuevo reunidas
nuestras fuerzas, probemos si ser puede
algo del cielo aún reconquistado
ó si algo más perdido en el infierno?
Esto dijo Satán, y tal respuesta
le diera Belcebú: «Noble caudillo
de aquel brillante ejército, que sólo
vencer pudiera el brazo omnipotente,
si ellos oyen tu voz, la más segura
prenda de su esperanza en los peligros,
tantas veces oída en tan extremos
casos, y en el conflicto árduo y dudoso
de la cruel batalla en los asaltos,
y en todo trance su señal segura,
tú los verás volver con nuevo aliento
al antiguo vigor. Que no es extraño
que, desde el alto cielo á este hondo abismo
caídos, yagan ora cual nosotros
poco ha, de horror y asombro penetrados.»

(Traducción de D. Gaspar Melchor de Jovellanos).

DRYDEN.—EL FESTÍN DE ALEJANDRO

Oda

Era el regio festín que en Persia esclava,
por su conquista daba
el hijo de Filipo armipotente;
en su trono imperial, con ásio adorno,
sus próceres en torno,
el héroe sobrehumano alza la frente.
Táis al lado de él, lozana rosa,
como, á sus nupcias, oriental esposa
en flor de juventud esplende hermosa.

¡Copia feliz, feliz mil veces!
Sólo el valor,
sólo el valor,
sólo ¡oh valor! á la beldad mereces.

En medio al coro armónico,
subido Timoteo,
con tacto pulsador pulsa la lira:
la nota ondula trémula
y altísimo recreo
al paso de ascender mágica inspira.

Principia en Jove el canto,
á quien hizo el amor (puédelo tanto)
dejar los sitios de celeste encanto:
y que, dragón mentido, el dios se encorve
y en radiante espiral se alce sublime,
á Olimpia bella cuando unido imprime
la imagen de sí mismo, un árbitro del orbe.

Se aplaude el canto y más se reverencia:
de una deidad se entiende la presencia:
«¡Deidad!» proclama el coro;
«¡Deidad!» revoca el arte son sonoro.

El rey suspenso
bebe el incienso:
se goza dios: la sien divina
inclina
y estremecer presume el orbe inmenso.

Ensalza ahora el estro numeroso
á Baco siempre joven, siempre hermoso.
Ya viene en su pompa
el ledo inmortal
que rompa la trompa
y el indio atabal.
Muestra el rostro rubicundo,
jubiloso rosicler:
tú, por quien celebra el mundo
el placer que hay en beber.

Que llega, que llega: aliento al obóe,
y el coro que loe
al ledo inmortal:

es de Baco el don divino;
del soldado es dicha el vino:
don divino;
dulce vino:
dulce el bien después del mal!

Baco embravece al bélico mancebo:
cuanta batalla dió dala de nuevo:
tres veces á los rotos desbarata;
tres á los muertos mata.

En la encendida frente,
en la pupila ardiente,
el frenesí que apunta observa el vate:
y mientras cielo y tierra desafía,
cambia armonía
él, y su orgullo abate.

«Que musa lastimera—
pensó,—piedad requiera».
Dice entonces de Dario,
grande y pío:
á quien hunden, hunden, hunden,
hunden ¡ay! golpes del hado:
derrocado
de áureo trono,
y en su sangre revolcado:
¡qué abandono!

Nadie, de cuantos regio mantenía,
le asiste á su agonía:
yace espirado en la desnuda tierra,
y ni un adicto el párpado le cierra.

Quedóse el vencedor mirando al suelo,
con desconsuelo:
de la Fortuna en su turbada mente,
recorre el vario giro:
se exhála algún suspiro;
brotar el lloro siente.

Sonríe cierto el gran cantor
que cerca está dulce dolor:
y al tono acuerda
amiga cuerda
de la piedad sacando Amor.

Blandamente en modo lidio
vierte el pecho sed de halago:
«Es—cantó—la guerra estrago,
no acabar, error, fastidio.
Son vapor gloria, memoria;
el honor mera quimera.
La victoria,
capitanes,
¡qué de afanes!
los conoces.
¿Vale el mundo que lo ganes?
¿Valga, valga que lo goces?
Has al lado á Táis linda:
logra el bien que un dios te brinda.

Doliente queja revelaba en tanto
la victoria de amor, obra del canto.
El príncipe contempla ansioso aquella
aurora bella
de su penar;
suspira
y mira,
suspira y mira,
vuelve á mirar
y á suspirar:
y apoyo ¡oh ninfa! de sí mismo ajeno
vencido el vencedor pide á tu seno.

Suene otra vez la lira de oro;
alto, más alto el son canoro:
del sueño vil los vínculos quebrante,
rompiendo en él cual trueno rebramante.

¡Ay! ya, ya está, despiertos
los ojos con espanto revolviendo:



cual si, de entre los muertos,
le alzara la cabeza el son tremendo.

«¡Venganza! ¡venganza!—su Píndaro clama—
Las Furias acuden, los ojos de llama,
la crin de culebras: sus silbos oid;
tras de ellas de sombras un lívido bando,
blandones vibrando:
son griegos segados en bárbara lid.
Quedaron insepultos
yaciendo desdorados:
vengad tales soldados;
vengad tales insultos.

¿No veis indicar los castigos?
Miradlos tender los hachones,
señalando las pérsicas mansiones
y los templos de dioses enemigos».

Aplauden los grandes, el rey los apoya;
que empuña una tea con torva alegría;
destocada va Táis de guía,
al estrago alumbrando la vía,
y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.

(Traducción de D. Juan Maria Maury).

DANIEL DEFOE.—ROBINSÓN CRUSOE

Mientras estaba afanado en mi última empresa, llegó el cuarto aniversario de mi arribo á la isla, y lo celebré tan fervorosamente como los anteriores, dando gracias al Ser Supremo por haberme otorgado todo lo que podía ambicionar, dada mi posición. Era el señor absoluto de aquellos lugares, de los que podía titularme, á mi antojo, rey ó emperador, sin rival ni competidor que me disputara el mando. Hubiera podido acaparar inmensas existencias de grano, pero me limitaba á sembrar el que necesitaba; podía coger tortugas á discreción, pero me contentaba con coger alguna que otra, pues esto me bastaba. Poseía madera suficiente para construir una escuadra, y vides en cantidad bastante para cargarla de vino y pasas. No cogía más que lo preciso para mi subsistencia. ¿De qué me hu-

biera servido el sobrante? Si hubiera matado más animales que los necesarios para comer, habría tenido que cederlos á los gusanos; si hubiera sembrado trigo en exceso, se habría averiado. Los árboles que yo derribaba permanecían tendidos en el campo, pues no me hacía falta más que un poco de leña para mi cocina.

La naturaleza de los hechos y la experiencia me convencieron, después de maduras reflexiones, de que las cosas de este mundo sólo son buenas para nosotros según el uso que de ellas hacemos, y sólo las disfrutamos mientras hacemos uso de ellas. El hombre más avaro, colocado en mi lugar, se hubiera curado de su codicia. ¡Cuán poco llamaba mi atención el saco de oro y plata que en mí poder tenía! ¡Con qué placer lo hubiera cambiado por un pequeño molino, y hasta por un puñado de guisantes ó habas ó por una botella de tinta!

Mi vida era mucho más feliz que al principio de mi residencia en la isla, y la mejora en mi modo de ser había influido ventajosamente en mi espíritu y en mi cuerpo.

Pasaba las horas y á veces los días enteros representándome con los más vivos colores lo que hubiera sido de mí sin los recursos sacados del barco. Obligado á vivir como un verdadero salvaje, hubiera tenido que desgarrar con mis uñas ó mis dientes, á manera de los animales carniceros, los animales que á fuerza de astucia hubiera podido coger para devorarlos.

Mi tinta escaseaba desde hacía algún tiempo; y aunque la fuí conservando con echarle agua, llegó á ser casi incolora. Mientras duró, marqué los días en que me había ocurrido algo notable: y recuerdo que los sucesos extraordinarios solían realizarse en los mismos días del año.

Después de la tinta, el pan ó, mejor dicho, la galleta, fué lo primero de que llegué á carecer. Á pesar de economizarla, pues durante más de un año sólo me permití comer un pedazo muy pequeño cada día, lo consumí por completo un año antes de poder amasar pan.

Mis vestidos estaban hechos jirones. Hacía mucho tiempo que no contaba con más ropa blanca que algunas camisas de marinero, que conservaba cuidadosamente porque, en los días muy calurosos, era la única vestidura que podía soportar. Tenía en mi poder algunos chaquetones, pero no los usaba porque abrigaban demasiado.

WALTER SCOTT.—IVANHOE

Del capítulo XLIII

Ya hacía dos horas que los jueces aguardaban en vano al campeón de Rebeca.

—¿Quién ha de querer esgrimir la espada en favor de una judía? —dijo Tuck á su amigo el cantor;—y sin embargo, por las barbas de mi padre, es lástima que tan joven y tan hermosa vaya á perecer entre las llamas sin haber quien dé un golpe en su favor. Aunque fuera diez veces bruja, con tal de que tuviera algo de cristiano en su cuerpo, por Dios santo que el templario y yo nos veríamos las caras; y yo le aseguro que de un garrotazo descargado por mí en su gorra de acero, le había de quitar las ganas de llevar el asunto adelante.

La opinión general de los espectadores era, en efecto, que ningún cristiano se decidiría á montar á caballo por una hechicera judía. Los Templarios, excitados por Malvoisin, hablaban ya entre sí de dar por finada la causa y de pasar á la ejecución de la sentencia, cuando se vió venir un caballero á todo escape por la llanura inmediata al campo de batalla. «¡Un campeón, un campeón!» gritaron al mismo tiempo todos los espectadores; y en despecho de la preocupación general y de los errores que dominaban en aquella época de tinieblas, la presencia del desconocido excitó los aplausos de la muchedumbre. Sin embargo, pronto perdieron toda esperanza los que se interesaban en la muerte de Rebeca. El caballo del forastero, que sin duda había hecho una larga jornada, parecía fatigadísimo; y el jinete, sea por cansancio ó por debilidad, ó por ambas cosas juntas, apenas podía mantenerse sobre la silla.

A las preguntas de los heraldos acerca de su nombre y clase, y del objeto que allí le traía, el caballero respondió con firmeza y prontitud:

—Soy un noble y buen caballero, que vengo á sostener con lanza y con espada la justa causa de Rebeca, hija de Isaac de York, contra la sentencia pronunciada en su juicio, la que declaro falsa é inícuá, y á desafiar á sir Brian de Bois-Guilbert, como traidor, homicida y embustero. Y lo probaré en este campo de batalla, con mis armas y con la ayuda de Dios, de la Virgen y de San Jorge el buen caballero.

—El forastero debe probar, ante todo, dijo Malvoisín, que ha sido armado caballero y que es de noble linaje. Los campeones del Temple no pelean con hombres desconocidos.

—Mi nombre, dijo el caballero alzando la visera, es más noble, y mi linaje más puro que el tuyo, Malvoisín. Yo soy Wilfrido de Ivanhoe.

—No seré yo quien pelee contigo, dijo Brián demudado y trémulo. Cúrate las heridas; toma mejor caballo, y puede ser que recibas una lección de mi mano por esta pueril fanfarronada.

—Bien podías tener presente, dijo Ivanhoe, que dos veces has cedido al impulso de mi lanza. Orgulloso templario, acuérdate del torneo de San Juan de Acre; acuérdate del paso de armas de Ashby; acuérdate de tu insensata jaectancia en el salón de Cedric, cuando diste tu cadena de oro contra mi relicario, en prenda de que pelearías con Ivanhoe, y de que recobrarías el honor de que te despoje su brazo. Por aquel bendito relicario, por la santa reliquia que contiene, juro que te declararé cobarde en todas las cortes de Europa, en todos los preceptorios de tu orden, si no tomas las armas inmediatamente.

Bois-Guilbert volvió la vista hacia Rebeca, con todas las señales de la irresolución; después echó una mirada feroz á Ivanhoe, y exclamó:

—Perro sajón, toma la lanza, y prepárate á la muerte que te has acarreado.

—Gran maestro, preguntó Ivanhoe, ¿me concedéis el campo?

—No puedo negarlo, dijo Lucas de Beaumanoir, con tal de que la acusada te acepte por campeón. Duéleme, sin embargo, que vengas á este combate con tan mala salud y con tan pocas fuerzas. Siempre has sido enemigo de nuestra orden, mas no quisiera que pelearas con desventajas.

(Traducción anónima).

TOMÁS CARLYLE. — LOS HÉROES

El héroe como divinidad, el héroe como profeta, son productos de los tiempos viejos, que no se volverán á reproducir en los nuevos. Presuponen cierta rudeza de concepción, que nuestros progresos en la ciencia han hecho desaparecer para siempre. Porque haría falta una sociedad enteramente exenta de toda noción científica

para que los hombres, en su amor por lo maravilloso, volviesen á considerar á uno de sus semejantes como á un dios, ó hablando con la voz de un dios. La divinidad y el profeta pertenecen á lo pasado. Ahora vamos á considerar á nuestro héroe bajo el carácter de poeta, título menos ambicioso y también menos controvertible: un carácter que nunca muere. El poeta es una figura heroica, perteneciente á todas las edades; que todas las edades poseen, una vez producido, y que lo mismo la edad más antigua como la más moderna pueden producir y seguirán produciendo siempre y cuando plazca á la Naturaleza. Que la Naturaleza nos envíe un alma heroica, sea la que fuere la época en que aparezca, esta alma heroica tiene de necesidad que presentárenos con la vestidura de poeta.

¡Héroe, profeta, poeta, muchos nombres distintos, en tiempos y lugares diferentes solemos dar nosotros á los grandes hombres, según la variedad que en ellos notemos y la esfera en que se movieron y desplegaron sus talentos! Bien podríamos dar muchos otros nombres sobre este mismo tema. Sin embargo; volveremos á notar como un hecho no sin importancia y digno de ser conocido, que la diferente *esfera* constituye el grande origen de semejante distinción; que el héroe puede ser poeta, profeta, rey, sacerdote ó todo lo queráis, según el pueblo y gente entre quienes naciera y se criara. Confieso no tener idea de ningún hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre. El poeta que no sirviese de otra cosa que de estar sentado componiendo estrofas, jamás haría un verso que mereciese el concepto de tal ni serviría para cantar las hazañas del guerrero heroico, á menos de no ser un guerrero heroico también. Nos imaginamos que en él existen el político, el pensador, el legislador, el filósofo; en uno y otro sentido él habría sido, él es todas estas cosas.

(Traducción de D. Julián G. Orbon).

LORD BYRON.—MANFREDO

Acto tercero.—Escena IV

MANFREDO. Os desafío á todos: aunque siento
Que el alma me abandona, sin embargo,
Os desafío á todos: de este sitio
No partiré mientras tuviere aliento
Terrenal con el cual pueda expresaros

Mi desprecio, y con fuerzas terrenales
Luchar aún con espíritus potentes.
Cuanto de mí tomeis, será arrancado
Pedazo por pedazo.

ESPÍRITU.

¡Despreciable

Mortal! ¿Este es el Mágico que pudo
Al mundo penetrar de lo invisible,
Y un igual á los nuestros casi hacerse?
¿Es posible que tengas á la vida
Tanto amor? ¡Á la vida, que te hace
Infeliz!

MANFREDO.

¡Impostor demonio, mientes!

En su hora postrera está mi vida,
Lo sé; ni un sólo instante de esta hora
Quisiera rescatar: yo no combato
Con la muerte; es contigo y todos esos
Angeles que ahora mismo te rodean.
Mi poder anterior no fué pactado
Con los tuyos; que fué sólo adquirido
Con ciencia superior, austeridades,
Osadía, y á fuerza de desvelos,
Poder de inteligencia, con profunda
Destreza en el saber de nuestros padres,
Allá cuando la tierra mano á mano
Vió caminar los genios y los hombres,
Sin la supremacía concederos.

¡En mi fuerza me apoyo; os desafío,
Os reniego, os desprecio y os rechazo!

ESPÍRITU.

Pero tus muchos crímenes te han hecho...

MANFREDO.

¿Qué le importan mis crímenes á seres
Cual tú? ¿Con otros crímenes el crimen,
Y por otros mayores criminales
Se debe castigar? ¡Vuelve á tu infierno!
Que sobre mí poder ninguno tienes,
Lo siento; que jamás he de ser tuyo,
Esto lo sé: lo que hice ya está hecho.
Un tormento interior llevo en mí mismo,
Que no puede aumentar nada en el tuyo.
El inmortal espíritu da el pago
Á sus buenos ó malos pensamientos;

Es el origen de sus propios males
Y de su propio fin; él es su espacio
Y su tiempo á la vez: su innata esencia,
Al desprenderse de los lazos torpes
De esta mortalidad, color ninguno
De las cosas efimeras conserva;
Mas se absorbe en la pena ó la alegría,
Hijas de la conciencia luminosa
Que de sus propios méritos adquiere.
Ni me tentaste, ni podrás tentarme;
Ni tu juguete fuí, ni soy tu presa...
Yo fuí mi propio destructor; yo mismo
Mi futuro he de ser: ¡atrás, demonios
Burlados! Ya la mano de la muerte
Se extiende sobre mí; mas no la vuestra.
(*Los demonios desaparecen*).

ABAD. ¡Oh, cuán pálido estás! Descoloridos
Están tus labios y agitado el pecho;
En tu garganta los acentos mueren,
Hacia el cielo dirige tus plegarias;
Ruega, aunque sólo sea con la mente;
Mas no mueras así...

MANFREDO. Se acabó todo,
Mis anublados ojos ya no pueden
En tí fijarse; á mi alrededor oscilan
Ya todos los objetos, y la tierra
Parece vacilar bajo mi planta.
Adiós; dame tu mano.

ABAD. ¡Fría... fría!...
Frio también el corazón... ¡Pronuncia
Una sola oración! ¿Qué es lo que sientes?
¡Ay!

MANFREDO. ¡Anciano! Morir no es tan difícil.
(*Muere*).

ABAD. Partió... Su alma tendió su etéreo vuelo...
¿Dónde? Tiemblo al pensar... pero ha partido...
(*Traducción de don José Alcalá Galiano*).

CARLOS DICKENS.—OLIVERIO TWIST

Al llegar á las barreras, encontróse Oliverio en el camino real,

y aun cuando no eran más que las ocho de la mañana y se hallase á cinco millas de la ciudad, corrió á ocultarse detrás de un vallado hasta mediodía por temor de que le persiguieran y cogiesen. Entonces se sentó junto á un poste, y comenzó á pensar por la primera vez, dónde debería ir para ganarse la vida.

El poste junto al cual se había sentado Oliverio, indicaba con gruesos caracteres hallarse á setenta millas de Londres, nombre que sugirió al niño una nueva serie de ideas. ¿Iría á Londres, á esa inmensa ciudad, donde nadie, ni el mismo señor Bumble, podría descubrirle? Con frecuencia había oído decir á los viejos indigentes del asilo que un muchacho listo no se quedaba jamás sin ocupación en Londres, y que había en aquella gran ciudad infinitos medios de existencia. Aquel era, pues, el lugar más conveniente para un muchacho sin asilo, destinado á morir de hambre en la calle si no se le socorría. Absorto con esta idea, levantóse y continuó su camino.

Anduvo cuatro millas más sin pensar en lo que tendría que sufrir antes de llegar al término de su viaje; pero como le ocurriese esta reflexión, acertó el paso y comenzó á meditar sobre los medios de llegar á Londres. Llevaba en su pañuelo un pedazo de pan, una mala camisa, dos pares de medias, y en el bolsillo un penique que le había dado Sowerberri después de cierto entierro en que se distinguió más que de costumbre.—Es cosa muy buena—pensaba Oliverio,—tener una mala camisa blanca, dos malos pares de medias y un penique; pero este no es suficiente recurso para recorrer sesenta y cinco millas á pie, y en invierno.—Oliverio tenía, como muchos jóvenes, una inteligencia clara, y era ingenioso para descubrir las dificultades, pero no para vencerlas, y así fué que, no hallando solución á lo que buscaba, después de reflexionar mucho, echóse su hatillo al hombro y dobló el paso.

Aquel día anduvo veinte millas sin comer más que su pedazo de pan y beber algunos vasos de agua que le dieron por el camino, á la puerta de las casas. Por la noche entró en una pradera y acurrucándose en un montón de heno, resolvió aguardar allí la llegada del día. Al oír silbar el viento en la desierta campiña, no pudo menos de experimentar un sentimiento de temor; tenía frío y hambre, y hallábase más solo que nunca; pero el cansancio del camino le hizo conciliar pronto el sueño y olvidar sus penas.

Al levantarse por la mañana, sintióse entumecido por el frío, y tenía tanta hambre que gastó su penique en comprar pan en el pri-

mer pueblo que halló al paso. Aún no había recorrido doce millas cuando la noche le sorprendió de nuevo; sus piés estaban hinchados, y sus piernas tan débiles, que apenas le podían sostener; una noche más al sereno acabó de agotar sus fuerzas, y cuando quiso continuar su camino á la mañana siguiente, apenas pudo arrastrarse. Resolvió, pues, aguardar á un lado del camino, esperando á que pasase alguna diligencia para pedir limosna á los viajeros de la imperial; pero nadie le hizo caso. El pobre Oliverio quiso seguir el coche, mas no le fué posible; agobiado por el cansancio y lastimados los piés, tuvo que detenerse mientras la diligencia se alejaba dejando tras sí una nube de polvo.

(Traducción de E. Leopoldo de Verneuil).

ENRIQUE WADSWORTD LONGFELLOW

(NORTEAMERICANO)

DIA DE LLUVIA

El día es frío, triste y nebuloso;
lueve y el aire sopla sin reposo;
aún pendiente del muro está el sarmiento,
pero sus hojas las arranca el viento,
y el día es frío, triste y nebuloso.

Glacial es mi vivir y nebuloso;
lueve, y el aire sopla sin reposo;
aún fija está mi mente en el pasado,
pero mis ilusiones han volado,
y es mi día glacial y nebuloso.

·Cálmate, corazón! Cese tu duelo
aún brilla el sol tras el nuboso velo;
tu suerte á toda suerte es parecida,
días de lluvia tiene toda vida,
días debe tener de niebla y hielo.

(Traducción de don Juan E. Arciá)

LITERATURA ALEMANA

LOS NIBELUNGOS

La reina fué á donde Hagen estaba y dijo al guerrero con colérico acento: «Si me devolveis lo que me habeis robado, os dejaré ir con vida al país de Borgoña».

El terrible Hagen le respondió: «Tu ruego es perdido, muy noble reina. He jurado no decir dónde se encuentra el tesoro, por larga que sea mi vida, en tanto que viva uno de mis señores».

«Iré hasta el fin», dijo la noble reina, y mandó que cortaran la cabeza á su hermano. Cortáronsele y trajéronla de los cabellos á donde estaba el héroe de Troneja. Aquello fué para él terrible dolor.

Cuando el valiente vió la cabeza de su señor, dijo á Crimilda: «Has llegado hasta el fin, como era tu voluntad, y ha sucedido todo lo que yo había pensado».

«Ahora ya está muerto el noble rey de Borgoña, Geiselher el joven, y también el señor Gernot. Nadie sabe dónde está el tesoro sino Dios y yo: tú, mujer de los demonios, lo ignorarás siempre».

Ella le dijo: «Mal has reparado el mal que me has hecho, pero quiero conservar al menos la espada de Sigfrido. Mi amado la llevaba la última vez que lo ví, y su muerte me ha hecho sufrir más que mis otros males».

Ella se la sacó de la vaina sin que pudiera evitarlo. Quería quitar la vida al guerrero, y esgrimiéndola con ambas manos le cercenó la cabeza. Esto lo vió el rey Etzel y sufrió un gran pesar.

«¡Oh!», exclamó el rey, «¡cómo ha sido asesinado por manos de una mujer el más valeroso héroe que se lanzó en los combates y embrazó escudo! Por enemigo suyo que fuera, lo siento mucho».

El maestre Hildebrando dijo: «No gozará del placer de haberlo matado, y aunque él me tuvo en grandísimo peligro, quiero vengar la muerte del héroe de Troneja».

Colérico Hildebrando, saltó hacia Crimilda y descargó sobre la reina un fuerte tajo con la espada. Terrible fué para ella la cólera del guerrero: ¿de qué podían servirle sus desgarradores gritos?

Por todas partes se veían cadáveres, y allí estaba también la rei-

na en dos pedazos. Dietrich y Etzel comenzaron á llorar; lamentaban la pérdida de sus parientes y guerreros.

Allí yacían muertos los valerosos héroes; la gente estaba afligida y pesarosa. La fiesta del rey acabó de una triste manera, pues muchas veces el amor termina con desgracia.

No puedo deciros lo que sucedió después, sino que cristianos y paganos lloraron, y que estaban en la mayor aflicción caballeros, mujeres y muchas hermosas vírgenes.

(Traducción de A. Fernández Merino).

LESSING.—LAOCOONTE

Ahora bien, si el poeta puede alcanzar este grado de ilusión, como lo acredita la experiencia, aún en la representación de otros objetos que los visibles, se deduce que el artista tiene que renunciar á toda esta clase de objetos, que son del exclusivo privilegio del poeta. La Oda de Dryden sobre la fiesta de Santa Cecilia, está llena de cuadros musicales, que no pueden dar ocupación al pincel. No quiero embrollarme en otros ejemplos de este tenor, de los que no se deduce otra cosa sino que los colores no son sonidos, ni el oído es la vista.

Me atenderé, pues, solamente á los cuadros de los objetos visibles que son comunes al poeta y al pintor. ¿En qué consiste que todos los cuadros poéticos de esta especie no son de utilidad alguna para el pintor, y, recíprocamente, que muchos cuadros de pintura pierden la mayor parte de su efecto en la descripción poética?

Los ejemplos me guiarán. Ya lo he dicho: el cuadro de Pandaro en el libro IV de la *Iliada*, es uno de los más acabados y de los más seductores de Homero. Desde la toma del arco hasta el escape de la flecha, cada instante está descrito en relación tan estrecha con los demás, á la vez que se marca su diferencia, que si no supiéramos cómo se maneja el arco lo aprenderíamos con sólo este cuadro. Pandaro saca su arco, ajusta la cuerda, abre el carcaj sacando una flecha, la monta en la cuerda, pone ésta en tensión hasta llegar á la marca; la cuerda se acerca al pecho, la punta de hierro de la saeta al arco, éste al redondearse vibra, cruje la cuerda, salta la flecha y ansiosa vuela al blanco.

A Caylus no se le puede haber pasado por alto este cuadro excelente. ¿Qué fué lo que en él halló para juzgarlo impropio de dar

ocupación á un artista? ¿Por qué creyó que era mejor tema el brindis de los dioses reunidos en consejo? En éste como en aquél, hay objetos visibles, y ¿qué más necesita el pintor que imágenes visibles, para pintar el lienzo?

La dificultad debe estar en lo siguiente: Aunque los dos temas, por el hecho de ser visibles, son igualmente convenientes para la pintura propiamente dicha, hay sin embargo entre ellos diferencia esencial: que aquél es una acción sucesiva, cuyas diferentes partes se suceden poco á poco en el transcurso del tiempo; y éste, por el contrario, es una acción visible permanente, cuyas diferentes partes se desarrollan en el espacio, unas al lado de otras. Ahora bien, si la pintura sólo puede enlazar sus signos, ó los medios de imitación de que dispone, en el espacio, y debe renunciar al tiempo en absoluto, es indudable que las acciones sucesivas, como sucesivas, no pueden ser objeto de ella, sino que debe contentarse con pintar acciones coexistentes, que existen unas al lado de otras, ó con simples cuerpos que, por su posición, dejen adivinar una acción. La poesía por el contrario.

(Traducción anónima).

KLOPSTOCK.—LA MESIADA

El Gólgota permanece rodeado de nubes densas y sombrías, como las bóvedas sepulcrales se redondean sobre los ataúdes. La más negra de estas nubes se extiende hasta la cruz, y con ella el silencio de la nada, silencio que espanta hasta á los inmortales. ¡Un pensamiento, y este silencio no existe ya!... Un tumulto siniestro, al que no ha precedido ningún murmullo, le sucede de repente. Desde el fondo de la Tierra que se entreabre, la tempestad inesperada, pero poderosa y terrible, brama espantosamente; los huesos de los muertos se agitan; el templo se estremece, se inclina, se levanta y vuelve á inclinarse. Los sordos rumores de las entrañas de los montes anuncian la llegada del huracán, ese hijo primogénito de la destrucción, á quien su madre ha dotado con todo su poder.

Y el huracán llega. Ruge á través de los majestuosos cedros, y los cedros caen; ruge á través de la fiera Jerusalem, y Jerusalem balancea sus palacios y cabañas, como las olas de un mar embravecido balancean los despojos de una flota náufraga.

Los bramidos del huracán anuncian la proximidad del rayo.

Y el rayo estalla y cae en el *mar Muerto*, cuyas negras ondas se levantan y cubren de blanca espuma; estalla y cae en la tierra, y el humo de los bosques incendiados se eleva hasta las nubes.

Un pensamiento tan grande como audaz ha pasado por la mente de Elohá, y ya este pensamiento es una acción. El más grande de los serafines adora tres veces la víctima divina, y después se lanza á la senda solar que atraviesa los Cielos.

Cerca de las siete estrellas que forman la entrada de esta senda, encuentra dos ángeles de la muerte. A su vista, los siniestros mensajeros se velan el semblante con sus negras aias.

Elohá se estremece y prosigue su rápido vuelo: quiere contemplar al Eterno en medio de las impenetrables tinieblas con que se ha envuelto en su trono de juez.

Todo ha venido á quedar triste y silencioso alrededor del Gólgota. Los vivos y los muertos, las almas de los que no han nacido aún, las almas de los patriarcas y las legiones de los serafines, contemplan al Mesías en muda adoración.

(Traducción de Cecilio Navarro).

HEGEL.—DE LA «LÓGICA»

Es lo positivo aquella diferencia que debe ser para sí y que al mismo tiempo no debe hallarse en el estado de indiferencia respecto de la relación con su contrario. Lo negativo debe, á su vez, constituir un término independiente y una relación negativa consigo mismo, debe ser para sí; pero en cuanto negativo debe tener esa relación negativa consigo mismo, su lado positivo, tanto como en su contrario. Así lo positivo y lo negativo son la contradicción realizada: son *en sí* los mismos. Pero son también ambos los mismos *para sí*; cada uno de ellos suprime á su contrario y se suprime al par. Pasan así á la *razón de ser*.—O bien se puede decir: la diferencia esencial, en cuanto diferencia en y para sí, no es sino diferenciándose inmediatamente de consigo misma, y, por consiguiente, contiene la identidad. En otros términos, la diferencia total, que es en y para sí, es tanto ella misma como la identidad.—La diferencia que está en relación consigo misma implica la identidad consigo misma, y el término opuesto es en general aquel que contiene los dos términos, á sí mismo y á su contrario. La interioridad de la esencia así determinada es la *razón de ser*.

(Traducción de Antonio Zozaya).

GOETHE.—FAUSTO

LA CATEDRAL

Oficios. — Órgano y canto

(MARGARITA *entre la multitud.*—EL ESPÍRITU DEL MAL *detrás de Margarita*)

ESPÍRITU DEL MAL

¡Cuán mudada te hallas,
cuán otra ¡oh Margarita!
Aquí mismo, inocente,
doblabas la rodilla,
rezabas en tu libro,
y sólo Dios hacía
su morada en tu alma,
entre juegos de niña.
¿Qué turba tu cabeza?
¿Qué horror tu pecho agita?
¿Pedir á Dios, acaso,
por tu madre osarías,
que murió por tu culpa?
¿Qué sangre es la que miras
de tu casa á la puerta?
Y en tus entrañas mismas,
su desdicha anunciando
y tu propia desdicha,
con vivir ominoso,
¿qué nuevo ser palpita?

MARGARITA

De horribles pensamientos,
¡ay, cielos! ¿Quién me libra?

CORO

*Dies irae, dies illa
Solvat soeclum in favilla.*

ESPÍRITU DEL MAL

Ira de Dios te agobia;

te aguarda su justicia,
las trompetas resuenan;
los sepulcros vacilan.
Tu corazón despierta
del sueño, entre cenizas;
para tormento y llamas
recobra nueva vida.

MARGARITA

¡Oh! ¡Huyamos! El órgano
del aliento me priva;
los cantos en mi pecho
abren profunda herida.

CORO

*Judex ergo cum sedevit,
Quidquid latet adparebit
Nil inultum remanebit.*

MARGARITA

¡Me ahogo! ¡Los pilares
del templo me cautivan...
me aprietan... y la bóveda
se me desploma encima!
¡Aire!

ESPÍRITU DEL MAL

¡Luz!... No se ocultan
pecados é ignominia.

CORO

Quid sum miser tunc dicturus?

*Quem patronum rogaturus?
Cum vix justus sit securus.*

ESPÍRITU DEL MAL

Los bienaventurados
de tí apartan la vista,
y los justos que pasan
darte la mano evitan.
¡Ay de tí!

MARGARITA

Yo me muer o
¡Socorredme, vecina!
(*Cae desmayada*).

CORO

Quid sum miser tunc dicturus?

(*Traducción de D. Juan Valera*).

FEDERICO SCHILLER.—LOS LADRONES

Acto primero.—Escena II

Moor.—(*Que es presa de violenta agitación, y recorre la escena en todos sentidos, hablando consigo mismo*).—¡Los hombres!... ¡Los hombres! ¡falsos, hipócritas, engendro de cocodrilos! ¡Lágrimas sus ojos, su corazón de hierro! ¡Besos en los labios, puñales en su pecho! Leones y leopardos alimentan á sus hijuelos, y los cuervos sirven carroñas á los suyos; y él, él... He aprendido á sufrir la maldad, y hasta puedo reirme cuando mi enemigo jurado bebe la sangre de mi corazón... pero si los lazos de la familia encubren la traición, y el amor paternal se trueca en furia, ¡oh! que el fuego abrase á la paciencia humana, que el inocente cordero se convierta en tigre rabioso, y que cada fibra se mueva sólo por la ira y por el espíritu de destrucción:

Roller.—¡Oye, Moor! ¿qué piensas tú de esto? ¿Es preferible la vida de bandido á vegetar en una cárcel á pan y agua en un profundo calabozo?

Moor.—¿Por qué no ha de pasar mi espíritu al cuerpo de un tigre, que sacia en la carne humana su afán de mordeduras crueles? ¿Esto es fe paternal? ¿Esto pagar amor con amor? ¿Quisiera ser un oso, y excitar á los osos del Norte contra este linaje asesino!... ¡Arrepentimiento, pero no perdón!... ¡Oh si pudiera envenenar el Océano, para que fuesen mortales todas las fuentes! ¡Confianza, confianza absoluta, y fuera la compasión!

Roller.—Escucha, pues, Moor, lo que te digo.

Moor.—¡Es increíble, un sueño, una ilusión!... Súplica tan conmovedora, pintura tan viva de la miseria y de arrepentimiento sincero... ¡Las bestias salvajes hubieran sentido lástima! Las piedras

hubieran derramado lágrimas, y, sin embargo... se creería que escribo un libelo lleno de hiel contra la naturaleza humana, si llego á decir... y no obstante, no obstante... Ojalá que yo pudiera tocar la trompeta de la rebelión en toda la naturaleza, y levantar al aire, á la tierra y al mar contra esta raza de hienas.

Grimm.—¡Oye sin embargo, oye! Tu rabia no te deja oír.

Moor.—¡Lejos de mí, lejos de mí! ¿No eres tú hombre? ¿No eres hijo de una mujer?... Quitate de mi vista, porque es humano tu rostro... ¡Y lo he amado de una manera tan indecible! Ningún hijo ama así; mil vidas hubiese dado por él. (*Dando en tierra colérico con el pié*). ¡Ah!... ¡Ojalá que pusieran una espada ardiendo en mi mano, para herir este linaje de víboras! ¿Quién me dirá en dónde puedo alcanzar, destruir, aniquilar el germen de la vida? ¡Sería mi amigo, mi ángel, mi Dios... yo le adoraría!

Roller.—Amigos tuyos como estos queremos ser. Deja que te lo declaremos.

Schwartz.—¡Ven con nosotros á los bosques de Bohemia! Formaremos una banda de ladrones, y tú... (*Moor lo mira atentamente*).

Schweizer.—¡Tú serás nuestro capitán! ¡Tú serás nuestro capitán!

Spiegelberg (*Dejándose caer colérico en una silla*).—¡Esclavos y cobardes!

Moor.—¿Quién te ha sugerido esa palabra? ¡Oye, compañero! (*Agarrando á Schwartz con violencia*). No ha salido de tu alma humana. ¿Quién te ha enseñado esas palabras? Sí; ¡por la muerte de mil brazos! Eso queremos, eso debemos ser; esa idea merece la apoteosis ¡Ladrones y asesinos! ¡tan verdad como mi alma vive, que soy vuestro capitán!

Todos (*Con gran vocerío*).—¡Viva el capitán!

Spiegelberg (*Levantándose de repente y aparte*).—Hasta que yo le ayude.

Moor.—Mira; ahora cae la venda de mis ojos y comprendo mi locura en querer volver á mi jaula.... Mi espíritu ansía actividad, y sólo libertad es ahora mi anhelo... ¡Asesinos, ladrones!... Estas palabras ponen la ley bajo mis plantas... Entre los hombres no he encontrado la humanidad cuando yo la llamaba; lejos, pues, de mí toda simpatía y consideración humana... No tengo ya padre, no tengo amor, y la sangre y la muerte me harán olvidar que en el mundo hubo algo caro para mí... ¡Venid, venid!... ¡Oh! Quiero distraerme horriblemente... Estamos, pues, conformes en que soy vuestro capitán, y loado para siempre sea el que descuelle entre

vosotros incendiando más y asesinando más cruelmente, porque os digo que será recompensado con esplendidez... Rodeadme, pues, todos, y juradme fidelidad y obediencia hasta la muerte... ¡Juradlo por esta esforzada diestra!

Todos.—(Dándole la mano).—¡Nosotros te juramos fidelidad y obediencia hasta la muerte!

(Traducción de Eduardo de Mier).

EL GUANTE

En los estrados del circo,
Do luchan mónstruos deformes,
Sentado el monarca augusto
Está con toda su corte.
Los magnates le rodean,
Y en los más altos balcones
Forman doncellas y damas
Fresca guirnalda de flores.

La diestra extiende el monarca;
Abrese puerta de bronce,
Y rojo león avanza
Con paso tranquilo y noble.
En los henchidos estrados
Clava los ojos feroces,
Abre las sangrientas fauces,
Sacude la crin indócil,
Y en la polvorosa arena
Tiende su pesada mole.

La diestra extiende el monarca;
Rechinan los férreos goznes
De otra puerta, y ágil tigre
Salta al palenque veloce.
Ruge al ver la noble fiera
Que en el circo precedióle,
Muestra la roja garganta,
Agita la cola móvil,
Gira del rival en torno,
Todo el redondel recorre,

Y aproximándose lento
Con rugido desacorde,
Hace lecho de la arena
Do yace el rey de los bosques.

La diestra extiende el monarca;
Se abre al punto puerta doble,
Y aparecen dos panteras
Tintas en rubios colores.
Ven tendido al recio tigre,
Y en su contra raudas corren;
Mas el león dá un rugido,
Y á sus pies tiéndense inmóviles.

Desde la alta galería
Blanco guante al sitio donde
Las terribles fieras yacen,
Revolando cayó entonces;
Y la bella Cunigunda,
La más bella de la corte,
A un gallardo caballero
Le decía estas razones:
«Si vuestro amor es tan grande
Cual me jurais día y noche,
Recoged el blanco guante
Como á un galán corresponde».

Silencioso el caballero
Con altivo y audaz porte,
Desciende á la ardiente arena,
Teatro de mil horrores;
Avanza con firme paso
Hacia los monstruos feroces,
Y con temeraria mano
El blanco guante recoge.

Voz de júbilo y asombro
Los callados aires rompe,
Y damas y caballeros
Aplauden al audaz joven.

Ya sube al lucido estrado,
Ya está en los altos balcones,
Ya se dirige á la bella,
Ya con ojos seductores
Cunigunda le promete
De amor los supremos goces;
Mas el altivo mancebo
Grita: «Guarda tus favores»;
El guante al rostro le arroja
Y huye de ella y de la corte.

(Traducción de Teodoro Llorente).

LUIS UHLAND.—LA HIJA DEL JOYERO

Entre perlas y diamantes
dice el joyero á su hija:
—Elena, entre tantas joyas,
eres la joya más rica.
Á la tienda del joyero
vino un galán cierto día:
—Buen joyero, Dios te guarde,
guárdete Dios, bella niña.—
Luego al joyero el galán
de esta manera decía:
—Hazme una hermosa diadema
para mi novia querida.—
Terminada la diadema,
do mil diamantes lucían,
Elena al verla, exclamaba
con dulce melancolía:
—¡Cuán feliz será la novia
á quien él la frente ciña!
Una guirnalda de flores,
don suyo, hiciera mi dicha.—
Volvió el galán, y admirando
la diadema, sonreía:
—Haz para mi novia, dijo,
buen joyero, una sortija.—
La sortija terminada,

Elena á solas suspira,
diciendo:—Felíz aquella
para quien él la destina;
¡á mí me bastara un bucle
de su cabellera riza!—
Volvió á poco el caballero
y halló las joyas muy lindas,
del joyero celebrando
el primor y maestría.
Luego añadió:—Bella Elena,
te suplico que permitas
que en tí se prueben los dijes,
á fin de que yo perciba
cómo le irán á mi novia,
á quien eres parecida.—
Era aquel día domingo,
y para salir á misa,
con mucho esmero y de gala
Elena estaba vestida.
Al caballero acercóse
toda vergonzosa y tímida,
como encendidos claveles,
con el rubor sus mejillas.
El le ciñó la diadema,
él le puso la sortija:

luego, estrechando su mano
le dijo:—Tú eres mi vida,
mi dulce novia tú eres,
y aquí la burla termina.
La sortija es para tí
y la diádemá que brilla

sobre tu cándida frente
que sus diamantes eclipsa.
Si entre oro y perlas naciste
y luciente pedrería,
agüero fué de tu gloria
á que mi amor te sublima.

(Traducción de D. Juan Valera).

ENRIQUE HEINE.—LA EMBAJADA

¡Alerta, siervo! Cálzate la espuela
Y ensilla el alazán,
Y á rienda suelta hacia el castillo vuela
Del fiero rey Duncán.
Entras, y en el establo te cobijas;
Luego con interés
Pregunta al mozo:—¿Cuál de las dos hijas
Del rey esposa es?
Si te contesta el mozo:— Es la morena,—
Vuélvete pronto acá.
Si dice:—No, la rubia es, la azucena,—
No corre prisa ya.
Y á la vecina aldea vete al punto
Y cómprame un cordel;
Vé lento, y mudo vé como un difunto,
Y vuelve acá con él.

(Traducción de Jaime Clark).

Graciosa pescadorcilla,
tu barca de audaces remos
atraca á esta mansa orilla,
y mano á mano hablaremos
sin temor y sin mancilla.

En mi pecho reclinar
bien puedes tú la cabeza.
¿No fias sin vacilar

en la bonanza ó fiereza
del alborotado mar?

Mi corazón, dulce bien,
es un mar inmenso y hondo;
tiene su eterno vaivén,
sus escollos, y también
blancas perlas en el fondo.

(Traducción de Teodoro Llorente).

APÉNDICE

LOS EDDAS

(LEYENDAS ESCANDINAVAS)

EL POEMA DE VEGTAM (Vegtam-qvida) ⁽¹⁾

1. Todos los Asios y todas las Asianas están reunidos en asamblea; estas potentes divinidades deliberan para saber de dónde proviene que Balder tiene sueños fatigosos.

2. El sueño de este dios era muy penoso y había alterado su dicha. Los gigantes interrogaban al porvenir, á fin de penetrar si estó era un presagio que anunciase infortunios.

3. Los adivinos decían, en sus respuestas, que el hijo de Odín, el más bravo de todos los Asios, era un cobarde. Frigga, Odín y el resto de los dioses, se inquietaron y acordaron esta resolución:

4. Dirigirse á todas las casas, para pedirles la paz y la promesa de no hacer daño á Balder. Toda la creación hizo juramento de respetarle, y Frigga recibió estas promesas.

5. El Padre de los Predestinados tiene un olvido; convoca á los Asios, y pide un acuerdo; háblase mucho en la asamblea.

6. Odín, el dominador de los pueblos se levanta; pone la silla á Sleipner, y cabalga en seguida hacia Niflhem; allí encontró al perro venido del abismo.

7. Su pecho estaba ensangrentado, sus fauces ávidas de muerte, y su mandíbula inferior ladraba contra el Padre de los Cantos Mágicos; abría una enorme boca, y daba prolongados aullidos.

8. Odín avanza; resuena el camino que baja de la tierra, y el padre de los Asios llega á la morada de Hela. Dirígese hacia la puerta del Oriente, donde estaba la tumba de Vala.

9. Odín canta delante de aquella tumba la evocación de los muertos; mira hacia el Norte, y traza runas; pide una respuesta. Vala se levanta por fin, y canta estas palabras de muerte:

(1) Se nos figura hallarse en este poema la lucha del Bien, simbolizado en Balder, y del Mal, simbolizado en Loke ó el Lobo. (*N. del T.*)

10.—«¿Quién es, entre los hombres, este hombre que desconozco, y difunde la tristeza en mi espíritu? Yo estaba cubierta de nieve, batida por la lluvia y carecomida por el rocío; yo estaba muerta hacía mucho tiempo.»

11.—«Me llaman Vegtam, y soy hijo de Valtam. Háblame del abismo, y yo te hablaré de la tierra. ¿Para quién son estos bancos sembrados de anillos de oro? ¿Para quién estos lechos cubiertos de doradas telas?»

12.—«El hidromiel se ha preparado para Balder: un escudo le abriga; pero los hijos de los Asios no tienen inteligencia. He hablado á mi pesar; ahora debo callarme.»

13.—«Habla más, Vala. Hay cosas que yo quiero saber, y te preguntaré hasta que las digas. ¿Quién será el matador de Balder? ¿Quién quitará la vida al hijo de Odín?»

14.—«Hoeder conducirá aquí á su célebre hermano; él será el matador de Balder; él quitará la vida al hijo de Odín. He hablado á mi pesar. Ahora debo callarme.»

15.—«Habla más, Vala. Hay cosas que yo quiero saber, y te preguntaré hasta que las digas. ¿Quién tomará cruel venganza de Hoeder? ¿Quién llevará el matador de Balder á la pira?»

16.—«En las salas del Oeste dará á luz Rinda un hijo que, pasada una noche, matará al hijo de Odín; éste no lavará sus manos, ni peinará sus cabellos hasta llevar á la pira al asesino de Balder. He hablado á mi pesar; ahora debo callarme.»

17.—«Habla más, Vala. Hay cosas que yo quiero saber, y te preguntaré hasta que las digas. ¿Cuáles son las vírgenes que se complacen con las lágrimas y arrojan sus velos al cielo? Dime esta sola cosa más: no dormirás antes.»

18.—«Tú no eres Vegtam, como yo creía; eres Odín, el jefe de los pueblos.»

19.—«Tú no eres Vala; no eres una mujer sabia, sino tres veces la madre de los Thursars.»

20.—«Vuelve á tu casa, Odín, y sé generoso. Los hombres no volverán á buscarme hasta el tiempo en que Loke rompa sus ataduras, hasta el momento de la muerte de los dioses.»

(Traducción de don Angel de los Ríos.)

LEÓN TOLSTOI (RUSO).—UN JUEZ HÁBIL

El emir de Argel, Baukas, quiso averiguar por si mismo si era cierto que en la capital de la provincia había un juez dotado de

tan extraordinaria habilidad que infaliblemente descubría la verdad, no habiendo ningún bribón que hubiese logrado darle gato por liebre.

Bauakas se disfrazó de mercader y se dirigió á la ciudad en que residía el juez.

Al entrar en la ciudad, un pordiosero se acercó al emir pidiéndole una limosna.

Bauakas le dió unas monedas é iba á seguir su camino, cuando el pordiosero lo detuvo.

—¿Qué quieres? ¿No te he dado limosna?

—Me has dado limosna, pero hazme el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza de la ciudad, para que los camellos y los caballos no me estropeen.

El emir hizo subir á la grupa al mendigo, y así llegaron á la plaza; detuvo Bauakas al caballo, pero el mendigo no se apeaba.

—¿Por qué no te apeas? Vamos, bájate, que ya hemos llegado.

—¿Por qué me he de bajar? Este caballo es mío. Si de buen grado no me lo das, vamos á que el juez dirima el caso.

La muchedumbre que los rodeaba, oyendo la discusión, gritaba:

—Id donde está el juez, que todo lo pondrá en claro.

El emir y el pordiosero comparecieron ante el juez.

Antes que tocase su turno al emir, el juez llamó ante él á un sabio y á un patán. Ambos se disputaban una misma mujer.

El patán afirmaba que era su mujer; el sabio que era la suya.

Después de oírlos el juez, dijo:

—Dejad la mujer aquí, y volved vosotros mañana.

Seguidamente entraron un carnicero y un aceitero. El carnicero estaba cubierto de sangre y el aceitero de manchas de aceite.

El carnicero tenía dinero en la mano y el aceitero sujetaba la mano del carnicero.

El carnicero decía:

—Yo he comprado aceite á este hombre, saqué mi bolsa para pagarle, cuando me agarró la mano para robarme el dinero, y hemos venido á tu presencia, yo teniendo mi bolsa y él agarrado á mi mano.

—Esto no es verdad—repuso el aceitero;—el carnicero vino á comprarme aceite, me pidió que le trocase una pieza de oro, tomé la plata, de la que quiso apoderarse y huir, y entonces le cogí la mano y lo traje hasta aquí.

El juez respondió:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

Bauakas, á su vez, refirió lo que le había acaecido con el pordiosero. El juez le escuchó y luego ordenó al mendigo que explicara el caso.

—Yo estaba á caballo—arguyó el pordiosero,—cuando él me pidió que lo admitiese en la grupa para conducirlo hasta la plaza. Accedí y lo llevé hasta donde me dijo, pero se negó á descabalar diciendo que el caballo era suyo, lo que es falso.

—Dejad el caballo aquí y volved mañana—repuso el juez.

Al siguiente día, inmenso concurso acudió á conocer las decisiones del juez.

El sabio y el patán llegaron primero.

—¡Vete con tu mujer!—dijo el juez al sabio—y que den al patán cincuenta azotes.

Marchóse el sabio con su esposa y el patán sufrió su castigo ante el concurso.

Después llamó el juez al carnicero.

—El dinero es tuyo—le dijo,—y señalando al aceitero, añadió: A ese cincuenta azotes.

Llegó el turno de Bauakas y el pordiosero.

—¿Reconocerías tu caballo entre otros veinte?—preguntó al emir.

—Le reconocería.

—¿Y tú?

—También—repuso el mendigo.

—Sígueme—dijo el juez á Bauakas.

Se dirigieron á la cuadra; el emir reconoció en seguida su caballo entre otros veinte.

Después el juez hizo ir al mendigo á la cuadra; le ordenó que señalase el caballo, y el mendigo señaló el mismo que antes había señalado el emir. Volvió el juez á su sitio, y dijo á Bauakas:

—¡El caballo es tuyo, tómallo!

Y ordenó que propinasen al pordiosero cincuenta azotes.

Cuando el juez se alejaba, Bauakas se dirigió á él.

—¿Qué me quieres?—le dijo el juez.—¿Acaso estás descontento de mi sentencia?

—No, estoy satisfecho de todo—repuso el emir;—solamente deseo que me digas cómo has averiguado que la mujer era del sabio y no del patán, el dinero del carnicero y mío el caballo.

—En cuanto á la mujer del sabio, la llamé esta mañana y le dije: «Echa tinta en mi tintero.» Tomó el tintero, lo limpió pronta y

cuidadosamente, y lo llenó de tinta; luego estaba habituada á esta labor. Si hubiera sido mujer del patán, ó cae en perplejidad ó hace un desaguisado. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, lo hice depositar en una cubeta llena de agua, que observé esta mañana para cerciorarme si sobrenadaba el aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, éste lo habría impregnado con el contacto de sus manos; como el agua permaneció límpida, el dinero no podía pertenecer sino al carnicero.

Por lo que hace al caballo, el caso era más difícil. El pordiosero reconoció tan pronto como tú el caballo entre otros veinte. Yo os sometí á esta prueba por ver solamente á quién reconocía primero el caballo. Cuando tú te acercaste á él, el caballo volvió la cabeza para mirarte, en tanto que, cuando el mendigo lo tocó, bajó las orejas y encogió una pierna. Ya ves cómo averigüé que eras el legítimo propietario.

Entonces Bauakas le dijo:

—Yo no soy mercader, yo soy el emir Bauakas. Vine aquí para averiguar si era cierto lo que de tí se decía. Quedo convencido de que eres un juez hábil y sabio. Pide, pues, lo que quieras.

—No necesito recompensas—respondió el juez;—me considero bastante agraciado con la enhorabuena de mi emir.

(Traducción anónima.)

ANDERSEN (DINAMARQUÉS). — LA PRINCESA SOBRE UN GUISANTE

Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero con una princesa de verdad. Dió la vuelta al mundo buscando una, y aunque á la verdad no faltaban princesas, no podía nunca asegurarse de si eran verdaderas princesas; siempre había alguna cosa en ellas que le parecía sospechosa. En su consecuencia, se volvió muy afligido por no haber encontrado lo que deseaba.

Una noche hacía un tiempo horrible, los relámpagos se cruzaban, el trueno retumbaba, la lluvia caía á torrentes, era espantosa. Alguien llamó á la puerta del castillo, y el viejo rey se apresuró á abrir.

Era una princesa. ¡Pero gran Dios, de qué manera la habían puesto la lluvia y la tormenta! El agua escurría por sus cabellos y sus vestidos, le entraba por el cogote y le salía por los talones. Sin embargo, se presentó como una verdadera princesa.

—Eso lo sabremos bien pronto, pensó la vieja reina. Y en seguida, sin decir nada á nadie, entró en la alcoba, deshizo la cama y puso un guisante sobre el tablado. En seguida tomó veinte colchones y los extendió sobre el guisante, y además veinte almohadones que amontonó encima de los colchones.

Era esta la cama destinada á la princesa; á la mañana siguiente le preguntaron cómo había pasado la noche.

—Muy mal, contestó; apenas si en toda la noche he cerrado los ojos. Dios sabe lo que había en esta cama, pero una cosa tan dura, que me he llenado la piel de cardenales. ¡Qué suplicio!

Por esta respuesta se conoció que era una verdadera princesa, pues que había sentido un guisante al través de veinte colchones y veinte almohadones. ¿Qué mujer sino una princesa podía tener el cutis tan delicado? El príncipe, perfectamente convencido de que era una verdadera princesa, la tomó por esposa y el guisante fué colocado en el museo, donde debe hallarse, á no ser que algún curioso se lo haya llevado.

He aquí una historia tan verdadera como la princesa.

(Traducción de D. R. Fernández Cuesta.)

IBSEN (NORUEGO).—LOS ESPECTROS

Escena última

ELENA.—Gracias á Dios que no está aquí Regina. Entonces...

OSWALDO.—Entonces tienes tú que ayudarme, madre mía.

ELENA.—¡Yo!

OSWALDO.—¿Quién está más obligada á ayudarme que tú?

ELENA.—¡Yo! ¡Tu madre!

OSWALDO.—Precisamente por eso.

ELENA.—¿Yo, que te he dado la vida?

OSWALDO.—¡No te la he pedido! ¿Y qué vida me has dado? No la quiero. Vuelve á tomarla.

ELENA.—¡Auxilio, auxilio!

OSWALDO.—No te separes de mí. ¿Dónde quieres ir?

ELENA.—A buscar al médico. Oswaldo, déjame pasar.

OSWALDO.—No te dejes salir, y aquí no entrará nadie.

ELENA.—¡Oswaldo, Oswaldo! ¡Hijo mío!

OSWALDO.—¿Tienes corazón de madre para mí, y puedes tolerar el verme sufrir tanto!

ELENA.—Toma mi mano, pues.

OSWALDO.—¿Consientes?

ELENA.—Si fuera necesario... Pero no lo será. No, no puede serlo jamás.

OSWALDO.—Bueno. Dejemos esto, y vivamos juntos todo el tiempo que podamos. Gracias, madre mía.

ELENA.—¿Te sientes tranquilo ahora?

OSWALDO.—Sí.

ELENA.—Ha sido una alucinación en tí, Oswaldo, sólo una alucinación. No has podido resistir tanto. Pero ahora puedes descansar, en casa de tu madre, querido hijo mío. Todo lo que quieras te daré, como cuando eras un niño. Bien. Ya se ha pasado el acceso, y esta vez suavemente. ¡Ah! Ya lo sabía yo. ¿Y ves, Oswaldo, qué hermoso día tenemos hoy? Ahora puedes disfrutar bien la casa de tus padres.

OSWALDO.—¡Madre, dame el sol!

ELENA.—¿Qué dices?

OSWALDO.—¡El sol, el sol!

ELENA.—Oswaldo, ¿qué tienes? ¿Qué es esto? ¡Oswaldo! ¿Qué tienes? ¡Oswaldo, Oswaldo! ¡Mírame! ¿No me conoces?

OSWALDO.—¡El sol, el sol!

ELENA.—¡Esto no puede sufrirse! ¿Dónde están? ¡Aquí! ¡No, no!... ¡Sí!... ¡No, no!

OSWALDO.—¡El sol, el sol!

(Traducción de Ramón B. Lossius.)

INDICE

LITERATURA GRIEGA

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Homero.....	5	Eurípides.....	22
Hesiodo.....	10	Aristófanes.....	23
Esopo.....	11	Herodoto.....	25
Anacreonte.....	12	Platón.....	26
Píndaro.....	13	Aristóteles.....	28
Tirteo.....	14	Demóstenes.....	29
Safo.....	16	Teórito.....	30
Esquilo.....	16	Plutarco.....	32
Sófocles.....	18	San Juan Crisóstomo.....	33

LITERATURA LATINA

Plauto.....	34	Tito Livio.....	53
Terencio.....	35	Fedro.....	54
Lucrecio.....	37	Lucano.....	55
Virgilio.....	38	Marcial.....	56
Horacio.....	42	Juvenal.....	57
Tibulo.....	44	Tácito.....	59
Ovidio.....	45	Quintiliano.....	59
Cicerón.....	49	Columela.....	60
César.....	52	Tertuliano.....	61

LITERATURA INDIA

<i>Ramayana</i>	62	<i>Sakúntala</i>	68
<i>Mahabharata</i>	64	<i>Panchatantra</i>	69

LITERATURA HEBREA

Moisés.....	70	Avicebrón.....	75
<i>Salmos</i>	71	Judá Levi.....	76
<i>Cantar de los cantares</i>	74	Aben Hezra.....	77

LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA

Abderramán I.....	78	Aben-Habib.....	79
Hixem I.....	78	Aben Tofail.....	80
Abdelmelik Almudhaffar..	79		

LITERATURA ITALIANA

	Pág.		Pág.
Dante Alighieri.....	81	Maquiavelo.....	88
Petrarca.....	82	Alfieri.....	90
Bocaccio.....	84	Manzoni.....	91
Ariosto.....	86	Leopardi.....	93
Tasso (1).....	87	Carducci.....	93

LITERATURA FRANCESA

<i>Canción de Roldán</i>	94	Montesquieu.....	102
Rabelais.....	95	Chateaubriand.....	103
Racine.....	96	Lamartine.....	105
Corneille.....	97	Victor Hugo.....	106
Molière.....	98	Balzac.....	107
Lafontaine.....	100	Baudelaire.....	108
Boileau.....	101	Mistral (<i>provençal</i>).....	109

LITERATURA PORTUGUESA

Camoens.....	110	Herculano.....	114
Almeida Garret.....	113		

LITERATURA INGLESA

Shakespeare.....	116	Carlyle.....	127
Milton.....	119	Lord Byron.....	128
Dryden.....	120	Dickens.....	130
Defoe.....	124	Longfellow.....	132
Walter Scott.....	126		

LITERATURA ALEMANA

<i>Los Nibelungos</i>	133	Goethe.....	137
Lessing.....	134	Schiller.....	138
Klopstock.....	135	Uhland.....	142
Hegel.....	136	Heine.....	143

APÉNDICE

<i>Los Eddas</i>	144	Andersen.....	148
Tolstoi.....	145	Ibsen.....	149

(1) Por un descuido se ha omitido en el texto el nombre de Torcuato Tasso, que debía preceder al fragmento de *La Jerusalén libertada*.





GI4991